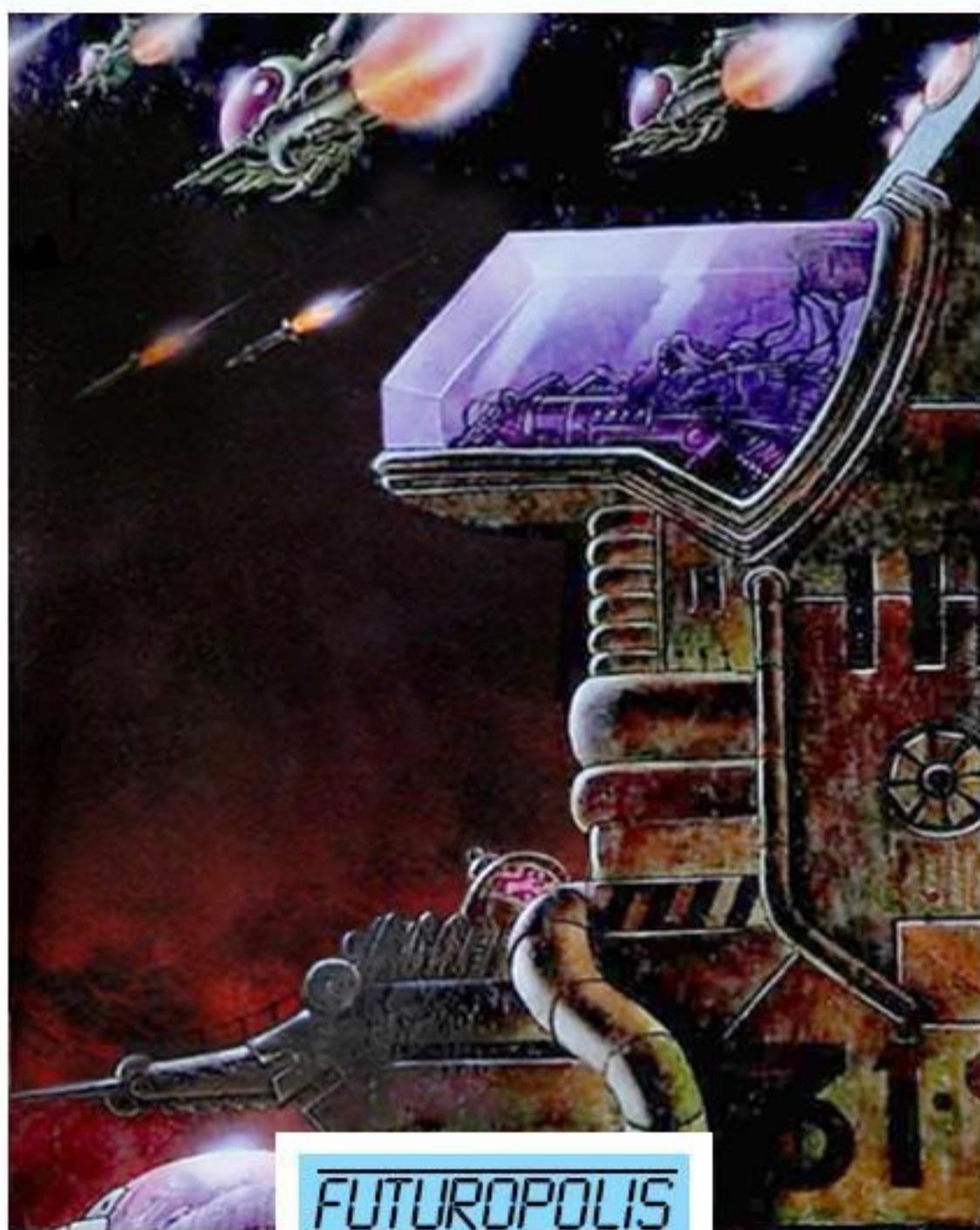


Gordon R. Dickson
NIGROMANTE

Cielo Dorsai II



se

Lectulandia

En aquel preciso momento, durante una fracción de segundo, cuando el dragón y las aguas hubieron desaparecido, apareció algo mortal y real.

Aquello llegó desde una distancia que, comparada con la de las estrellas más lejanas, correspondía a un solo paso de un largo viaje.

Aquello llegó a una velocidad que, de ser comparada con la velocidad del pensamiento, hacía esta última despreciable.

Aquello llegó por el camino oscuro y pavimentado con el que Paul soñó mientras volvía al hotel en el día en que viera al Nigromante por primera vez.

Aquello era ciego y joven y todavía no estaba completamente formado, pero Paul reconoció en ello a su enemigo sin armadura.

Y aquello golpeó.

Lectulandia

Gordon R. Dickson

Nigromante

Futurópolis 15: Ciclo Dorsai - 2

ePub r1.0

XcUjDi 17.05.2018

Título original: *Necromancer*
Gordon R. Dickson, 1962
Traducción: Francisco Arellano

Editor digital: XcUiDi
Digitalización y OCR: Grupo de digitalización de exvagos
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny

(1970).

5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).
12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).
32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).

38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

«Pero el sendero se divide. Veo
Incipiente, la oscura realidad
Golpeando dos veces desde la antigua Unidad
... Y yo soy el enemigo de mi Hermano».

La torre encantada, HAL MAYNE

LIBRO PRIMERO

AISLADO

Y, A TRAVÉS DEL DOBLE ESPESOR DEL CRISTAL, VEO
DIBUJARSE EN LAS TINIEBLAS LA IMAGEN DE MI HERMANO.
AYÚDANOS, THOR, PUES SOMOS PRISIONEROS.
¡GOLPEA, SEÑOR! ¡LIBÉRANOS!

LA TORRE ENCANTADA

Capítulo 1

La mina, hablando de un modo general, funcionaba automáticamente. La componían equipos que valían unos ciento ochenta millones de dólares, y se extendía por aproximadamente tres millas cúbicas y media de mineral aurífero —granito y cuarzo—, totalmente controlados por medio de un sencillo panel de mandos ante el que se sentaba el ingeniero de servicio.

Como un organismo macizo de múltiples objetivos, la instalación minera funcionaba en la roca a través de las diferentes capas. En variados niveles roía el mineral aurífero, reduciéndolo a trozos del tamaño de guijarros y enviándolos, por medio de vagonetas, hacia las instalaciones de la superficie, que se encontraban seiscientos pies más arriba. A medida que la maquinaria de la mina se desplazaba, creaba, para abandonar posteriormente, pozos que conducían a la superficie, tubos elevadores, nuevos niveles y gradas de exploración; y extendía la amplia caverna central hacia la que la pesada maquinaria y su panel de control se deslizaban junto con el trabajo en curso, instalando raíles por delante de su marcha y retirándolos al pasar.

Un único ingeniero de servicio controlaba todo aquello. Pero una cierta dosis de megalomanía no podía causar ningún perjuicio al trabajo. Estaba sentado ante el panel de mandos lo mismo que la personalidad ante el cerebro. Todo su trabajo consistía en un control final. La decisión lógica y los hechos en los que poder basarla le eran proporcionados por el ordenador integrado con el equipo. La respuesta lógica óptima era aplicable con sólo pulsar un botón. Pero se había descubierto que, como el propio proceso de la vida, aquello se parecía mucho más a una explotación minera moderna que a la lógica.

Los mejores ingenieros lo habían *sentido*. Era una sensibilidad nacida de la experiencia, del talento e incluso de algo parecido al amor, gracias a la cual eran amos no solamente de las montañas, sino de la máquina que conducían y controlaban.

Aquél era uno más de los numerosos esfuerzos del hombre, para quien cierto talento especial resultaba necesario. Menos del diez por ciento de los jóvenes ingenieros de minas que se diplomaban cada año poseían la habilidad adicional imprescindible para ser uno con el titán que dirigían. Incluso en los atestados mercados de trabajo del siglo XXI, las minas siempre estaban buscando el mayor número posible de ingenieros cualificados. Cuatro horas diarias de trabajo continuo, incluso para los talentados miembros del clan del diez por ciento, era mucho tiempo para ser un dios sin pecados. Y la máquina no descansaba jamás.

Paul Formain, a más de seiscientos pies por encima del puesto de control frente al panel, durante su primera jornada, salió de su pequeña habitación individual, una

burbuja de plástico blanco, y vio las montañas.

Y, repentinamente, aquello volvió; lo mismo que le había pasado tantísimas veces desde el accidente en el barco, cinco años antes, y tan frecuentemente desde hacía poco tiempo.

Pero no era el mar abierto lo que veía en aquel momento. Ni siquiera la imagen, vista en sueños, de una silueta extraña y tenebrosa ataviada con algo parecido a una capa y con un alto sombrero puntiagudo que pareció devolverle la vida una vez muerto y llevarle hasta el barco, donde finalmente fue encontrado y salvado por el guardacostas.

Se trataba de las montañas.

Súbitamente, dando la espalda a la puerta de plástico blanco, se inmovilizó y las vio. Cerca suyo había un declive escarpado y, a su alrededor, las construcciones de la Mina Malabar. Por encima de él, el azul frágil de un cielo de primavera hablaba con el azul oscuro de un profundo lago, cuyas aguas llenaban la grieta labrada en la roca de la montaña. A su alrededor se estiraban las Montañas Rocosas, extendiéndose, en una dirección, treinta millas hasta llegar a la ciudad de Kamloops, en la Columbia Británica, y, en otra, hasta alcanzar la Cadena Costera y las rocosas playas batidas por la resaca del Pacífico. De un modo inesperado, las sintió.

Como si fueran reinas, las montañas se elevaban, rodeándole. La resaca retumbaba en su sangre y, de golpe, creció, avanzando con grandes zancadas para reunirse con ellas. Tenía la altura de una montaña entre montañas. Con ellas, sentía el eterno movimiento de la tierra. Durante un momento se sintió desnudo, pero controlando los vientos de la comprensión. Y le silbaban una palabra...

Miedo: *¡No bajes a la mina...!*

—... Sea lo que sea, se librará de ello —le dijo el psiquiatra de San Diego cinco años atrás, después del accidente—. Lo hará ahora que lo ha comprendido.

—Sí —le había dicho Paul.

Aquellas palabras cobraron sentido entonces, cuando pudo ver la explicación bajo la guía del psiquiatra. Era huérfano desde los nueve años, cuando sus padres desaparecieron simultáneamente en un accidente de transporte. Fue confiado a unos buenos padres adoptivos, pero no era lo mismo. Siempre había sido un solitario.

Le había faltado lo que el psiquiatra de San Diego llamaba «egoísmo protector». Tenía la capacidad de las personas inteligentes, pero carecía del pequeño impulso que las lleva a emplear esa inteligencia en su propio provecho. Aquello había embarazado a los que se pudieron convertir en sus amigos cuando comprendieron la actitud que demostraba. Un sentimiento impulsivo les llevaba a poner cierta distancia protectora entre él y ellos. Pero, por debajo, temían su conocimiento y no confiaban en su reserva. Siendo niños, les veía apartarse sin llegar a entender las razones que pudieran tener para ello. Y aquello, como dijo el psiquiatra, le daba una imagen falsa de su

propia situación.

—Después de todo —le comentó el médico—, esa ausencia de deseos de obtener ventaja de una capacidad acaba por convertirse en una incapacidad. Pero no es peor que cualquier otra incapacidad, como el ceceo o la falta de un miembro. Con no sentirlos, se puede vivir sin ellos.

Pero parecía que, incluso inconscientemente, lo había sentido de aquel modo. Y aquel sentimiento había culminado en una tentativa inconsciente de suicidio.

—... Sin ninguna duda —le dijo el psiquiatra—, a usted le sorprendió el mal tiempo a bordo del barco, pese a las advertencias del guardacostas. Pero usted tendría que haber sabido que estaba peligrosamente lejos de la costa con un velero tan pequeño, fuera cual fuese el estado del tiempo.

La tempestad le arrastró y le abandonó después. Fue a la deriva y, en los calmados días que siguieron a la tormenta, llegó la muerte, como un pesado pájaro gris que se colgara del inútil mástil, agazapada a la espera.

—Tenía usted razones sobradas para padecer alucinaciones —le informó el psiquiatra—. Es natural que creyese que estaba muerto. Cuando al fin le ayudaron, buscó automáticamente alguna justificación para el hecho de estar todavía vivo. Se había ya provisto inconscientemente de aquella extraña visión de haber sido devuelto a la vida por una figura de aspecto paternal, alta y misteriosa, vestida con ropas que denotaban una actitud mágica. Pero cuando recuperó plenamente el sentido, su mente consciente no pudo dejar de encontrar las debilidades de toda aquella historia.

No, reflexionó Paul, no podía dejar de pensar así como así. Se acordaba del hospital de San Diego y la cama en la que se encontraba, dudando de sus recuerdos.

—... Así que, para ayudarse, se provocó usted mismo esos momentos de extrema sensibilidad, casi dolorosa, que cumplía dos necesidades. Procuraban un soporte para su idea fantasiosa y delirante de haber sido sacado de la muerte y actuaban como excusa ante lo que había causado el deseo de morir. Inconscientemente, se decía a sí mismo que era «diferente».

—Sí —respondió Paul—. Ya veo.

—Ahora que ha comprendido por sí mismo la verdadera situación, la necesidad de justificarse tendría que disminuir. La fantasía debería ir borrándose gradualmente y los momentos de sensibilidad serán cada vez menos frecuentes, hasta que lleguen a desaparecer.

—Me alegra oírlo —replicó Paul.

Pero, durante los pasados cinco años, aquellos momentos ni habían disminuido ni, mucho menos, desaparecido. Se habían quedado con él, y el sueño original se hundía obstinadamente en la retaguardia de su mente. Pensó consultar a otro psiquiatra, pero siempre tenía presente que el primero no le había ayudado. ¿Qué podría esperar de un segundo?

En lugar de hacerlo, para poder vivir con su problema, se ancló a algo que descubrió en él después del accidente. En lo más profundo de su ser, algo invencible

se aferraba sólidamente para resistir las frecuentes ráfagas de los vientos de las sensaciones. De algún modo pensaba como si todo aquello estuviera enlazado, aunque siguiera siendo independiente, con el mago de alto sombrero que apareció en su sueño. Por ello, cuando soplaban los vientos sus advertencias, las sentía pero no se dejaba guiar por ellas. *Miedo*, decían las montañas. *¡No bajas a la mina!* Esto es idiota, respondía el espíritu consciente de Paul. Recordó que, después de todo, le pagaban por un trabajo para el que su educación le designaba claramente. Un trabajo que, en el mundo superpoblado en que vivía, era el sueño de muchos hombres y la meta de algunos de ellos. Hizo un esfuerzo para llegar a lo que se mantenía en la parte oscura de su mente, indomable.

El miedo, fue la respuesta, es simplemente un elemento más en la multitud de factores que se deben considerar para ir del punto A al punto B.

Paul se sacudió para liberarse de los vientos de sensibilidad y volver a la ordinaria existencia del mundo. Las construcciones de la Mina Malabar se alzaban a su alrededor. A cierta distancia, en la parte inferior del declive en cuya cima se encontraba, la mujer del contable de la compañía salió al patio trasero de su casa y gritó algo a la mujer del ingeniero de superficie, en el patio de al lado, por encima de una cerca baja de color blanco. Era el primer día de trabajo de Paul y estaba a punto de llegar tarde para el servicio bajo tierra. Apartó la vista de las montañas y sus construcciones y la dirigió al camino cimentado que conducía al pozo principal de la mina. Luego, se puso en marcha hacia el deslizador que ya le esperaba.

Capítulo 2

El deslizador hizo descender a Paul unos seiscientos pies en vertical a través de la roca de la montaña. A pesar del romanticismo de su envejecido nombre, el deslizador no era otra cosa que un tubo elevador magnético. A través de las transparentes paredes del tubo, el granito y el cuarzo rosa centelleaban ante sus ojos a medida que descendía. Le hablaban del mismo modo que lo habían hecho las montañas, pero con voces más débiles, más finas, delgadas, cristalinas, sin cumplidos, sin benevolencia ni merced. Entre ellas y él mismo aparecía la débil imagen de Paul reflejada por la pared del tubo descendente: el rostro de un hombre joven, de veintitrés años, de hombros anchos, que ya no era ni un niño ni un adolescente.

Era alto, robusto, con sólida osamenta, la cabeza redonda y el aspecto atlético. Casi como un jugador de *rugby*, pero no uno corriente. No era tan macizo como los de la primera línea, ni poseía la tensión nerviosa suficiente como para ser un tres cuartos. Quizá un zaguero. Posiblemente ésta fuera la comparación más conveniente. A ello había que unir una calma poderosa, y unas manos capaces de dedos muy largos y aptos para asir la pelota. Recordaba haber jugado al *rugby*, y que lo hacía bien. Fue con el equipo del Instituto de Minas de Colorado, donde estaba matriculado como estudiante.

Sus ojos eran curiosamente profundos, y de un tono gris cálido. Tenía la boca agradable, quizá un poco grande, pero matizada por unos labios delgados. Sus cabellos lisos eran castaño claro y empezaban a poblarse de canas por las sienes. Los llevaba muy cortos y se quedaría calvo antes de cumplir treinta años; pero no pertenecía a esa clase de hombres para los que es imprescindible tener buena apariencia.

De un modo instintivo, daba la sensación de tener poder sobre las cosas. Muy masculino, inteligente, de físico alto y fuerte, parecía poseer el don de hacer las cosas al primer intento. Y era todas aquellas cosas a la vez. Sólo cuando la gente empezaba a conocerle de un modo íntimo veían en el más allá de su yo interior más complejo, un lugar donde su imagen era muy diferente. Había momentos, como aquél, en que su fuero interno podía verse reflejado como por un espejo cuya imagen sorprendiera a Paul haciéndole pensar que se encontraba frente a alguien desconocido. El deslizador se detuvo en el nivel de extracción. Paul penetró en la inmensa caverna iluminada, llena hasta arriba de equipos de brillante metal que descansaban con pesadez sobre rieles. El aire húmedo y ácido del subsuelo le heló los pulmones, y la atmósfera de la mina pareció derramarse en él y a través suyo mientras pasaba junto a la trituradora rumbo al pequeño espacio libre que rodeaba el panel de control. Allí, aposentado en los rieles, se encontraba el verdadero panel. Y, delante de la consola, cuyas teclas y registros habrían recordado el teclado de un enorme órgano electrónico, si se olvidaban las pequeñas pantallas situadas en el centro, estaba sentado un hombrecillo rechoncho de cabellos negros, de unos cincuenta años, rebobinando las cintas

magnéticas que contenían la información del turno que terminaba.

Paul se acercó a la plataforma que sustentaba tanto al operador como a la consola.
—Hola —saludó.

El hombre le echó un vistazo.

—Soy el nuevo... Paul Formain —continuó Paul—. Vengo a relevarle.

El ingeniero que acababa el turno ejecutó algunas rápidas maniobras en el panel con sus dedos cortos y activos. Luego, se echó hacia atrás en el sillón y se estiró. Acto seguido, se levantó y volvió hacia Paul un rostro duro pero amistoso.

—¿Paul? —dijo—. Repítame el apellido.

—Formain. Paul Formain.

—Bien. Mi nombre es Pat Teasely. —Extendió una manita cuadrada y estrechó la de Paul con un firme apretón.

El acento de Teasely era australiano: un acento especial que los norteamericanos carentes de experiencia denominan «cockney» (lo que enfurece a los australianos), pero que deja al descubierto una personalidad sincera, franca y directa. Tras la violencia de las montañas, la voz tuvo la virtud de calmar a Paul.

—Bueno, para ser su primer día de trabajo, puede contar con uno sin problemas —le informó Teasely—. No hay averías a la vista y la galería en la que se encuentra la veta está a menos de ocho grados de la vertical. Pese a todo, vigile el llenado de las vagonetas que suben hacia la superficie por el Pozo Número 1.

—¡Oh! —dijo Paul—. ¿Problemas?

—No exactamente. Hay cierto coleo y las vagonetas se amontonan a unos sesenta pies de la salida, justo encima de la esclusa número 8. El diámetro del pozo es un poco estrecho, pero no vale de nada ampliarlo, pues vamos a tener que abrir otro dentro de ciento cincuenta horas. Sin embargo, he tenido que ir dos veces arriba durante mi turno para volver a poner en el camino justo a una vagoneta descarriada... y lo he hecho a patadas.

—Muy bien —replicó Paul—. Gracias. —A continuación, pasó junto a Teasely y se sentó frente al panel. Se volvió hacia el hombrecillo—. ¿Le veré por la tarde allí arriba?

—Quizá. —Teasely se quedó quieto. Su rostro se volvió hacia Paul, rudo, intratable, individual pero simpático—. ¿Viene de una de esas escuelas americanas?

—Instituto de Minas de Colorado. —¿Tiene mujer o familia?

Paul sacudió la cabeza. Sus dedos ya se estaban moviendo para reconocer el teclado.

—No —respondió—. Soy soltero y huérfano.

—En ese caso, venga a cenar con nosotros de vez en cuando —le dijo Teasely—. Mi mujer es una de esas personas que disfruta guisando para los invitados.

—Gracias —replicó Paul—. Lo haré encantado. —Hasta luego.

Paul escuchó los pasos de Teasely resonando en el rocoso suelo de la caverna hasta desaparecer. Dirigió la atención a los controles y estudió la lista de punteo de

maniobras. Le llevó unos seis minutos. Cuando hubo terminado, sabía dónde se encontraba cada elemento del equipo y sabía cómo se comportaba. Se encaminó a la sección de ordenadores y programó una evaluación y una previsión de cuatro horas.

Aquello no era más que la continuación de las estimaciones de Teasely. En resumidas cuentas, aquello no iba a ser más que un turno fácil y rutinario. Durante un momento, descansó los dedos en las teclas del control primario del ordenador, intentando descubrir las cualidades individuales de la máquina a través de las vibraciones del trabajo que llegaban hasta él por la yema de sus dedos. Sintió una sensación de fuerza ciega, determinada e irresistible, semejante —pero diferente— a la que le transmitieron los demás controles de la mina cuando los tocó con anterioridad. Retiró las manos.

Por el momento, no tenía nada que hacer. Se recostó en el asiento abatible y pensó en dejar que las cosas fueran por sí solas para echar un vistazo al pozo que llevaba a la superficie, aquél en que, según Teasely, se bloqueaban las vagonetas. Pero decidió no hacer nada. Era preferible que se quedara cerca del panel hasta que se hubiera familiarizado con la mina.

Los innumerables visores, cuadrantes y pantallas colocadas ante él le mostraban, con continuos destellos luminosos, que todo funcionaba con normalidad. Extendió la mano y seleccionó un programa informativo de Vancouver en la pantalla central.

De un modo instantáneo, se encontró mirando hacia abajo, como si se asomara a una abierta ventana que diera al patio del hotel Kho-i-Nor, en el Complejo de Chicago. Reconoció el lugar, pues era un hotel en el que se había alojado una o dos veces cuando viajó por la región de Chicago. Mientras miraba, vio un grupito de personas que llevaban cámaras y el equipo habitual de los periodistas, reunidos alrededor de otros tres personajes. La imagen se amplió al máximo y, durante un segundo, Paul vio la figura fugitiva de una de las tres personas, un poco separada de las otras dos. Aquellas otras dos eran un hombre grueso, de media edad, de cabello blanco y corto, y una delgada joven que tendría la edad de Paul. La imagen de la joven llamó su atención antes de que la cámara se apartase de ella y le dejó con el ceño fruncido, preguntándose lo que podía haber visto de notable en ella. Nunca antes se había encontrado ni con el gordo ni con la joven.

Pero olvidó todo aquello, pues el tercer miembro del grupo ocupaba por completo la pantalla. El hombre poseía algo que habría llamado la atención de cualquiera.

Era viejo, un delgado gigante, vestido de gala. Muy delgado y taciturno, inclinaba un poco la cabeza para evitar el filo de una sombrilla blanca y roja colocada a su lado. Aunque erguido a pesar de la edad que aparentaba, apretaba con firmeza la mano derecha en la empuñadura labrada de un pesado bastón. El objetivo de la cámara se fijó en los anchos hombros, de modo que parecía dominar por su altura a la multitud de reporteros. Gafas tintadas oscurecían la expresión de su mirada... pero, incluso sin gafas, su rostro habría sido un enigma. Sin embargo, la imagen de la pantalla era clara y limpia. Paul no conseguía entenderla como algo completo. Era

una acumulación de líneas y rasgos que no formaban un conjunto. Paul miró los labios rectilíneos, los profundos paréntesis que enmarcaban la boca del hombre mientras hablaba.

—¿... Con túnica? —preguntó uno de los periodistas.

Los labios esbozaron una sonrisa.

—No esperará que un mecánico salga a cenar vestido con el mono de trabajo, ¿verdad? —La voz que salía de los labios era profunda y agradablemente sardónica—. Si quiera verme con el traje oficial, pida una cita y le recibiré en las horas de oficina.

—¿Hay horas de oficina en la Hermandad del Chantre? —preguntó otro periodista. Se escucharon unas risas, pero no eran irrespetuosas. Los labios también sonrieron.

—Vengan a verlo por sí mismos —dijeron.

Paul frunció el ceño. Un cajón cerrado en su memoria se abrió. Había oído hablar de la Hermandad del Chantre, o *Société Chanterie*. Sí, había oído hablar de ella de vez en cuando... de hecho, muy a menudo. Se trataba de un grupo de culto, adoradores del diablo o cosa parecida. Siempre los había considerado como una banda de locos. Pero, en lo relativo a aquel hombre, al Maestro de la Hermandad, la clasificación en aquella categoría no era tan sencilla. Era...

Frustrado, Paul retiró los dedos de modo instintivo de la fría superficie de la pantalla que reflejaba la cara del hombre. Los reporteros seguían preguntando.

—Háblenos de la Operación Trampolín, Maestro de la Hermandad.

Los labios se estremecieron con sarcasmo.

—Sí, dígame.

—¿Es contraria la Hermandad a una tentativa que permita llegar a las estrellas más cercanas?

—Bien, señoras y señores... —Los labios sonrieron—. ¿Qué decían sumerios y semitas en la época de los viejos dioses? Creo que decían que los planetas eran *rediles lejanos*. Shamash y Adad eran las deidades responsables de esa definición, como podrán comprobar si miran en los manuales de historia. Y, si los mundos habitables son como *rediles*, lo más sensato es pensar que puede haber muchos más diseminados entre las estrellas... y que vamos a encontrarlos.

La sonrisa no se apartó de los labios.

—En ese caso, la Hermandad estaría conforme con la creación de una estación en Mercurio, ¿verdad? ¿No ponen objeciones al hecho de que se trabaje con métodos que permitan el viaje interestelar?

—Eso —dijeron los labios, al tiempo que desaparecía la sonrisa—, ni me concierne a mí, ni concierne a la Hermandad. El hombre puede divertirse con los juguetes tecnológicos y con la ciencia como lo ha hecho en el pasado; puede jugar con el espacio y las estrellas. Pero con ello sólo conseguirá la enfermedad, como siempre, y... la muerte. A los miembros de la Hermandad sólo nos interesa una cosa.

La destrucción que salvará al hombre de sí mismo.

—Maestre de la Hermandad —dijo una voz—, ¿está usted hablando de una total...?

—¡Total y absoluta! —La profunda voz se hizo más firme—. Destrucción completa. La destrucción del hombre y su obra. —La sonoridad de la voz fue aumentando, convirtiéndose casi en un cántico, llegando a un tono que envió una oleada súbita y tumultuosa a través de Paul, como el *shock* producido por la inyección intravenosa de un estimulante—. Durante ochocientos años ha habido fuerzas trabajando para salvar al hombre de la destrucción. Desgraciado será el hombre cuando llegué el momento en que sea salvado. Desgraciada será la mujer y sus hijos cuando la última fuerza que poseen para destruirse a sí mismos les sea arrebatada. Serán condenados a la vida eterna, pero sólo por la destrucción podrán sobrevivir.

El zumbido de un vibrador señaló el repentino bloqueo de un tren de mineral en el tubo de superficie A. La mano de Paul se estiró de modo automático y sus dedos teclearon una detención de quince minutos en la fuente energética que alimentaba el pozo.

—Os conjuro —la voz caía desde la pantalla, resonando como los tambores que acompañan a la guillotina— a considerar la prosperidad del hombre en su conjunto y no la propia. A dar la espalda a las falsas promesas de vida y enfrentaros a la realidad de la muerte. Confíaros a vosotros mismos una misión... una misión de destrucción: completa... absoluta... total... La destrucción. ¡La destrucción! ¡*La destrucción!*

Paul parpadeó y se levantó.

La mina le rodeaba. El panel estaba frente a él y, en la pantalla central, el grupo reunido ante el Kho-i-Nor se separaba. El anciano y sus dos acompañantes, el hombre de cabellos grises y la joven, seguían a una cuarta persona —un joven delgado de cabellos negros y andares nerviosos— hacia la entrada del hotel. Paul les miró. Sintió que había perdido un minuto, pero aquello era sorprendente. Paul poseía un don especial: era por completo insensible a la hipnosis. Era algo que complicó las cosas cuando le visitó el psiquiatra tras el accidente del barco. ¿Cómo podía haber perdido aunque sólo fuera un minuto?

El súbito recuerdo de las vagonetas bloqueadas en el pozo que conducía a la superficie le hizo emerger de su rompecabezas personal. Si no podía resolver aquel problema de un modo inmediato, tendría que provocar un corte general de la energía que alimentaba la instalación minera. Se apartó del panel y tomó el elevador que ascendía en paralelo al Pozo Número 1. El indicador del panel señalaba que la detención ocurría a ciento cuarenta y tres pies de la boca del pozo. Llegó a la escotilla Número 8, encendió las luces y trepó por el pozo. Vio lo que había pasado... casi enfrente suyo.

El Pozo Número 1, lo mismo que el tren de vagonetas, se acercaba a la superficie con un ángulo de unos sesenta grados. Un sencillo raíl energético equipaba el pozo, y

las tripudas vagonetas, llenas de trozos de mineral, agarraban sus engranajes en aquella cremallera. Los dientes de la cremallera le sirvieron a Paul de escala mientras se aupaba hasta el lugar en que uno de los vagones se había descarrilado para golpear en la rugosa pared de roca.

Sin dejar de pensar en la joven de aspecto familiar y el extraordinario sacerdote que se llamaba a sí mismo Maestro de la Hermandad, Paul se encajó entre la pared del pozo llena de agudas asperezas y las dos últimas vagonetas. Dio violentas patadas en el dispositivo de empalme que las enlazaba. Al tercer intento, el empalme volvió a colocarse. Con un chasquido y un gruñido nacidos de la energía acumulada en la base motorizada de cada vagoneta, el tren, súbitamente, se puso en marcha.

En el mismo instante, las lámparas del pozo se debilitaron y recobraron acto seguido la intensidad sin más advertencias cuando los motores de las vagonetas volvieron a la vida y empezaron a ronronear de modo regular. Sin pensarlo, instintivamente, Paul saltó y se agarró a la parte trasera del último vagón.

Algo estalló de pronto en él con un brillo parecido al de las montañas que se recortan claramente en un alto cielo de primavera; debido a la preocupación que le habían causado las noticias televisadas, no había interrumpido la potencia motora de los pozos más que durante quince minutos. Tras el apagón, había omitido transferir a manual sus controles de potencia.

Trepaba por el pozo agarrado a la última vagoneta del convoy. A unos cuantos centímetros por debajo suyo, el raíl energético prometía electrocutarle instantáneamente si lo tocaba. Y las tripudas vagonetas, de un diámetro un poco menor que el propio pozo, le impedían cualquier tentativa de abrir los paneles de socorro que había cada cierto trecho.

Las paredes y el techo estaban casi a la misma distancia, pero el techo se encontraba mucho más cerca. Tallado burdamente en granito y cuarzo, subía y bajaba irregularmente. En algunos puntos, Paul lo sabía, la parte superior de la vagoneta rozaba casi con él. Si se hubiera podido pegar a la carga de mineral habría llegado sin peligro a la superficie. Pero, agarrado como iba a la parte trasera del vagón, sentía que su presa se iba debilitando. Su cabeza golpeó con fuerza contra el techo cuando salió de la sección iluminada en la que había puesto en marcha el tren y entró en una zona oscura. Arañando furiosamente en los pequeños y agudos trozos de metal, Paul intentó excavar una madriguera. Oscilando y saltando, el tren siguió subiendo. En la completa oscuridad, Paul no vio el punto bajo de la galería al que se acercaba...

—¿Qué es eso? —preguntó el director de improviso. Había una forma extraña aplastada en la última vagoneta que emergía de la oscuridad del pozo.

El tren rodaba automáticamente. El último vagón apareció a la luz y, totalmente iluminada, vieron la silueta de un hombre medio enterrado en el montón de mineral.

—¡Dios mío! —exclamó el director—. ¡Detenga el tren y ayúdeme a sacarle!

Pero el joven ingeniero de superficie, enfermo, no le escuchaba. Se había vuelto para vomitar, ocultándose en la sombra matinal proyectada por las montañas.

Capítulo 3

En el exterior, bajo la soleada mañana, el ingeniero de superficie de turno se acercó al orificio de la galería Número 1 atraído por el parpadeo de una luz de alarma en el panel de control, seguida por una señal automática que indicaba que la energía de la galería había sido cortada. Alcanzó el orificio de la galería Número 1, donde, unos minutos más tarde, se reunió con el ingeniero en jefe que, aquel día, conociendo la presencia de un novato bajo tierra, no había quitado ojo de los repetidores instalados en su despacho.

—Ya llega —dijo el ingeniero de superficie, un hombre delgado y de la misma edad que Paul, llamado Diego, cuando el ronroneo de los motores empezó a despertar ecos en el tubo acústico natural formado por el pozo—. Lo ha puesto en marcha.

—Va un poco lento —dijo el director de la Mina Malabar. Frunció el ceño—. Esperemos un minuto y veremos qué es lo que no funciona.

Esperaron. El zumbido y el ruido metálico de las ruedas dentadas fue acentuándose. Al fin, la parte delantera del primer vagón apareció bajo la luz del sol y el vehículo quedó horizontal sobre el liso suelo.

El empleado del servicio de tarde de la recepción del hotel Kho-i-Nor, en la parte baja del Complejo de Chicago, era consciente del hecho de que las pruebas de aptitud a que le habían sometido debían procurarle un trabajo de una categoría particular. Una categoría ornamental: algo del todo inútil desde el punto de vista del moderno equipamiento de los hoteles. Consecuentemente, se esforzaba de manera concienzuda por parecer un perfecto ornamento... es decir, por ser tan anónimo como le resultase posible y tan difícil de notar.

No alzó la vista cuando escuchó los pasos que se acercaban al mostrador y se detenían ante él. Siguió caligrafiando una lista de huéspedes importantes del hotel en un formulario que había junto al tomo de registro.

—He hecho una reserva —dijo una voz masculina—. Paul Formain.

—Muy bien —dijo el empleado, que añadió el nombre a la lista sin alzar los ojos. Dejó de escribir para admirar los elegantes arabescos que formaban las *pes* y las *des* nacidas de su pluma.

De golpe, sintió que su propia mano era agarrada y retenida por una mano considerablemente más grande. Aquello interrumpió el movimiento de la pluma. La rara presa mantenía su mano como una mosca aprisionada, sin brutalidad, pero con una sugerencia de poder inflexible muy controlado. Sorprendido, y ligeramente aterrado, el empleado levantó la vista.

Se encontró cara a cara con un joven-viejo muy alto al que le faltaba un brazo... el propietario de la mano que le sujetaba con aquella prueba de poder sin barreras.

—¿Señor? —preguntó. Su voz se elevó a su pesar con un tono un punto más alto de lo normal.

—He dicho —prosiguió el joven con voz paciente— que tengo una reserva. Paul

Formain.

—Sí, señor. Naturalmente. —El empleado hizo un esfuerzo para liberarse de la presa que mantenía prisionera su mano. Como si empezase a pensar en otra cosa, el joven la soltó. El empleado se volvió rápidamente hacia el teclado de registro y escribió el nombre. El registró se iluminó y procuró la información correspondiente —. Sí, señor. Exacto. Una habitación exterior. ¿Qué decorado?

—Moderno.

—Bien, señor Formain. Habitación 1412. Los ascensores se encuentran a la izquierda, en la esquina. Comprobaré que le suban el equipaje. Yo...

Pero el joven manco se dirigía ya hacia los ascensores. El empleado le siguió con la vista y luego la bajó hacia su mano derecha, cuyos dedos movió con lentitud. Nunca se había preguntado antes de qué estarían hechos sus dedos.

Una vez en la habitación 1412, Paul se desvistió y se duchó. Cuando salió de la ducha, vio que su única maleta emergía del distribuidor de equipajes. A medio vestir se miró en el espejo, que le devolvió la imagen de un joven delgado vestido con un pantalón gris verdoso seleccionado al apretar los botones del distribuidor de la habitación. Por encima de la cinturilla del pantalón, el pecho y los hombros brillaban con un halo de salud. Las finas cicatrices dejadas por la cirugía plástica desaparecieron hasta tal punto que eran casi invisibles. Habían pasado ocho meses desde el accidente de la mina, se encontraban a comienzos de la primavera, con un cielo gris y un viento helado de marzo que soplaba desde el lago Michigan.

El muñón de su brazo izquierdo parecía un poco arrugado, pero no excesivamente. Se había encogido un poco debido a que no pudo resistir el peso del miembro.

El desarrollo compensador del brazo derecho se había producido en exceso y con una rapidez poco habitual, o aquello dijeron los médicos que trataron a Paul. Le colgaba del hombro, reflejado en el espejo, como un gran bastón hecho de huesos y músculos. El deltoides formaba un abultamiento parecido a una roca en el lugar en que la clavícula se adaptaba a la articulación del hombro; y, desde la parte baja del deltoides, el tríceps y el bíceps se hinchaban como dorsos de ballenas dirigiéndose hacia los músculos más pequeños y nudosos que se encontraban un poco por encima del codo. Por debajo, los músculos flexores y abductores se elevaban como montañas bajas. El grupo tenar de la palma de la mano estaba formado por una masa endurecida que le abultaba la base del pulgar.

A veces, cuando pensaba en ello, le recordaba una maza. No... nada tan desafortunado como una maza. Más bien se trataba de una fuerza irresistible, un ariete anclado en la carne y el esqueleto. Y, tras los ocho meses pasados desde el accidente de la mina, a través del largo proceso de hospitalización y restablecimiento, aquella parte invencible de sí mismo que yacía en la retaguardia de su mente, parecía

haber elegido el brazo para sí misma. El brazo era parte de Paul, la parte de él que no dudaba de nada; especialmente de su propia fuerza. Y que no tenía tiempo que perder con un empleado de hotel perezoso.

Oscuramente, aquello preocupaba a Paul. Como un hombre que sintiera de continuo un diente dolorido en contacto con la lengua, con frecuencia se descubría a sí mismo comparando la fuerza de su brazo con otros objetos; y, en cada ocasión, el resultado le turbaba de un modo diferente.

De pie, ante el espejo, estiró la mano y la cerró alrededor del único adorno de la habitación de hotel de aspecto ultramoderno: un jarrón de estaño con forma de tulipán de unos veinte centímetros de alto que contenía una única rosa y que se encontraba sobre la cómoda. El jarrón se ajustó con facilidad a su presa y lo levantó, aumentando ligeramente la presión de los dedos.

Durante un breve instante, pareció que la gruesa pared de metal resistiría. Luego, lentamente, el jarrón empezó a doblarse hacia el interior hasta que la rosa, al ser doblado su tallo, cayó de lado y el agua, surgiendo del recipiente, empezó a correr sobre la contraída mano de Paul. Aflojó la presa, abrió la mano y miró durante un segundo el deforme jarrón. Soltó las ruinas —jarrón y flor— en la papelera y flexionó los dedos. Ni siquiera un calambre. Con aquel derroche de energía, los músculos deberían haber padecido calambres y el brazo volverse inútil durante un rato. Pero no había sido tal el caso.

Acabó de vestirse y bajó a la entrada del camino subterráneo que se encontraba en la planta baja del hotel. Había un biplaza entre los coches vacíos situados cerca de la rampa que llevaba al hotel. Subió y tecleó en el cuadrante el estándar 4441, que correspondía a la dirección del Directorio de todas las ciudades, centros y complejos cuya población sobrepasase las cincuenta mil unidades. El pequeño vehículo enfiló entre el tráfico subterráneo y, quince minutos más tarde, le dejaba en el terminal del Directorio, a cuarenta millas del lugar de origen.

Registró la tarjeta de crédito en la Contabilidad del Complejo de Chicago, y un servicio de ruta le dirigió hacia una cabina situada en la novena planta. Tomó lugar en el disco de un gran tubo elevador en compañía de otras personas, y su atención se vio súbitamente captada por un libro que llevaba una joven en la mano.

El libro estaba situado en un exhibidor portátil, y su título era visible a través de la pantalla del aparato. El título era también una fotografía: la del hombre a quien había visto en la pantalla de visión el único día en que trabajó en la mina. El mismo rostro, la misma boca inteligente. Simplemente, bajo el mentón, en lugar del cuello blanco y la corbata de seda, como diferencia, se veían los colores rojos y dorados de algún manto ceremonial.

En los rojos y dorados se imprimía el título del libro. **DESTRUIR.**

Alzando los ojos vio, por primera vez, el rostro de la joven que llevaba el libro en la mano. También ella le observaba con una expresión poco habitual y, a la vista de aquella expresión, Paul sintió un impacto silencioso en su interior. Lo que veía eran

los rasgos de la joven que se encontrase tiempo atrás un poco apartada del Maestro de la Hermandad en la pantalla central del panel de control de la mina.

—Perdone —dijo la mujer—. Perdone.

La joven se volvió y, empujando ciegamente para adelantar a los demás, dejó el elevador y se alejó a toda prisa por el nivel situado por encima de aquél en que Paul había tomado el tubo de ascenso.

La siguió instintivamente. Pero la mujer ya se había perdido entre la multitud. Se encontró plantado en el centro de la sección musical de la biblioteca del Directorio. Se quedó allí, zarandeado por los peatones, mirando de modo inútil por encima de las cabezas para intentar encontrarla. Paul estaba a menos de un metro de una fila de cabinas, y de una de ella le llegó el sonido apagado de una melodía, cantada por una voz de soprano acompañada en tono menor por la música de un carillón:

En amorosa calma te he esperado mucho tiempo...

La música penetró en él como un viento que soplara desde lejos, y las gentes que se desplazaban a su alrededor se convirtieron en seres distantes y sin más importancia que las sombras. Era la voz de la joven con la que se había encontrado en el tubo elevador. Lo sabía, aunque ella no le hubiera dirigido más que dos palabras. La música aumentaba y le envolvía: uno de los momentos de receptividad hipersensible se apoderó de él y le elevó sobre alas demasiado fuertes para el amor y demasiado grandes para la melancolía.

Mucho tiempo te he esperado en amorosa calma...

Ella era la música, y la música era un viento que silbaba sin fin sobre un campo nevado en dirección hacia una caverna llena de cristales de hielo que repiqueteaban al capricho de la brisa.

*Durante el invierno solitario y la titubeante primavera
Mi amoroso deseo de ti no se ha saciado...*

Abruptamente, hizo un violento esfuerzo para liberarse.

Le había pasado algo. Miró a su alrededor, consciente una vez más de la multitud que se movía ante él. La música que emanaba de la cabina se había convertido en algo apenas audible bajo el rumor de los pasos y los zumbidos de las conversaciones.

Giró sobre los talones y no vio a su alrededor más que la prosaica sección musical de una de las bibliotecas del Directorio. El encantamiento se había roto.

Y la joven había desaparecido.

Paul subió hasta el noveno nivel y encontró un nicho vacío. Se sentó, cerró la puerta y apretó un botón para ver la lista de psiquiatras locales, marcando su número de crédito recientemente registrado. Luego, tras un pensamiento fugitivo, estipuló que la lista debía limitarse a los psiquiatras que hubieran estado interesados o relacionados en el pasado por el problema de los tullidos. La pantalla, ante sus ojos, emitió un destello luminoso, registrando su petición; un marcador le indicó que la respuesta exigía un retraso de diez a quince minutos.

Paul se arrellanó en el asiento. Luego, siguiendo un impulso súbito, tecléo el título del libro que la joven llevaba en la mano, acompañándolo de una petición de compra. Un segundo más tarde, un ejemplar del libro, encerrado en un exhibidor comercial, cayó en el distribuidor que había ante él.

Lo tomó. La cara que se veía en la cubierta del libro parecía mirarle con una expresión sardónica, como si se divirtiera con algún secreto que la joven conociera acerca de Paul. La imagen reproducida no era parecida a la que viera en la pantalla de la mina, pues, en aquella ocasión, los rasgos se negaron a ajustarse para formar un rostro claramente diferenciable. Paul podía ver por primera vez todo el rostro, pero había, pese a todo, algo que no encajaba. No era tanto una cara como una máscara de cera. Algo sin vida y sin sentido. Paul pulsó el botón que permitía reemplazar la cubierta por la primera página del libro.

Sobre la blanca superficie del papel, el título le saltó nuevamente a los ojos:

DESTRUIR, por *Walter Blunt*

Paul accionó el botón. Se encontró con la primera página y con una introducción escrita por alguien cuyo nombre le resultaba desconocido. Paul recorrió las casi seis páginas de texto rápidamente. Walter Blunt, leyó, era hijo de padres adinerados. Su familia había tenido intereses de control sobre uno de los grandes bancos de atunes que seguían la ruta circular de migraciones entre las dos Américas y Japón. Blunt había gozado de una infancia brillante, pero indisciplinada. Llevó la vida de los ricos que no tienen nada importante que hacer hasta que un día, con millares de otros cazadores, quedó apresado por una prematura ventisca de invierno, un temporal anormal y descontrolado, mientras cazaba ciervos en la región del lago Superior.

Cuatro cazadores del grupo de Blunt perecieron de frío. El propio Blunt, un personaje de ciudad nada preparado para aquella tormenta, comprendió en aquel crucial momento las Leyes Alternas de la existencia y ofreció el servicio de su vida para preservar la vida en sí. Consecuentemente, salió sin trabas de los bosques y llegó a la seguridad del abrigo sin problemas, sin agotarse, sin morir de frío, a pesar del viento glacial y la nieve, de la baja temperatura y del hecho de que llevaba un traje de caza de los más ligeros.

Tras aquella experiencia, se consagró a las Fuerzas Alternas. Durante toda una

vida había creado y organizado la Hermandad del Chantre, compuesta por estudiantes y graduados de las Fuerzas Alternas. El objetivo de la Hermandad era la aceptación universal del principio positivo de la destrucción. Sólo con la destrucción la humanidad podía demostrar su adhesión a las Leyes de la Alternativa, y sólo aquellas leyes eran lo bastante fuertes para salvar a la humanidad de la civilización técnica que estaba a punto de apresarla como a una mosca en una telaraña.

El delicado repique de una respuesta llamó la atención de Paul desde la pantalla que tenía frente a sí. Vio una doble lista de nombres, direcciones y números telefónicos. Dirigiéndose al teclado, semejante al de una máquina de escribir, que había bajo la pantalla escribió un mensaje dirigido a todas las personas cuyos nombres tenía a la vista.

Mi brazo izquierdo fue parcialmente amputado hace siete meses. Mi cuerpo ha rechazado tres intentos de injerto de brazos de repuesto. No se ha descubierto ninguna razón en el proceso fisiológico ordinario para el rechazo. Mis médicos me han sugerido que explore la posibilidad de un factor psicológico relacionado con las causas de intolerancia, y me han recomendado que someta mi caso a los psiquiatras de esta región, donde se han realizado muchos trabajos con amputados. ¿Le interesaría aceptarme como paciente? Paul Formain. Informe número 432 36 47865 2551 OG3 Kll2b, habitación 1412, Hotel Kho-i-Nor, Complejo de Chicago.

Paul se levantó, recogió el libro que acababa de comprar y se dirigió hacia el hotel. Una vez llegó, se encerró en la habitación y empezó a leer la obra de Blunt. Tendido sobre la cama, leyó una colección de insensateces extravagantes mezcladas con hechos razonables y una urgente llamada para que el lector se enrolase como estudiante bajo la dirección de algún miembro de la Hermandad del Chantre. La recompensa prometida por el éxito tras los cursos de instrucción era, aparentemente, poder y posibilidades mágicas que sobrepasaban los más locos sueños.

Era demasiado ridículo para considerarlo con seriedad.

Paul frunció el ceño. Se dio cuenta de que estaba sujetando el libro con cierta precaución. El ejemplar no se movía en el sentido físico del término, pero de él emanaba una vibración que parecía repercutir profundamente en la médula de los huesos de Paul. Un zumbante silencio empezó a llenar la habitación. Uno de sus «momentos» se estaba apoderando de él. Estaba tan tranquilo como un lobo que se sabe cercano a la boca de una trampa. A su alrededor, las paredes de la habitación empezaron a latir. El silencio zumbó más fuerte. El lugar y el «momento» le hablaron:

PELIGRO.

Suelta el libro.

El silencio zumbó aún más fuerte, cegando los oídos de su percepción...

Peligro, dijo su parte invencible, es una palabra inventada por los niños; esencialmente, carece de sentido para un adulto.

Manióbró el botón que pasaba las páginas. Apareció la cabecera de un nuevo capítulo:

LAS FUERZAS ALTERNAS Y LA REGENERACIÓN.
RECUPERACIÓN DE MIEMBROS AUSENTES, INCLUSO DE TODO EL
CUERPO

La regeneración reparadora de las partes del cuerpo humano por la epimorfosis, o el crecimiento nuevo empezando por un muñón o un blastema formado en la superficie herida, es una propiedad que las Fuerzas Alternas son capaces de estimular. Encuentra su justificación y su instigación en la acción destinada a la autodestrucción. Como en todo uso y manipulación de las Fuerzas Alternas, el mecanismo es sencillo una vez los principios subyacentes son comprendidos. En tal caso, son el No-Evolucionario (en oposición a las Fuerzas Naturales) y el Regresivo (invirtiendo activamente las Fuerzas Naturales). Estos principios actúan no sólo estática, sino dinámicamente, pues del hecho de su dinamismo se deriva la energía necesaria para el proceso de regeneración...

Sonó el timbre del teléfono de la habitación de Paul, rompiendo el hechizo. La habitación recuperó su forma natural y el libro se apaciguó en sus manos. Desde la cama, vio cómo se encendía la pantalla del teléfono.

—Una llamada del Directorio, señor —dijo una voz grabada en la recién iluminada pantalla.

Sobre la pantalla apareció una lista de nombres seguida de las iniciales de las especialidades médicas físicas y mentales. Uno tras otro, los nombres parpadearon y desaparecieron hasta que sólo quedó uno. Paul lo leyó desde la cama.

DRA. ELIZABETH WILLIAMS

Un momento más tarde, la palabra *aceptado* se escribía bajo el nombre. Paul dejó el libro con la clara intención de volver a leerlo más tarde.

Capítulo 4

—¿... Cómo se siente?

Era una voz de mujer. Paul abrió los ojos.

La doctora Elizabeth Williams estaba junto a la silla en que él se sentaba. Dejó la jeringa hipodérmica de presión sobre la mesa y acercó su propio asiento.

—¿He dicho algo? —Paul se irguió en la silla.

—¿Quiere saber si ha respondido a mis preguntas? No. —La doctora Williams le miró por encima de la mesa. Era una mujer menuda de anchos hombros, con los cabellos castaños y el rostro insignificante—. ¿Desde cuándo sabe que tiene tanta resistencia a la hipnosis?

—¿Me he resistido? —preguntó Paul—. A decir verdad, he intentado cooperar.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

—Desde el accidente del barco. Unos cinco años. —Paul la miró—. ¿Qué he dicho?

—Que yo era una mujer estúpida —le respondió.

Paul parpadeó.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿No he dicho nada más?

—Nada más. —La mujer siguió mirándole por encima de la mesa. Paul sintió curiosidad y algo parecido a un sentimiento de soledad emanando de ella—. Paul, ¿puede recordar alguna cosa en particular a la que tenga miedo?

—¿Miedo? —repitió, frunciendo el ceño—. ¿Miedo...? No. No, realmente.

—¿Está usted atormentado?

Reflexionó durante un buen rato.

—No... No, no exactamente atormentado —concluyó—. En este momento no hay nada que me atormente.

—¿Desgraciado?

Paul sonrió. Luego, volvió a fruncir el ceño.

—No... —dijo, pero pareció dudar—. Al menos, no lo creo.

—En ese caso, ¿para qué ha venido a verme?

La miró con cierta sorpresa.

—Pues... con respecto a lo de mi brazo —concluyó.

—¿No se ha debido al hecho de que es usted huérfano desde muy joven? ¿A que siempre ha llevado una vida solitaria, sin amigos íntimos? ¿A que intentó matarse en el barco hace cinco años y en la mina hace menos de uno?

—¡Espere! —exclamó Paul.

La doctora le miró cortésmente, con aire interrogativo.

—¿Realmente cree que arreglé los accidentes para suicidarme?

—¿Por qué no iba a pensarlo?

—Porque no debe hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque... —Un súbito momento de comprensión dominó a Paul. La vio allí sentada, completamente ciega. La miró y, ante sus ojos, observándole, le pareció que se encogía y que era cada vez más vieja. Se levantó—. No tiene importancia —terminó.

—Tendría que pensarlo, Paul.

—Lo haré. Reflexionaré sobre todo esto seriamente.

—Perfecto —dijo la doctora Williams. No se había movido de su sitio y, a pesar de la seguridad de su voz, no parecía ser la misma—. La recepcionista le dará una nueva cita.

—Gracias —dijo Paul—. Hasta otro día.

—Buenas tardes, Paul.

Salió de la habitación. En la recepción, la secretaria, sin dejar de escribir a máquina, levantó los ojos cuando pasó a su lado.

—Señor Formain. —Se inclinó ligeramente por encima de la máquina de escribir—. ¿Quiere que le dé una nueva cita ahora mismo?

—No —respondió Paul—. Me parece que no. —Salió.

Bajó unos cuantos niveles desde el despacho de la doctora Williams hasta la terminal, en la base del edificio. Las cabinas telefónicas públicas estaban muy cerca. Penetró en una de ellas y cerró la puerta. Tecleó la lista de miembros de la Hermandad del Chantre en la región. La pantalla se iluminó.

Walter Blunt, *Maestre de la Hermandad* (no hay número de teléfono registrado).

Jason Warren, *Nigromante*, secretario de la Hermandad del Chantre. Tel. 66.433.35246.

Kantele Maki (no hay número de teléfono registrado). Morton Brown. Tel. 66.433.67420. Warra, *Mago*. Tel. 64.256.89235.

(*La lista anterior comprende únicamente los nombres de las personas que figuran bajo la rúbrica «Hermandad del Chantre»*).

Paul marcó el 66.433.35246. La pantalla se iluminó y pasó medio minuto antes de que se aclarase para mostrar el rostro de una de las personas que Paul recordaba haber visto en la pantalla de la mina un año antes: la cara de un joven delgado de cabellos negros y ojos profundos que no parpadeaban.

—Mi nombre es Paul Formain —dijo Paul—. Me gustaría hablar con Jason Warren.

—Yo soy Jason Warren. ¿De qué se trata?

—Acabo de leer un libro escrito por Walter Blunt en el que se dice que las Fuerzas Alternas pueden hacer crecer un miembro amputado. —Paul se volvió para que el otro pudiera ver que su manga izquierda estaba parcialmente vacía.

—Ya veo. —Warren le miró con sus oscuros e inmóviles ojos—. ¿Y...?

—Me gustaría hablarle de esto.

—Supongo que se puede hacer. ¿Cuándo le gustaría que nos viésemos?

—Ahora —respondió Paul.

Las negras cejas de la pantalla se enarcaron ligeramente.

—¿Ahora?

—Me gustaría.

—¡Oh! ¿De verdad?

Paul esperó.

—Muy bien, venga.

La pantalla se quedó en blanco repentinamente, pero la retina de Paul continuó impresionada por la imagen de la sombría cara que se había reflejado en ella, mirándole con curioso interés. Se levantó y emitió un suspiro de alivio. Había actuado sin pensar desde el segundo de percepción que le dominó en el despacho de Elizabeth Williams. Descubría súbitamente que su educación y formación le habían cegado en lo referente a la comprensión de su propio caso. La doctora no lo había entendido. Aquello era explosivamente visible. La mujer había intentado conciliar la velocidad de la luz con el grosero mecanismo del cronómetro en que creía. Y, si ella había cometido aquel error, quizá el psiquiatra de San Diego, tras el accidente del barco, se confundió de la misma manera.

Paul había reaccionado sin pensar pero, impulsivamente, su instinto le decía que tenía razón. Había intentado cuanto estuvo en su mano para tener fe en el cronómetro. En alguna parte, se decía a sí mismo, había una comprensión más profunda. Era un alivio poder buscarlo finalmente con la mente abierta... con la mente despierta.

Capítulo 5

Mientras Paul cruzaba la puerta automática del apartamento de Jason Warren, vio a otras personas que estaban en el vestíbulo, parecido en cierta medida a un salón-despacho.

Dos de aquellas tres personas estaban pasando por una puerta interior. Apenas los vio, con un sobresalto, reconoció a una de ellas... la joven del libro con quien se había encontrado en el Directorio de Chicago. La otra era un hombre grueso de mediana edad del que parecía emanar cierta tranquila competencia. También él estaba con la joven y con Blunt el día en que Paul vio la emisión en la mina, un año antes. Paul se preguntó por un instante si Blunt estaría también en la casa. Luego, el pensamiento le abandonó. Se encontró mirando de frente el vivo y sombrío rostro de Jason Warren.

—Paul Formain —dijo Paul—. Le he llamado antes por teléfono.

—Siéntese. —Warren le señaló a Paul una butaca y se sentó frente a él. Le estudió con una mirada tan directa y desprovista de inhibiciones como la de un niño—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Paul le miró. Warren se sentaba displicentemente, casi derrumbado en la butaca, pero con el delgado cuerpo en equilibrio, como el de un bailarín o un atleta bien entrenado, de tal modo que un solo movimiento le habría puesto inmediatamente en pie.

—Me gustaría que me creciera un brazo nuevo —explicó Paul.

—Sí —respondió Warren. Señaló con el índice hacia el teléfono—. He conseguido informes por su *dossier* público desde que llamó —le informó—. Es usted ingeniero.

—Lo era —dijo Paul, un poco sorprendido al notar que lo decía con cierta amargura.

—¿Cree usted en las Leyes Alternas?

—No —respondió Paul—. Sinceramente, no.

—Pero piensa que ellas podrían facilitarle un brazo nuevo.

—Es una oportunidad que hay que probar.

—Sí —replicó Warren—. Un ingeniero. Con la cabeza encima de los hombros, práctico... que no se preocupa por saber cómo van las cosas mientras éstas funcionan.

—No es así exactamente —le dijo Paul.

—En ese caso, ¿para qué preocuparse por las Leyes Alternas? ¿Por qué no se hace, simplemente, injertar un brazo nuevo?

—Lo he intentado —replicó Paul—. Pero el injerto no se adaptó.

Warren se quedó totalmente inmóvil durante dos segundos. No hubo cambio alguno ni en su rostro ni en su actitud, pero Paul tuvo la sensación de que algo semejante a un instrumento delicadamente sensible en el interior del otro había hecho

clic y empezaba a grabar.

—Cuénteme toda la historia —pidió Warren, lenta y cuidadosamente.

Paul se la contó. Mientras hablaba, Warren siguió sentado completamente inmóvil. Durante los quince minutos que duró el monólogo de Paul, no realizó ningún movimiento ni demostró ninguna reacción. Y, sin darse cuenta, mientras hablaba, Paul recordó que había observado una concentración parecida anteriormente. Fue en un perro de caza que vio una vez, tan inmóvil como una estatua, con una pata levantada y la cola en línea con el cuerpo, tan inmóvil como si estuviese muerto.

Cuando Paul se calló, Warren no empezó a hablar de inmediato. En lugar de ello, sin mover otros músculos, alzó la mano derecha y señaló a Paul con el índice. La acción parecía poseer la inevitable naturaleza de los movimientos de una máquina, o la lenta inclinación de la copa de un árbol cuando es cortado y empieza a caer.

—Míreme el dedo —pidió Warren con voz lenta—. Fíjese en la punta del dedo. Atentamente. En la base de la uña, debajo de ella, puede ver una marca roja. Es una gota de sangre que ha salido bajo la uña. Mire cómo aumenta de volumen. Crece. En un instante, caerá. Y crece, crece...

—No —dijo Paul—. No hay gota de sangre. Está perdiendo el tiempo y haciéndome perder el mío. Warren dejó caer la mano.

—Interesante —comentó—. Interesante.

—¿Sí? —preguntó Paul.

—Los miembros graduados de la Hermandad del Chantre —explicó Warren— tampoco pueden ser hipnotizados. Pero usted me ha dicho que no creía en las Leyes Alternas.

—Seré algo así como un francotirador —contestó Paul.

Warren se levantó súbitamente con el sencillo movimiento que Paul estaba esperando. Se dirigió, ligero y ágil, hacia el fondo de la sala, dio media vuelta y regresó junto a Paul.

—Si puede resistir la hipnosis —dijo, inmovilizándose al lado de Paul—, usted está utilizando las Leyes Alternas, aunque no las reconozca como tales. La clave de la utilización de las Leyes Alternas es la completa independencia del individuo... la independencia frente a fuerzas físicas o de cualquier otro tipo.

—Y al contrario —completó Paul, sonriendo.

—Y al contrario. —Warren no sonreía. Siguió inmóvil, con la vista fija en Paul—. Tengo que preguntarle nuevamente —continuó— lo que desea de mí.

—Quiero un brazo.

—No tengo posibilidad de dárselo —dijo Warren—. No puedo hacer nada por usted. Las Leyes Alternas son para que las usen aquellos que pueden hacer cosas por sí mismos.

—Entonces, enséñeme a hacerlo.

Warren emitió un suave suspiro. Un suspiro que, a Paul así le pareció, expresaba no sólo un poco de cansancio, sino también cierta irritación.

—No sabe lo que está pidiendo —dijo Warren. Para desarrollar la actitud que parece poseer usted en lo concerniente a las Leyes Alternas, sería necesario que le tomase como aprendiz de nigromancia.

—El libro de Blunt me dio a entender que la Hermandad era ardientemente proselitista.

—Es que lo somos —dijo Warren—. Necesitamos entre nosotros a alguien que sea comparable a Leonardo da Vinci. Nos alegra mucho encontrar entre los nuestros a alguien con las cualificaciones de Milton o Einstein. Naturalmente, lo que nosotros necesitamos de verdad es alguien que posea un don que nadie conozca hasta el presente... algo así como un Genio X. Por eso hacemos publicidad.

—¿Debo entender que no quieren personas normales?

—No he dicho eso —replicó Warren. Le dio la espalda a Paul, cruzó la sala y volvió después junto a su huésped—. Su idea de unirse a la Hermandad ¿es seria?

—En la medida en que pueda procurarme un brazo.

—Eso no ocurrirá. Ya le he dicho que nadie más que usted puede hacerlo. Existe una relación entre las Leyes Alternas y el trabajo de la Hermandad, pero no es lo que usted piensa.

—¿Me lo aclararía usted? —preguntó Paul.

—Muy bien —respondió Warren. Se metió las manos en los bolsillos y se quedó inmóvil, con los hombros ligeramente arqueados, mirando a Paul, que seguía sentado—. Intente comprender esto. Vivimos en un mundo enfermo, Formain. Un mundo enfermo por el exceso de tecnología. Un mundo lleno, sobrecargado de personas que están muy cerca de acabar con sus problemas. —La mirada de sus ojos profundos no dejaba los de Paul—. Las personas que viven hoy en día se parecen a un hombre que pensase que conseguiría cuanto desease del mundo, todo lo que hace la vida más agradable, de un modo automático. Ahora que lo han conseguido —la perfección de una civilización tecnológica en la que a nadie le falta nada en el sentido de comodidad física—, se encuentran en un paraíso falso. Como un motor eléctrico sin freno, la mente humana, sin el peso de la necesidad de ejecución y progreso, empieza a deslizarse hacia la disolución. Cada vez más deprisa, hasta que se separe y destruya el mundo que ha creado. —Se detuvo un segundo y añadió—: ¿Qué me dice de todo eso?

—Que pudiera ser verdad —respondió Paul—. Por mi parte, creo que la situación en que nos encontramos no es ésta, pero podría serlo.

—Muy bien —replicó Warren—. Ahora pruebe con esto: en un clima de confusión, uno de los modos más seguros de confundir al enemigo es decirle toda la verdad. Y el Maestro de la Hermandad ha dicho toda la verdad en su libro. La Hermandad del Chantre no está interesada en la difusión del empleo de las Leyes Alternas. Simplemente, desea entrenar y utilizar a los que ya pueden utilizar esas Leyes para sus propios fines. Y esos fines consisten en precipitar el fin que se acerca irremediabilmente para acarrear la destrucción de la actual civilización.

Warren se calló. Parecía esperar que Paul dijera algo. Pero también Paul estaba esperando.

—Somos —continuó Warren— un cuerpo revolucionario pero poderoso cuyo objetivo es conducir este mundo enfermo a la locura y al completo derrumbe. Las Leyes Alternas son reales, pero la mayor parte de nuestra estructura está completamente alterada. Si se une a nosotros como aprendiz mío, formará parte de ese trabajo que consiste en destruir el mundo.

—¿Ésa es la única manera que tengo de emplear las Leyes Alternas? —indagó Paul.

—¿Aceptando la filosofía y el fin de la Hermandad? Sí —explicó Warren—. ¿De otro modo? No.

—No me lo creo —dijo Paul—. Si las Fuerzas Alternas existen, trabajarán tanto para mí solo como para toda la Hermandad.

Warren se dejó caer en una silla y miró a Paul durante un buen rato.

—Arrogante —dijo—. Totalmente arrogante. Vamos a ver... —Se puso en pie con ligereza, cruzó la habitación y tocó un punto de la pared.

La pared se borró, descubriendo una zona que parecía ser en parte un laboratorio moderno y en parte el antro de un alquimista. Sobre una mesa situada en su centro había unos recipientes de tierra cocida, algunas jarras metálicas y una enorme garrafa llena de un líquido rojo oscuro.

Warren abrió uno de los cajones de la mesa y sacó algo que su cuerpo ocultó a la vista de Paul. Cerró el cajón, dio media vuelta y volvió llevando en la mano una concha de aspecto decrepito, manchada de algo de color marrón y pulida por el tiempo e innumerables manipulaciones.

Dejó el objeto en una mesa auxiliar, a un metro de la silla de Paul.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Paul, mirando la concha con curiosidad.

—Para mí —dijo Warren— es muchas cosas que a usted no le valen de nada. Digamos, simplemente, que es algo que está sensibilizado a la acción de las Leyes Alternas. Vamos a ver lo que su arrogancia puede hacer con ello.

Paul frunció el ceño y miró la concha. Durante un segundo, la situación fue ridícula. Luego, pareció que la atravesaba un hilo de claridad. Paul tuvo una súbita sensación sobrenatural, como si resonase un gong en su interior. Luego, en lo más profundo de su ser, un carrusel de recuerdo olvidados mucho tiempo atrás se lanzaron y empezaron a llamar a una puerta cerrada... que llevaba cerrada tanto tiempo que ya no recordaba exactamente cuánto.

La concha se movió. Rodó, encontró un punto de equilibrio y se volvió a quedar inmóvil. La brillante luz del día penetraba en la habitación a través de una lejana ventana, y el sonido sordo de alguna música ligera resonaba en el apartamento vecino. Una voz tenue, débil pero clara, nacía de la concha.

De la mayor oscuridad a la más débil luz. Y una vez más, a la mayor oscuridad.

Las llamadas en la puerta cerrada de la mente de Paul fueron decreciendo hasta convertirse en silencio. La concha perdió el equilibrio y cayó, inmóvil, sobre un costado. Frente a Paul, Warren inspiró profundamente y la recogió.

—Podría ser usted un natural —dijo.

—¿Un natural? —Paul alzó la vista y le miró.

—Hay ciertas posibilidades de que los Poderes Alternos puedan ser poseídos por aquellos que nada saben de la verdadera naturaleza de esos Poderes. Por ejemplo, la lectura del pensamiento. O la inspiración artística.

—¡Oh! —exclamó Paul—. ¿Cómo explican la diferencia entre los que poseen los dones y los concedores del Poder Alternativo?

—Es muy sencillo —respondió Warren. Pero el tono de su voz, el modo en que sujetaba la concha mientras miraba a Paul no implicaban sencillez—. En tales personas, las posibilidades actúan espasmódicamente y de un modo irregular. Para nosotros, actúan de modo permanente.

—Por ejemplo, ¿la lectura del pensamiento?

—Soy Nigromante —dijo Warren, un poco seco—. No profeta. Sin embargo, empleo términos comunes, reconocibles. Me han dicho que las mentes no eran tanto *leídas* como experimentadas.

—Cuando penetra en la mente de alguien, ¿pierde usted su propio punto de vista?

—Sí —respondió Warren—, debe ser usted un natural. —Volvió a llevar la concha al estudio y la guardó. Dio media vuelta y habló desde el lugar en que se encontraba.

—Usted tiene algo —dijo—. Quizá se trate de una aptitud válida, quizá no. Pero quiero que sea aprendiz en pruebas. Si, pasado un tiempo, encuentro en usted algo prometedor, será admitido en la Hermandad en período de aprendizaje. Si llegase ese caso, tendrá que transferir a la Hermandad todo lo que posee y todo lo que pueda poseer en el futuro. Pero, si las cosas llegan a ese nivel, no tendrá que preocuparse por los detalles materiales. —Los labios de Warren se torcieron levemente—. La Hermandad se ocupará de usted. Estudie y aprenda, así podrá recuperar el brazo algún día.

—¿No me lo garantiza? —preguntó Paul.

—Naturalmente —contestó Warren. No se movió de donde se encontraba, mirando a Paul fijamente a través del laboratorio y del apartamento con ojos inmóviles.

Capítulo 6

Recorriendo el laberinto de numerosos niveles formado por las calles y edificios del Complejo de Chicago en un coche subterráneo monoplaza, Paul apoyó la cabeza en los cojines del asiento y cerró los ojos.

Estaba agotado; y su agotamiento —empezaba a pensarlo— encontraba raíces en algo distinto a los esfuerzos físicos que había realizado a lo largo del día. Algo casi físico se había albergado en él tras el reconocimiento de la ridícula situación creada por el acercamiento psiquiátrico a su postura. Y el asunto de la concha también le había fatigado.

Pero la fatiga era una enfermedad que curaba el descanso. Había otras dos cuestiones más importantes. La primera era un claro reconocimiento de que demasiadas cosas habían ocurrido tanto a él como a su alrededor, y que todas ellas eran meros accidentes. Y los accidentes, una vez descartada la noción de autodestrucción con la que estuvo jugando subconscientemente, constituían la evidente respuesta.

La segunda era el hecho de que el Nigromante, Warren, había dicho que él era arrogante.

Turbado, por primera vez, Paul se enfrentó al hecho de que tal turbación era poco habitual en él. Una vez dejó de considerar el hecho, a pesar de todo lo que le había ocurrido, no se le volvió a pasar por la cabeza el que se ponía a merced de una fuerza distinta a su voluntad. Quizá, pensó, era arrogancia, pero aquella idea no parecía verosímil. Por encima de cualquier otra cosa, creía en sus sentimientos y no se sentía arrogante. Todo aquello se le ocurrió mientras hurgaba en su interior con un tranquilo sentimiento de certeza. Era aquel elemento invencible que había en él el que tomaba las cosas con calma.

Porque, pensaba Paul apoyado en el asiento con los ojos cerrados, por encima de todo, no debía ser arrogante. Era como un hombre que escruta, por encima de las aguas tranquilas, limpias como cristal, la vida secreta de un charco abandonado por la marea en una playa junto al océano. Cosas maravillosas pasaban ante él, y continuarían ocurriendo mientras no se agitase el agua. Pero un soplo de viento o el movimiento de un dedo, una arruga en la superficie del agua, y la vida que había ante él dejaría de estar aislada. Dulzura y cuidado extremos. Había empezado a separar e identificar los elementos: el esbozo de un movimiento, un cambio de color, una forma que pudiera aparecer...

Apoyado en el asiento, con los ojos cerrados, Paul se perdió en un medio sueño y en una recreación de cosas apenas vistas.

La súbita aceleración del vehículo le hizo incorporarse. El motor se detuvo con una sacudida. Abrió los ojos y miró hacia el exterior a través del casco transparente de la nave.

Se hallaba entre dos niveles, en un cruce de calles. Por encima y por debajo de él

había inmuebles de residencias y oficinas de la gran comunidad tridimensional que era el Complejo de Chicago. En dicho nivel, su vehículo se detuvo en una encrucijada cuyos cuatro ángulos eran ocupados por tiendas y despachos, más allá de los cuales se hallaba una gran zona de espera, semejante a un parque, llena de árboles. Pero no se veía a nadie. Las tiendas estaban vacías, lo mismo que los jardines. Las calles estaban despejadas y tranquilas.

Paul se inclinó hacia adelante y pulsó un botón, seleccionando la terminal del hotel Kho-i-Nor, pero el coche siguió inmóvil. Alertó al Centro de Control de Transportes, sección «funcionamientos defectuosos». La pantalla de comunicación, por encima del cuadro de mando, se iluminó.

—¿Señor? —dijo una voz femenina pregrabada—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Estoy a bordo de un vehículo monoplace que no funciona —respondió Paul—. Se ha detenido en la intersección del... —Miró un indicador— Nivel 2432 y AANB.

—Verificamos —informó la voz pregrabada. Hubo un momento de espera y, luego, la voz se dejó oír de nuevo—. ¿Señor? ¿Está seguro de su situación? La zona en la que dice estar ha sido prohibida a toda clase de tráfico. Su coche no puede haber penetrado en ella en la última media hora.

—Sin embargo, parece que lo ha hecho. Paul se calló súbitamente. Le parecía haber escuchado algo extraño. Salió del coche y se quedó de pie junto a él. El sonido llegaba débilmente, pero claro, hasta sus oídos. Era el ruido de gente que cantaba, y se acercaba.

—La zona en la que dice estar —dijo la voz que salía del altavoz del coche— ha sido despejada para permitir el paso de una manifestación pública. ¿Me haría el favor de verificar nuevamente la situación? Si es la que ya ha indicado, abandone el vehículo y suba inmediatamente a un nivel superior para tomar otro. ¡Repito, abandone el vehículo *inmediatamente*! Paul se alejó a toda prisa del vehículo. Al otro lado de la calle había un elevador de caracol. Llegó a él y se dejó arrastrar al nivel superior, sin apartar la vista de la calle que acababa de dejar. El canto llegaba muy claro a sus oídos. No eran palabras, sino sonidos sin significado.

—¡Hey, hey! ¡Hey, hey! ¡Hey, hey!...

Intrigado, salió del elevador en movimiento y se inclinó por la rampa que le llegaba hasta el pecho. Bajo él, a lo largo de la curva que formaba la calle que se cruzaba con aquélla en que su coche se había averiado, vio a mucha gente que formaba una manifestación ordenada, de veinte en fondo, llenando la calle completamente de un lado a otro.

Avanzaban rápidamente. Casi al trote. Jóvenes hombres y mujeres vestidos con pantalones azules y camisas blancas en su mayoría, con curiosos sombreros verdes y puntiagudos. Andaban tomados del brazo, siguiendo el ritmo impuesto por el cántico.

Bruscamente, Paul los identificó. Evidentemente, eran una de las llamadas sociedades caminantes. Tales grupos se formaban con el único objetivo de recorrer las calles una o dos veces por mes. Era algo así como una histeria controlada y

canalizada, por lo que Paul recordaba haber leído. Tales ejercicios permitían liberar sin peligro cierta cantidad de vapor emocional, o, al menos, eso aseguraban los defensores de tales sociedades. Salvo que el grupo diera directamente con algún obstáculo, aquellas sociedades no causaban problemas y nadie las molestaba.

Estaban ya muy cerca y Paul pudo verles los ojos, todos fijos y mirando con obstinación al frente. Pero sus miradas no estaban fijas como lo están las de los borrachos o los drogadictos. Eran claras pero tensas, como las de las personas que padecen un momento de exaltación o frenesí. Casi habían llegado debajo de Paul, en la intersección.

Súbitamente descubrió que su coche se encontraba en su camino. Estaban casi a su altura. El chasquido cadencioso de sus pasos hacía temblar la rampa en que se encontraba. Daba la impresión de que aquello llenaba toda la estructura del complejo urbano, nivel tras nivel, con un canto alto y vibrante, casi supersónico. Una ola de calor emanaba de sus cuerpos, y el creciente poder de sus gritos rugía en los oídos de Paul como la amplificación sobrenatural de los sonidos que se escuchan cuando a uno le domina la fiebre. Aturdido por el ruido y el calor, vio cómo las primeras filas se precipitaban contra su vehículo vacío y, sin detenerse, como la carga de un ciego ariete, lo volcaban, lo giraban y lo seguían girando hasta llevarlo a una valla que dominaba el nivel inferior. Paul vio que pasaba la valla y desaparecía de su vista, perdiendo el último impacto de la caída en medio de los aullidos de la rápida multitud.

Se inclinó y miró bajo él, en la dirección que había llegado. El río humano parecía no tener fin y se derramaba ininterrumpidamente desde la curva. Pero, mientras miraba, las últimas filas empezaron a aclararse y parecieron más tranquilas y, por encima de los demás sonidos, se escuchaba el débil gemido de las sirenas de las ambulancias que seguían a corta distancia.

Paul se dirigió hacia el nivel superior, encontró un coche biplaza situado en un aparcamiento lateral y volvió al hotel.

Cuando llegó a la habitación del hotel, se encontró con la puerta abierta. Un personajillo vestido como un hombre de negocios se levantó suavemente de una silla cuando Paul entró y le tendió un portafolios abierto.

—Servicio de Seguridad del hotel, señor Formain —dijo—. Mi nombre es James Butler.

—¿Sí? —dijo Paul. Sintió que la fatiga le envolvía como un abrigo.

—Se trata de una sencilla pregunta de rutina. El personal de servicio ha encontrado en su cuarto un jarrón que, digamos, ha cambiado de forma.

—Póngalo en mi cuenta —dijo Paul—. Ahora, si me permite...

—El jarrón no tiene importancia, señor Formain. Pero creemos entender que ha consultado con un psiquiatra.

—Sí, hoy mismo. Una tal doctora Elizabeth Williams. ¿Por qué?

—Como rutina, este hotel siempre pregunta —y se informa de ello— si sus clientes están bajo tratamiento psiquiátrico. La Unidad de Salud Pública del Complejo de Chicago nos autoriza a rechazar los clientes que puedan dañar la buena marcha del hotel. Naturalmente, tal rechazo no es efectivo en su caso, señor Formain.

—Me voy por la mañana —dijo Paul.

—¡Oh! ¡No sabe cuánto lo siento! —dijo James Butler con voz átona—. Le aseguro que no teníamos intención de ofenderle. Simplemente es una regla el que nos informemos de nuestros clientes.

—De todos modos, ya había decidido marcharme —respondió Paul. Miró el rostro impasible y el inmóvil cuerpo del hombre, y la personalidad de James Butler apareció claramente ante sus ojos. Butler era un hombrecillo peligroso. Una maquinita eficaz de sospecha y control. Pero, por encima de todo, había algo reprimido, algo bloqueado por un miedo interior.

—Quisiera acostarme —dijo Paul—. Si no le importa...

Butler inclinó la cabeza ligeramente.

—A menos —prosiguió Butler—, que desee algo.

—Nada.

—Gracias. —Butler dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta con pasos cortos—. No dude en llamar al servicio de habitaciones en cualquier momento —dijo antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Paul frunció el ceño. Pero la fatiga se agolpaba en sus hombros. Se desvistió y se metió entre las sábanas. Y el sueño se cerró sobre él como dos grandes alas grises que le envolviesen.

Soñó que caminaba por una larga calle pavimentada, por la noche, solo y bajo las estrellas. Y el pavimento crecía a medida que avanzaba, hasta convertirse en un cúmulo de gruesos peñascos que había que escalar. La visión se desvaneció y soñó que estaba paralizado y derivando por encima de las oscuras calles del Complejo de Chicago. Se movía sin tocar el suelo y, pasado un momento, alcanzó una farola cuyo soporte había sido transformado en uno de los tubos de un monstruoso órgano de azúcar. Y, justo detrás, el plástico de una vidriera se había convertido en hielo y empezaba a fundirse.

Al día siguiente, se levantó con la impresión de haber dormido más catorce años que catorce horas. Hizo la maleta y bajó al vestíbulo principal para pagar la cuenta. Mientras lo hacía, cruzó uno de los bares del hotel. A aquella hora de la mañana, sólo había un cliente, un hombre grueso de mediana edad que estaba sentado a una mesa ante una copa con forma de tulipán que contenía un líquido púrpura. Al pasar ante él, Paul pensó, durante un segundo, que el hombre estaba borracho. Su nariz captó el olor a canela que emanaba del líquido y vio que las pupilas del hombre no eran mayores que cabezas de alfiler. Y, mirando más allá, percibió la presencia de Butler, sentado en un rincón oscuro, observando.

Paul se dirigió hacia el policía encargado de la seguridad del hotel.

—¿También se informa acerca de los drogadictos? —preguntó.

—Nuestros bares pueden servir productos sintéticos que no generen hábito —respondió Butler—. Es completamente legal.

—No ha respondido a la pregunta —continuó Paul.

—El hotel —siguió Butler— siente cierta responsabilidad para con ciertos clientes. —Miró a Paul—. Eso también es legal. Y los suplementos son muy razonables. Si no hubiera decidido irse, señor Formain, habría podido enumerarle todos los servicios que podemos proporcionar.

Paul dio media vuelta y salió del hotel. Encontró un vehículo monopla en la terminal. Se instaló en él, seleccionó la dirección de Warren y pulsó el botón. La primera petición que Warren le hizo a su aprendiz fue que Paul debía vivir en su casa para poder tenerle continuamente bajo observación.

Encontró a Warren esperándole. El Nigromante le asignó una de las habitaciones del apartamento y, luego, dejó a Paul que arreglase sus cosas. Durante el resto de la semana, Paul vio muy raramente al ardiente joven.

Cinco días después de su llegada, Paul empezó a aburrirse en el apartamento y se interesó por la música que Warren tenía para el tocadiscos. Incidentalmente, dio con un título que llamó su atención.

En amorosa calma... vocal. Cantado por Kantele.

Kantele. Súbitamente, la conexión mental se estableció. Aquel nombre figuraba en la lista de miembros locales de la Hermandad del Chantre. *Kantele Maki*. Y, recordó en aquel momento, existía una joven profesional que cantaba con el nombre de *Kantele*. Era la joven del libro, a quien viera por primera vez en la pantalla de la televisión de la mina y, más tarde, en el Directorio. Pulsó el botón negro colocado junto a la letra inicial del título.

Hubo una pausa de un segundo, y luego la música nació suavemente del tocadiscos, acompañada por una voz fría como la plata que no tardó en reconocer.

En amorosa calma te he esperado mucho tiempo...

Mucho tiempo te he esperado en amorosa calma...

Durante el invierno solitario y la titubeante primavera...

Un súbito jadeo a sus espaldas le hizo interrumpir el sonido y volverse. Se encontró cara a cara con la joven.

Estaba al lado de una biblioteca llena de libros antiguos. Pero la biblioteca, para sorpresa de Paul, había pivotado sobre sí misma, descubriendo, no el muro que debería haber a sus espaldas, sino una puerta abierta que daba a una salita amueblada y equipada como un despacho. Al ver la mirada de Paul dirigirse a ella, Kantele salió

rápidamente de su inmovilidad. Alzando una mano, dejó que la biblioteca volviera a su posición inicial, ocultando así la entrada de la habitación. Los dos se quedaron inmóviles, mirándose.

—No sabía —dijo la mujer—. Me había olvidado de que ahora vive usted aquí.

La miró con curiosidad. Era extraordinariamente pálida.

—¿Creyó que se trataba de otra persona? —preguntó.

—Sí. Quiero decir... Creí que era Jase.

Era una de esas personas que mienten con aspecto desafiante. Sintió la falsedad de sus intenciones a través de la distancia que les separaba.

—Tiene usted una voz muy bonita —reconoció Paul—. Estaba escuchando una de sus canciones...

—Sí, lo he oído —le interrumpió la joven—. Si no le molesta, me... me gustaría que no la pusiera.

—¿Por qué? —preguntó Paul.

—Me trae muchos recuerdos. Si no le molesta...

—Naturalmente, no la pondré si no quiere —confirmó Paul.

Se acercó a ella y se detuvo súbitamente al verla retroceder maquinalmente tanto como se lo permitía la pared.

—Jase... —dijo la mujer—. Jase estará aquí de un momento a otro.

Paul la miró con el ceño ligeramente fruncido. Se sentía sorprendido y un poco exasperado por aquella mujer pero también extrañamente impresionado, como lo habría estado por alguien o algo indefenso que no hubiera descubierto que él no representaba peligro alguno. Y también aquello era extraño, pues Kantele no daba la impresión general de ser un ente indefenso, sino, por el contrario, dotado de mucho valor. Paul estaba dispuesto a acercarse al problema con palabras cuando el ruido que hizo la puerta de entrada al abrirse les hizo volver la cabeza a los dos en aquella dirección.

Warren y el hombre gordo de cabellos negros que Paul viera en la pantalla de televisión de la mina y, luego, al salir del apartamento con Kantele la primera vez que acudió a ver a Warren, entraron en la habitación. Se dirigieron en línea recta hacia Paul y Kantele.

Capítulo 7

—No contestabas al timbre —dijo Warren, deteniéndose ante ellos y mirando a Kantele.

—No llamó —replicó Paul.

—Quiere decir en mi casa... en mi apartamento, la puerta de al lado —respondió Kantele, pero sin apartar la mirada de Warren—. Me había olvidado de que él estaba en el apartamento, Warren. Oí ruido y, como sabía que no estabas, entré desde el despacho.

—Sí —dijo Warren. Su delgado rostro inteligente se volvió hacia Paul sin sonreír—. Bueno, de un modo u otro, ya se han visto. ¿Se han presentado? Paul Formain, le presento a Kantele. Paul, le presento a Kantele Maki.

—¿Cómo está? —le preguntó Paul a la joven, sonriendo. Ella le contestó con el esbozo de una sonrisa.

—Éste es Burton McLeod.

—¿McCloud? —preguntó Paul mientras estrechaba la mano del hombre.

—Se escribe McLeod, pero se pronuncia McCloud —replicó McLeod. Su voz era suave y ligeramente rasposa. Su mano era seca y firme. Tenía ojos marrones y solitarios, tan tristes y salvajes como los de un halcón que estuviera en su percha. Una semana antes, el hombre de la seguridad del hotel, Butler, le dio a Paul la impresión de ser peligroso. McLeod irradiaba un peligro de una naturaleza diferente. Si Butler era como un estilete, afilado y pulido, aquel hombre era tan pesado como una antigua espada de doble hoja.

Mientras Paul y McLeod se estrechan las manos, Warren y Kantele se miraron largamente. Luego, de pronto, Warren se apartó de ella con una rapidez que era casi como un encogimiento de hombros y sacó una cajita del bolsillo. La abrió frente a Paul.

Paul vio en su interior varias filas de blancas cápsulas de gelatina. Warren tomó una y, tras pasarle la caja a McLeod, la rompió y se echó en la palma de la mano el polvo blanco que contenía.

—Pruébelas —dijo. Paul frunció el ceño—. Son inocuas —continuó Warren. Se manchó un dedo con el polvo y lo chupó. Paul dudó un segundo, pero, acto seguido, hizo lo mismo.

—¿Azúcar? —le preguntó Paul.

—Exacto. —El Nigromante se frotó las manos encima de un cenicero—. Pero para cualquier hombre a quien se la diera, sería cocaína. Digo que —Warren miraba a Paul con severidad— sería cocaína. Eso sólo ocurrirá cuando le entregue la caja a alguien. Se lo hago saber para que se dé cuenta de que estará en el terreno de la legalidad mientras la distribuye en tanto lleve la caja en su bolsillo.

—¿Quiere que la entregue? —preguntó Paul—. ¿A quién?

—Usted sabe cómo es el Kho-i-Nor. Quiero que lleve esta caja al apartamento

2309. No le pregunte nada ni al empleado de recepción ni a nadie más. Désela al nombre que encuentre en la habitación. Si tiene el menor problema... —Warren dudó y miró a Paul durante un momento—. Espero que no los tenga. Pero, si llega a pasar algo, recuerde que en la sala de banquetes de la planta sesenta se celebra un torneo de ajedrez. Suba y busque a Kantele. Ella le ayudará a salir.

Dejó de hablar. En la habitación se instaló el silencio.

—Naturalmente —dijo al fin Paul—, si fuera cocaína, me negaría a cogerlo.

—Es azúcar —replicó Warren. Su agudo rostro pareció centellear durante un segundo como lo haría una espada que recibiera la luz del sol a través de las alejadas ventanas de la habitación—. Sólo se transformará en droga cuando la entregue. Puede creerlo o no, puede ir o no... se hará como usted quiera.

—Iré —concluyó Paul, extendiendo la mano. McLeod le entregó la caja—. ¿2309?

—2309 —respondió Warren. Los ojos de los tres le siguieron y Paul pudo sentirlos clavados en su espalda mientras se guardaba la caja y salía rápidamente del apartamento.

El recepcionista del Kho-i-Nor era un desconocido que ni siquiera levantó los ojos cuando Paul pasó junto a él. Paul tomó el tubo elevador hasta el piso veintitrés.

Era un piso con decoración moderna, de apartamentos para medio-VIP. El tipo de alojamiento para personas con una tasa de ingresos de cincuenta mil dólares por año, lo que les permitía ocuparlos sin mayor problema. Paul recorrió el largo pasillo de baldosas, iluminado fríamente en cada extremo por altas ventanas cubiertas por visillos azules, hasta que llegó a la puerta marcada con el número 2309. Bajo el número, con letras pequeñas, se leía Entrada de servicio.

Paul empujó la puerta. No sólo no estaba con cerrojo, sino que la encontró entreabierta. Cuando la tocó, se sumergió silenciosamente en la pared. Entró a la cocina del apartamento.

Escuchó unas voces en alguna de las habitaciones. Se detuvo en seco y, con un ligero chasquido, la puerta se cerró tras él. Una de las voces era la de un tenor de mediana edad, incisiva, aguda, emotiva. La otra tenía un tono grave y profundo, torpe, lúgubre.

—¡... Ponerse de acuerdo! —decía el tenor. La voz profunda murmuró algo ininteligible—. ¡Sabe hacerlo mejor! —continuó el tenor—. La verdad es que no quiere ser curado. Los sustitutos eran ya bastante malos. Pero sus deseos de jugar con drogas de verdad le han convertido en un peligro para todo el Departamento, para toda la División. ¿Por qué no fue a ver al psiquiatra cuando se lo dije el pasado mes de marzo?

La voz sorda murmuró algo, o así le pareció a Paul, sobre la cena, o sobre cenar.

—¡Quíteselo de la cabeza! —dijo el tenor—. Las estadísticas sobre la salud

mental le hacen ver fantasmas. El equipo electrónico es el equipo electrónico. Nada más. Nada menos. ¿No le parece que si hubiera algo más, yo lo sabría?

—A menos... —musitó la voz grave—... que estuviera de acuerdo.

—En su propio interés —el tenor parecía desalentado—, vaya a ver a su médico. Haga frente a su propia responsabilidad. No sabré nada de su Departamento en los próximos cuatro días. Así tendrá tiempo para ir a un hospital sin apremios y podrá negarse a contestar preguntas decentemente. Así están las cosas. Decídase. —Se escuchó el sonido de unos pasos que pisaban firmemente y el pulsador de una puerta que emitía un chasquido al abrirse—. Cuatro días. Ni una hora más.

Un viento de súbita sospecha azotó a Paul fríamente, haciéndole estremecer. Dio media vuelta con rapidez, franqueó silenciosamente la puerta por la que acababa de entrar y se encontró en el vestíbulo. Había un pequeño hueco en la pared a unos dos metros a la izquierda. Se metió en él y se pegó al muro, oculto en la sombra, mirando por el pasillo hacia la entrada del 2309.

La puerta no tardó en abrirse. Un hombrecillo seco de escasos cabellos grises apareció por ella. Cerró la puerta a sus espaldas y se alejó de Paul camino del lejano grupo de tubos elevadores al otro extremo del vestíbulo. Durante un segundo, mientras se dirigía a los ascensores, Paul pudo ver su perfil de gorrión bajo la luz azul que provenía de las ventanas... y reconoció a aquel hombre. En el apartamento, la voz de tenor le había parecido a Paul ligeramente familiar, y pensó que podría tratarse de Butler, el encargado de seguridad. Pero, al verle, se dio cuenta de que había reconocido la voz por otra razón.

El hombre que se hallaba junto a los ascensores era Kirk Tyne, el Ingeniero en Jefe del Complejo Mundial. Era la cabeza ejecutiva de la maquinaria teórica que conjuntaba las actividades de los Complejos que se engranaban con los dispositivos tecnológicos que hacían posible la vida cómoda en el planeta. En teoría, él y su División de ingenieros realizaban las funciones de una especie de superordenador, pues, tarde o temprano, las decisiones mecánicas llegaban a su autoridad última y su revisión por los seres humanos. El hombre tendió la mano para abrir la puerta del ascensor.

Todavía no la había tocado cuando una parte de la iluminación azulada de las ventanas quedó súbitamente oculta por el cuerpo sombrío y de anchos hombros de un hombre enorme que salió del tubo vecino al que Tyne se disponía a tomar.

—Vaya, Kirk —dijo el gigante—, no esperaba verte aquí. Su voz llegó a oídos de Paul y reverberó como los ecos que escapasen de un gong sumido en una inmensa caverna de piedra. Era la voz de Walter Blunt. Casi involuntariamente, Paul se deslizó hasta el borde de su escondrijo para poder ver mejor al jefe de la Hermandad del Chantre. Pero Blunt estaba medio dado la vuelta y su rostro permanecía invisible en las sombras.

—He venido aquí por error —replicó Tyne, suave y secamente—. En realidad, quería ver las partidas de ajedrez que se celebran más arriba. ¿Y tú, Walt?

—Bueno —Blunt se apoya en el pesado bastón y parecía hablar con cierta ironía—, te vi y decidí darte los buenos días. Vengo a ver a alguien. Tienes buen aspecto, Kirk. —Apoyó el bastón contra un tubo y tendió la mano. Tyne se la estrechó.

—Gracias, Walter —dijo. Con sorna, añadió—: Imagino que todavía nos queda algo de vida.

—¡Oh! ¡No, Kirk! —respondió Blunt—. El instrumento del Armagedón ya está en funcionamiento. Tengo intención de sobrevivir al conflicto que se avecina, pero no espero que tú hagas lo mismo.

Tyne sacudió la cabeza.

—Me asombras, Walt —dijo—. Sabes muy bien que soy el único hombre que lo sabe todo sobre vuestra pequeña secta... el hecho de que apenas cuenta con sesenta mil miembros desperdigados por el mundo. Y, sin embargo, sigues pretendiendo que crea que estás a punto de convertirte en el amo del planeta. Cuando lo fueras, ¿qué ibas a hacer? Eres incapaz de dirigir las cosas sin la ayuda de la tecnología del Complejo que tanto quieres destruir.

—Bien —replicó Blunt—, hay muchas versiones diferentes del mundo que queremos. Tú tienes una, con todos sus Complejos... un hermoso mundo firme y sólido. El único problema es que no dejará de crecer y complicarse. Luego, está el mundo de los fanáticos, que se dedica a deportes peligrosos, a cultos salvajes y «sociedades caminantes». Y, además, el mundo vago y nebuloso de los que se inclinan hacia la vena espiritual, y el mundo sin símbolos de los pioneros, artistas y sabios. Un mundo de seres para los que la tradición y una existencia sin porvenir es la única base de vida que vale la pena. Y el mundo de los neuróticos.

—Hablas —respondió Kirk— como si esas otras... actitudes tuvieran un valor idéntico al de la sociedad civilizada normal.

—Porque es así, Kirk, porque es así —dijo Blunt, cuya cabeza se alzaba por encima de la de su interlocutor—. Habla con cualquiera de los que pertenezcan a una de ellas. No me mires, viejo amigo. Éste es tu mundo... el mundo creado a partir de la revolución industrial de hace trescientos años. Para decir las cosas crudamente, si esto es el paraíso, ¿cómo es que siempre tenemos dolor de estómago?

—No tenemos dolor de estómago —replicó Tyne, apartándose un poco de los tubos elevadores—. Tenemos médicos que pueden curarnos. Siempre los hemos tenido. Si me perdonas, Walt, quiero ir a la planta del torneo. ¿Subes conmigo?

—No —replicó Blunt. Tyne puso un pie sobre el disco flotante del elevador y el disco se detuvo en seco—. ¿Cómo está la señora Tyne? —preguntó.

—Muy bien —le informó Tyne. Entró en el disco, fue arrastrado hacia arriba y desapareció de la vista.

Blunt se dio media vuelta, montó en un disco que bajaba y se perdió igualmente.

Paul salió de las sombras sin apartar la vista del lugar en que habían estado los dos hombres. Se fueron ambos, pero el bastón de Blunt seguía en el lugar en que éste lo colocase para estrechar la mano de Tyne. Paul recordó de golpe que Blunt, en la

alcoba, permaneció medio vuelto. Le llegó a la cabeza la idea de que nunca antes había tenido una imagen tan clara del jefe de la Hermandad del Chantre. Hasta entonces aquello no representó más que una omisión menor en alguna parte retirada de su mente. Pero, repentinamente, se puso en primer plano.

Paul fue consciente de algo que la mayor parte del tiempo había dado por hecho: para él, encontrarse con alguien significaba automáticamente la comprensión. Y Blunt era un enigma. Pero un enigma que convertía la vida de Paul en algo considerablemente complejo. Con Blunt, como con la propia Hermandad, le parecía poder ver más allá de donde llegaba la vista. Decidiéndose, Paul salió del escondrijo, se dirigió hacia los elevadores y recogió el bastón. A Blunt le costaría trabajo evitar ver al hombre que le llevase personalmente el bastón que le permitía andar.

Paul volvió al apartamento 2309, en aquella ocasión por la entrada principal, por la misma que viera salir a Tyne. Oprimió el botón del timbre. La puerta estaba cerrada, pero se abrió cuando llamó. Entró, la cerró y se encontró en el salón del apartamento, frente al hombre que había visto drogado, vigilado por Butler en el bar del hotel el día de su marcha.

El ruido de la puerta que se cerraba hizo volver la cabeza al hombre. Estaba de costado, limpiándose la nariz con un pañuelo de papel. Mientras chasqueaba el cerrojo de la puerta, se sobresaltó al ver a Paul. Retrocedió a través de la habitación, jadeando y tropezando como una criatura asustada más allá de las barreras del sentido común, hasta llegar a la ventana de la habitación, donde se detuvo.

Se quedó allí, atrapado, escudriñando, parpadeando, tembloroso, apretándose contra la ventana como si pudiera atravesarla y recorrer en un instante los veintitrés pisos de vacío que le separaban del suelo.

Paul se detuvo instintivamente. Y la ola de miedo incontrolado que emanaba del hombre llegó hasta él como la marea de un océano sólido. Paul se quedó quieto, momentáneamente atónito.

Los ojos del hombre vacilaban al mirarle. Los propios ojos parecían húmedos y la nariz sorbía sin que pudiera controlarla. La cara del hombre estaba rígida y de color gris. En él había un grito desgarrado y gimiente.

—Todo va bien —le dijo Paul—. Todo va bien... —Se acercó al hombre lentamente, con el bastón de Blunt apretado contra el cuerpo por el muñón y la caja de píldoras en la mano extendida—. Mire... Sólo le traía estas...

El hombre siguió mirándole, sorbiendo espasmódicamente. Paul, a menos de un metro, dejó la caja encima de una mesa. Luego, como si lo pensase mejor, la abrió con dos dedos y sacó una de las cápsulas.

—¿Lo ve? —preguntó—. Mire... —Se la tendió al hombre, pero el otro, tanto si quería cogerla como apartarla, la hizo caer. Automáticamente, Paul se agachó para recogerla.

Con la cabeza inclinada, un timbre de alarma pareció advertirle. Se incorporó con viveza y vio que el drogado se enfrentaba a él apuntándole con un mortal y negro

revólver en la mano temblorosa. El agujero del cañón se orientó hacia el pecho de Paul.

—Calma —pidió—. Calma...

Su voz no parecía llegar a oídos del hombre. El drogado dio un paso hacia adelante y, de modo mecánico, Paul retrocedió.

—Eso le envía —dijo el hombre con voz seca—. Eso le envía.

—Nada me envía —replicó Paul—. He venido a traerle esa caja. Ahí la tiene. — Señaló el objeto con la barbilla.

El hombre ni siquiera miró. Moviéndose por la habitación, empezó a dar vueltas alrededor de Paul, con los ojos y el revólver apuntándole.

—Le voy a matar —dijo—. Cree que no le voy a matar, pero voy a hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Paul. Y aquellas palabras, pensó, al menos tendrían que hacer dudar al otro, pero pareció que el drogado no había entendido.

—Eso le ha enviado para matarme —insistió el hombre—. Eso no puede matar. Eso no ha sido construido para matar. Pero eso puede arreglar las cosas para que otro factor haga el trabajo sucio.

—No quiero hacerle daño —replicó Paul.

—Es inútil —continuó el hombre. Paul podía sentir el deseo de apretar el gatillo acumulándose en la mente de su antagonista. La espalda del hombre empezó a erguirse con algo parecido a la dignidad—. Ya lo entiendo, ¿sabe? Lo sé todo.

El hombre se encontraba casi entre Paul y la ventana del cuarto. Estaba a unos tres metros de él, lejos de su alcance. Paul hizo un movimiento para avanzar y el pequeño cañón del arma se levantó secamente.

—No, no —dijo el hombre—. ¡No!

Paul se inmovilizó. Fue consciente repentinamente del bastón de Blunt. Medía un metro. Paul empezó a dejarlo caer hacia la mano.

—Un momento —siguió el hombre—. Un momento, nada más... Eso pensaba que me encontraría aquí solo. Eso no sabía que estaba armado. Cuando uno quiere algo, no hay modo de que eso lo sepa. Ninguno. ¿Qué hace?

Aquellas últimas palabras se convirtieron en un grito cuando el hombre vio el bastón en la mano de Paul. El cañón del arma se alzó y se adelantó. Paul dio un saltó hacia un lado y hacia adelante. No tenía tiempo de lanzar el bastón, como hubiera querido. Vio que el hombre pivotaba para apuntarle de nuevo. Estaba muy cerca.

—¡Ahora! —gritó el drogado. El bastón saltó de la mano de Paul y éste sintió que golpeaba con fuerza.

El hombre cayó y rodó por la alfombra. El revólver se le escapó brutalmente de la mano. Se quedó tendido, mirando el techo con cara de acusación.

Sin soltar el bastón, Paul se adelantó. Bajó los ojos y miró al drogado. El hombre seguía inmóvil. Sus ojos inyectados en sangre no miraban a Paul. Este último levantó el bastón que llevaba en la mano y lo miró. La madera oscura estaba marcada y un poco hendida, pero no rota o debilitada. Paul miró de nuevo al hombre tendido en el

suelo, dejando que el peso de su brazo anormalmente musculoso, sujetando el bastón, le descansase en el costado.

Entre los ralos cabellos negros que cubrían el cráneo del hombre empezó a correr la sangre, lenta y oscura. Paul se sintió vacío, como si hubiera inhalado la esencia de la nada. El cráneo roto daba la impresión de haber sido hendido por una pesada espada.

Capítulo 8

—*El hombre está muerto* —pensó Paul. Inspiró profunda y temblorosamente, pero la sensación de vacío que se albergaba en su interior no le abandonó—. ¿Por qué no siento nada más que eso?

Por una vez le habría gustado contar con una respuesta del invencible elemento sumido en las profundidades de su espíritu. Pero, junto con el muñón del brazo derecho y la decisión tomada en el gabinete del psiquiatra, aquella parte de sí mismo parecía haberse hundido en el resto de su consciencia. Sin embargo, podía casi imaginar que escuchaba el fantasma de un murmullo replicando a su pensamiento. Le decía: *También la muerte es un factor*.

Su mano seguía sin soltar el bastón. Paul entreabrió los dedos y sobre la alfombra cayó un menudo objeto. Se agachó y lo recogió. Era el sello que le diera el hombre muerto, aplastado y roto por la presión de la mano en el bastón. Se lo metió en el bolsillo. A toda prisa, dio media vuelta y salió de la habitación.

Cerró la puerta a sus espaldas. Estaba a medio camino de los tubos elevadores que Tyne y Blunt habían tomado cuando su mente volvió a funcionar en la dirección adecuada.

Se detuvo en seco.

¿Por qué corría?, se preguntó. Se había limitado a actuar en legítima defensa al ser atacado por un loco armado con un revólver. Paul volvió al 2309 y usó el teléfono del apartamento para llamar al despacho de seguridad del hotel.

Le respondieron sin que se encendiera la pantalla. Desde un fondo gris mate le contestó una voz.

—¿Quién llama, por favor?

—Habitación 2309. Pero no soy cliente del hotel. Me gustaría informar...

—Perdone un minuto, por favor.

Hubo un momento de silencio. La pantalla siguió sin iluminarse. Luego, súbitamente, lo hizo y Paul se encontró frente a frente con los rasgos marcados e inexpresivos de James Butler.

—Señor Formain —dijo Butler—, fui informado hace veintiocho minutos de que había entrado en el hotel por la puerta de la plaza.

—Traía algo...

—No nos pareció así —contestó Butler—. Como rutina, las cámaras de control del vestíbulo están reguladas para que sigan a las personas que no son clientes y cuya visita no nos ha sido anticipada. ¿Está con usted en este momento el inquilino de la habitación 2309, señor Formain?

—Sí —replicó Paul—. Pero me temo que ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente? —La voz y la expresión de Butler no se alteraron.

—El hombre me amenazó con un revólver. —Paul dudó un instante—. Está muerto.

—¿Muerto? —preguntó Butler. Durante un segundo no hizo más que mirar a Paul—. Debe confundirse en lo relativo al revólver, señor Formain. Tenemos un informe completo y una verificación del mismo sobre el huésped del 2309. No tenía arma alguna.

—Antes no. Me dijo que ésa la había robado.

—No tengo intención de discutir con usted, señor Formain. Pero debo informarle que, conforme con los reglamento de la policía, esta conversación tiene que ser grabada ineludiblemente.

—¡Grabada! —Paul miró la pantalla.

—Sí, señor Formain. Mire, sabemos que al ocupante del 2309 le resultaría totalmente imposible robar cualquier arma. Estaba bajo constante vigilancia de nuestro personal.

—Pues, bien, su personal ha metido la pata.

—Me temo que sea imposible. Sólo existe un modo de que un revólver pudiera encontrarse en la habitación en la que está usted ahora mismo. Que lo haya llevado usted.

—¡Espere un momento! —Paul se inclinó hacia la pantalla—. El señor Kirk Tyne, el Ingeniero en Jefe del Complejo Mundial, estaba aquí justo antes de mi llegada.

—El señor Tyne —le respondió Butler— salió del vestíbulo de la torre norte a las 14:09 por el tubo de ascensores y llegó a la sala en la que se celebra el torneo de ajedrez en el nivel sesenta a las 14:30. Nuestras cámaras del vestíbulo nos dicen que no entró nadie más que usted en la habitación 2309 en las seis últimas horas. Consecuentemente...

Un movimiento de los ojos de Butler hacia un lado le indicó a Paul repentinamente la cercanía de la trampa en la que estaba a punto de caer. El agente de seguridad del hotel no era un total hipnotizador. La completa monotonía de su voz, su cara sin expresión y su modo de tratar todas las cosas sin concederlas más importancia que a una llave perdida o a una maleta mal entregada habría resultado mortal para cualquiera que no poseyera la inmunidad propia de Paul.

Sin siquiera molestarse en cortar la comunicación del teléfono, Paul se movió, dejando que sus reflejos le llevaran. Se encontraba ante la puerta, la franqueó y llegó al vestíbulo antes de que Butler dejase de hablar. El pasillo estaba vacío.

Moviéndose a toda velocidad, Paul se alejó de los ascensores y corrió por el pasillo hacia una pesada puerta. La empujó y cruzó un descansillo de cemento. Llegó a otro descansillo, más pequeño, con escaleras que subían por un lado y bajaban por el otro. Una puerta se cerraba en la pared.

Paul bajó los peldaños corriendo. Estaba tranquilo, pero la escalera estaba tan silenciosa como si hubiera sido sellada para la eternidad. Bajó cuatro pisos sin que percibiese la sombra del peligro. Cuando llegó al descansillo del quinto nivel a partir del que había salido, vio otra puerta cerrada que le impedía el paso.

Se dirigió a la salida que conducía al pasillo del nivel, la cruzó y se encontró sobre una gruesa moqueta.

—¿Señor Formain? —le preguntó al oído una voz cortés—. Si hace el favor de seguirme...

Un agente de seguridad. Por la voz, un joven situado detrás de la puerta, junto a las bisagras, con la espalda apoyada en la pared, esperando a que Paul saliera. Cuando Paul cruzó el umbral, el agente dio un paso hacia adelante para apresarle. Paul sintió que la mano izquierda del hombre intentaba triturarle los músculos por encima del codo, y vio que su mano derecha se adelantaba para agarrarle por el pulgar y retorcérselo hacia atrás con esa discreta técnica empleada desde siempre por los agentes de policía y conocida como «sígame».

Las manos del hombre de seguridad fallaron en su intento, pero no por su culpa, sino por dos razones que no podía esperar. La primera fue que su mano izquierda no afianzó la presa completamente, pues el pulgar y el corazón no encontraron los puntos nerviosos que buscaban, ocultos bajo los músculos hiperdesarrollados del brazo de Paul. La segunda, que Paul no consideraba sus reacciones en términos conscientes y que, en caso de apremio, se abandonaba a aquella invulnerable parte suya que antes había declarado que su brazo superdesarrollado era de su propiedad. Cuando el de seguridad intentó hacerle prisionero, e incluso consiguió ponerle las manos encima, Paul ya estaba en movimiento.

Al sentir el contacto del otro, en una fracción de, segundo, se apartó, se balanceó, se movió unos centímetros a la derecha y dirigió el codo hacia atrás con toda la sobrenatural fuerza de su brazo.

Fue un movimiento ejecutado con una suavidad sin dudas y una precisión que le habría parecido terrible a un combatiente entrenado. El golpe era mortal. El codo se proyectó con una eficacia increíble hacia una zona desprotegida, justo bajo el esternón del hombre, con la intención de alcanzarle en el corazón. La única razón por la que no lo hizo, y no le mató, fue que en la última fracción de segundo Paul comprendió lo que pasaría y se detuvo para frenar ligeramente el golpe.

El impacto levantó al hombre del suelo y le arrojó contra la pared, hasta que cayó y se quedó tendido con los ojos entornados bajo los caídos párpados y las piernas ligeramente arqueadas y agitadas por espasmos. Estaba seriamente dañado.

Como Paul.

Era como si el golpe que había propinado se hubiese vuelto contra él con casi la totalidad de la fuerza original. Una oleada de emoción le estremeció, y titubeó a lo largo del pasillo, aturdido, con náuseas, medio ciego e inclinado hacia adelante. Sin dejar de moverse, sin embargo, recuperó el control. De alguna manera, buscó y encontró el control necesario y, cuando lo hizo, fue como si hubiese pulsado un botón. Se recuperó tan rápidamente que pareció que nunca hubiera sentido nada.

Se encontró al otro lado del pasillo, cerca de los ventanales cubiertos con cortinas. Los elevadores estaban muy cerca y no había otro lugar al que ir. Recordó que, en

caso de problemas, debía encontrarse con Kantele en el nivel sesenta, de modo que tomó un disco flotador del tubo ascendente.

El disco le llevó consigo. Por encima de su cabeza, la parte inferior del disco precedente le encerraba en una pequeña jaula cuyo fondo era su propio disco. De momento, estaba seguro. Mirando a través de la transparente pared del tubo observó los niveles que desfilaban ante él, pero no vio más que ocasionales siluetas en los pasillos, cerca de los tubos, ninguna de las cuales pareció prestarle especial atención.

Si los hombres de seguridad del hotel le esperaban en alguna parte, pensó, sería en el jardín del techo del hotel, donde se encontraba un pequeño aeropuerto. Pero aquello era treinta pisos por encima del nivel al que se dirigía.

Llegó casi inmediatamente a un salón lleno de gente que iba y venía, reunida en pequeños grupos, conversando. Se abrió paso entre la multitud y penetró en la primera sala que encontró. En su interior había mesas, a cuyo alrededor se encontraban los jugadores de ajedrez y algunos espectadores apiñados alrededor de ciertas partidas. Kantele no estaba a la vista. Dio media vuelta y salió de la sala.

En la tercera habitación, descubrió a Kantele. Estaba con otras personas, observando una partida individual desde la entrada, no muy lejos de las ventanas francesas que señalaban la existencia de un balcón en una terraza más allá de la habitación. La joven estaba detrás de la silla de un hombre en quien, con una súbita aceleración del pulso, Paul reconoció a Blunt. Blunt estaba sentado, reclinado hacia adelante, absorto en el estudio del juego, y Kantele tenía una mano apoyada en su ancho hombro.

A Paul se le pasó por la cabeza que había tenido la suerte de encontrarse con Blunt antes de lo que había previsto. Se puso en marcha hacia la mesa que ocupaban Blunt y Kantele, pero se detuvo de pronto.

No llevaba el bastón.

Paul se quedó inmóvil y, durante un segundo, el zumbido y el movimiento de la habitación se desvanecieron casi de su consciencia. Su mano estaba vacía. Pero no podía recordar si había dejado caer el bastón o si lo había dejado en alguna parte. Sólo se le ocurría que lo debía haber perdido tras la reacción provocada por el codazo que propinó al encargado de seguridad. Bien, si tal era el caso, Blunt tendría que dar algunas explicaciones a la policía. Quizá, como en el caso de la visita de Tyne a la habitación 2309, la seguridad del hotel se encargase, al encontrar el bastón, de recuperarlo por él cortésmente.

Paul no tenía intención, a ningún precio, de encontrarse *entonces* con el jefe de la Hermandad del Chantre. Intentó apartarse discretamente.

Pero ya era tarde. Kantele le descubrió al levantar los ojos. Con el rostro sobrenaturalmente sin expresión, sacudió la cabeza e hizo un movimiento con la barbilla para señalar las ventanas. Paul titubeó un momento, hasta que dio media vuelta y obedeció.

Pasó junto a las mesas y cruzó una de las ventanas, cerrándola tras él. Se

encontró, como había previsto, en una ancha terraza, con una barandilla de piedra ornamental que llegaba a la altura del pecho. Más allá del barandal podía ver la parte superior de los edificios más bajos que le rodeaban y, todavía más lejos, los más remotos niveles del complejo de Chicago. El cielo casi no tenía nubes y los cálidos rayos del sol acariciaban el pavimento de la terraza a través de las mesas redondas y traslúcidas de un solo pie que la adornaban. Avanzó hasta la balaustrada y miró por encima.

Bajo él, el costado norte de la torre del Kho-i-Nor se hundía verticalmente en una trama ininterrumpida y llena de ventanas y tejas de mármol hacia el nivel superior de la vía de circulación, sesenta pisos más abajo. Directamente debajo, y del tamaño de un sello de correos, estaba el cruce principal, frente a la torre, y, a unos doscientos metros, un edificio de oficinas con un solitario vehículo aéreo sobre el techo cuya pulida superficie reflejaba el claro azul del cielo.

Volvió la espalda a la balaustrada. Sobre la mesa blanca que había a su lado se encontraba una revista de brillantes colores abandonada por alguno de los visitantes matinales.

La brisa que soplaba por la terraza la agitaba e intentaba volver las páginas. Echó un vistazo a las coloreadas letras de la portada. La pregunta le saltó ante los ojos:

¿ERA ADECUADO EL MÉTODO DE GANDHI?

Por debajo, en caracteres ligeramente más pequeños:

LOS PSICÓPATAS DE LAS CIUDADES SUPERPOBLADAS

La autora del artículo, observó con interés, era la doctora Elizabeth Williams, psiquiatra, a cuya consulta había acudido una semana antes.

Echó mano a la revista para leer el artículo.

—Formain —dijo una voz. Alzó la mano y dio media vuelta.

Frente a él, a unos cinco metros, con la mano apoyada en la cristalera entreabierta que sin duda acababa de cruzar, estaba Butler. El hombrecillo de la seguridad del hotel tenía la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta. Su rostro era tan cortés como siempre.

—Lo mejor será que venga conmigo tranquilamente, Formain —dijo.

Paul dejó caer la revista. Los dedos de su única mano se tensaron. Dio un paso ligero hacia Butler.

—¡Alto! —Le intimidó Butler. Sacó la mano del bolsillo, mostrando una pistola. Paul se inmovilizó.

—No sea tonto —dijo Paul.

Butler le miró con el rostro marcado por un rastro de emoción que Paul ya había visto antes.

—Creo que es mi oficio —replicó Butler—. No sea usted tonto, Formain. Venga

conmigo tranquilamente.

Paul le miró a través de la corta distancia que les separaba. Su primer impulso, como ya le pasase con el agente del vestíbulo, era el de pasar a la acción. Lo dominó. Una parte de él esperaba ver lo que podía hacer la otra. Miró a Butler, intentando restringir su campo de visión mental. Intentando ver en el hombre algo individual, único, limitado por las fuerzas que le unían a su entorno, por los auténticos elementos que le hacían peligroso.

Todo el mundo podía ser entendido, se dijo Paul. Todo el mundo.

Durante un segundo, la imagen de Butler pareció nadar en la retina de Paul bajo la presión del esfuerzo, como una silueta vista a través del fondo de un vaso lleno. Luego, la imagen se aclaró.

—No tengo intención de hacerlo —dijo Paul. Se sentó en el borde de la mesa—. No iré con usted.

—Sí —replicó Butler. Alzó la pistola firmemente.

—No —contestó Paul—. Si me lleva, le diré a la policía que usted le procuraba la droga al hombre del 2309. Diré que usted también es drogadicto.

Butler sonrió con cierta desgana.

—Venga conmigo, Formain —continuó.

—No —respondió Paul—. Para que me lleve, tendrá que abatirme. Si me mata, tendrá que hacer frente a una encuesta... y no lo desea. Si hace algo menos que matarme, diré exactamente lo que le acabo de decir a usted.

En la terraza hubo un momento de silencio. Los dos hombres podían escuchar cómo la brisa agitaba las hojas de la revista.

—No soy un drogadicto —dijo al fin Butler.

—No —contestó Paul—. Pero usted está dominado por algún tipo de fanatismo, por alguna fe ciega particular que le da fuerza para resistir. No le da miedo ser descubierto salvo por el hecho de que cualquier investigación al respecto podría cortar la fuente de esa fuerza. Si lo mencionó, la policía lo estudiará. Hará mejor en dejarme ir.

Butler le miró. La expresión del hombre de seguridad era tan indescifrable como siempre, pero la pistola saltó durante unos segundos por los temblores que le cruzaban la mano. Se volvió a meter la mano en el bolsillo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Usted mismo —le respondió Paul—. Siendo usted como es, el resto es evidente.

Butler le miró durante un segundo más, hasta que se volvió hacia la ventana.

—Algún día le haré confesar quién se lo ha dicho —dijo, entrando en la sala del torneo de ajedrez.

La cristalera acababa apenas de cerrarse cuando otra vez se abrió. Por ella apareció Kantele, que la cerró rápidamente a sus espaldas.

Se acercó con presteza a Paul, con el rostro pálido y los labios apretados. Llevaba

un traje blanco y una chaqueta de cuero colgando del hombro.

—¿Cómo ha...? No me lo diga —se replicó, deteniéndose junto a Paul—. No es el momento. Hay una docena de hombres del hotel mirando en las habitaciones. Aquí...

Dejó la chaqueta en una mesa y la apretó en varios lugares. La prenda se abrió automáticamente, descubriendo un paracaídas: era semejante a un diminuto helicóptero personal, de emergencia, utilizado tanto por los pilotos como por los bomberos. Soltó las correas, las adaptó a los hombros de Paul y le ayudó a sujetarlas.

—Mientras no le vea la policía de tráfico aéreo, todo irá bien —le dijo, apretando las correas—. Diríjase al techo del edificio que hay enfrente.

El ruido que produjo una de las ventanas al abrirse les hizo volverse a los dos. La joven golpeó en una de las mesas y dos hombres saltaron sobre la terraza, desenfundando sus armas.

Paul no dudó. Con un movimiento del potente brazo, agarró la mesa y la arrojó, como si fuera de corcho, contra los dos hombres que cargaban contra ellos.

Se apartaron, pero no lo suficientemente deprisa. Cayeron. Paul, tomando a Kantele, saltó al borde de la balaustrada y se tiró a sesenta pisos de vacío.

Capítulo 9

Cayeron como una piedra mientras la mano de Paul, ocupada en sujetar a Kantele, tanteaba buscando los controles del paracaídas. Los localizó finalmente y los movió y, súbitamente, sintió como si un potente freno se aplicase contra la fuerza de la gravedad. Los alerones entraron en acción para frenar la caída.

—Perdóneme —le dijo Paul a Kantele—. La habían visto conmigo. No podía dejarla para que hiciera frente a las consecuencias de lo que he hecho.

No le contestó. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sobre el hombro, con los ojos cerrados. Su rostro era semejante al de alguien que se ha dado cuenta de la presencia de una fuerza superior.

Paul volvió a concentrar su atención en la conducción del paracaídas y el edificio que había frente a ellos. Sólo lo conseguía parcialmente. El paracaídas, lo bastante fuerte como para soportar a un individuo de ciento veinticinco kilos, libraba una batalla perdida con anticipación para aguantar los pesos combinados de un hombre y una mujer por encima de la talla media. Derivaban hacia adelante y hacia abajo siguiendo una larga pendiente, como las semillas de un arce impulsadas por el viento descendente.

—¿Dice que al techo? —preguntó Paul. Los ojos de la joven siguieron cerrados. La agitó ligeramente—. ¡Kantele!

La mujer abrió los ojos lentamente.

—Sí —contestó—. ¿Qué es ese ruido?

Se refería a los débiles ruidos sibilinos que se oían a su alrededor. Mirando por encima del hombro, Paul vio a los dos hombres que había derribado con la mesa mirando por encima de la balastrada, casi con desenvoltura. Pero sus manos empuñaban oscuros objetos. Estaban disparando contra ellos.

Los proyectiles anestésicos que les lanzaban no podían ser muy precisos, y la distancia aumentaba continuamente. El mayor peligro era la policía aérea. Paul pulsó los controles y giraron lentamente, siguiendo un ángulo de ciento ochenta grados.

Al norte, a unos ciento cincuenta metros por encima suyo, había dos puntos que se acercaban rápidamente. Kantele los vio al mismo tiempo que Paul, pero no dijo nada.

—Y, cuando hayamos aterrizado en el techo, ¿qué pasará? —quiso saber Paul. La miró a los ojos, pero la joven los había vuelto a cerrar.

—Jason nos espera en el piso inferior. —Contestó casi dormida, apoyando la cabeza en el hombro de Paul.

—¿El piso inferior? —Paul estaba intrigado y casi irritado. Kantele parecía haber dejado todo en sus manos—. No tenemos tiempo para intentar alcanzar el techo. Procuraré entrar por una ventana.

—Si la ha abierto... —dijo la joven pensativamente, sin abrir los ojos.

Paul comprendió lo que quería decir. Caían rápidamente, siguiendo una dirección

oblicua. Si Jason Warren no les veía llegar y no abría a tiempo la ventana, se aplastarían con toda certeza contra el cristal irrompible y se hundirían sin freno hasta el nivel del tráfico, treinta o cuarenta niveles más abajo. No tendrían ninguna posibilidad.

—La habrá abierto —dijo Paul. La joven no le desmintió.

Los coches de la policía aumentaban de tamaño a ojos vista a medida que descendían. Pero el edificio estaba ya muy cerca. Mirando bajo él, Paul vio que una de las ventanas del nivel superior se descorría a un lado.

Dirigió hacia ella el paracaídas. Durante un momento, pensó que caía demasiado rápidamente para poder conducirse hacia la abertura. Luego, saltó hacia adelante. Ajustó los controles al máximo de fuerza, dispuesto a hacer explotar el motorcillo del paracaídas para conseguir su objetivo.

Le salvó la última bocanada de energía del aparato. El paracaídas les propulsó a través de la ventana, frenando por sí mismo, rompiendo los engranajes con un desgarrador chirrido. Paul y Kantele aterrizaron suavemente encima de una mesa.

El huracán hizo flotar documentos y objetos ligeros, proyectándolos hacia el exterior. El Nigromante se acercó a la pareja desde la otra punta de la habitación. Kantele abrió los ojos y miró a su alrededor; tensándose bruscamente, se apartó de Paul casi con violencia y, dándole la espalda, se alejó de él varios pasos hasta que una mesa le impidió el paso. Paul la miró frunciendo el ceño.

—Suelte el paracaídas —dijo Warren. Paul ya estaba sacudiendo los hombres para librarse de las correas. El destruido equipo cayó al suelo pesadamente.

—Bueno, Jase —dijo Paul. En el momento de decirlo, el nombre sonó raro. Por primera vez, pensaba en el Nigromante por su nombre; llamarle por el nombre que empleaban sus íntimos era como romper una barrera. Vio que el otro le miraba durante un momento, sorprendido.

—Nos han visto —dijo el hombre llamado Jase—. Probablemente, nos habrán rodeado. Tendremos que buscar una salida.

—¿Por qué? —preguntó Paul. Jase le volvió a mirar sorprendido.

—Naturalmente, porque nos ocupamos de los nuestros —replicó.

—¿Soy uno de ellos? —preguntó Paul.

El Nigromante se detuvo y le miró.

—¿No quiere serlo? —le contestó. Señaló con la barbilla a la puerta del despacho y añadió secamente—: Si quiere irse por ahí no se lo impediré.

—No —replicó Paul, y para su sorpresa se descubrió a sí mismo sonriendo un poco tristemente—. No; soy uno de los suyos, naturalmente.

—Perfecto. —Jase se volvió hacia una mesa y la limpió de papeles, carpetas y adornos—. Cerrad la ventana —dijo, y Kantele cruzó la sala para hacerlo. Al tiempo que se cerraba, Jase tomó una maleta de la mesa y la abrió.

Sacó una capa negra, con capucha, y se la puso, cubriéndose la cabeza con el capuchón, ocultándose casi completamente. En las sombras del capuchón, su rostro

perdía parte de la identidad. Kantele se había acercado a la mesa. Tomó de la maleta lo que parecían ser tres conos de incienso de buen tamaño y los encendió. Empezaron a soltar un humo pesado y denso que oscureció enseguida la habitación. El humo, para el olfato de Paul, resultaba dulce y poseía cierta cualidad narcótica, pues sintió que se le iba la cabeza en cuanto lo inhaló unas pocas veces.

Los tres estaban junto a la mesa. La habitación estaba sumida en una bruma de humo negro en la que los drogados sentidos de Paul eran casi incapaces de concentrarse en los vecinos objetos. Al otro lado de la mesa, frente a él, se escuchó la voz del Nigromante, más grave que de costumbre, medida, cantando:

—*Ésta noche, ésta noche, ésta, noche y todas...*

La voz de Kantele, al otro lado, tintineó. Lo que era un recital de versos en boca de Jase adquirió un toque de música al añadirse la voz de la joven:

—*Fuego, aguanieve y crepúsculo, la destrucción os tomará.*

El Nigromante sacó otro objeto y lo depositó en la mesa. Al verlo, la mente de Paul fue consciente súbitamente de un cierto peligro. Habría sido un mal ingeniero de minas de no haberlo reconocido. Lo que Jase acababa de dejar encima de la mesa era un bloque de plástico explosivo de cinco centímetros de largo, lo bastante para reducir el despacho y sus ocupantes a fragmentos irreconocibles. Tenía una mecha ajustada para noventa segundos y, mientras Paul escrutaba a través del humo acumulado, el Nigromante tomó la mecha y la prendió. Jase, solo, cantó:

—*Si desde aquí retrocedéis...*

Y la voz de Kantele le hizo el coro:

—*Esta noche y todas...*

—*A Whinnymuir llegaréis al fin* —concluyó Jase.

Kantele se unió de nuevo:

—*La destrucción os tomará.*

Paul no tendría que haber reconocido lo que cantaban, pero lo hizo. De dónde y cómo procedía aquel conocimiento no podía recocerlo en medio de la espesa bruma. Pero era algo así como una versión modificada de los antiguos cantos funerarios del norte de Inglaterra, los mismos que se cantaban con el cadáver puesto encima de una mesa con un plato de sal apoyado en el pecho. Se trataba de un ritual cuyas raíces eran más profundas que las del cristianismo de los primeros celtas, de una época en que hombrecillos negros se insinuaban en los bosques para cantar a los parientes muertos en el camino de las sombras durante las primeras noches después de su marcha. Paul sintió que lo que oía no tenía nada que ver con la música solemne del siglo diecisiete, sino que era vecina del rudo canto átono del primitivo original, frío como las piedras en invierno y tan implacable como el viento que las azota. El canto siguió, Jase cantando solo y Kantele uniendo su voz a la suya. Era una endecha de velatorio:

Si dais techo y lumbre

*Esta noche y todas
Resistiréis el dolor
La destrucción os tomará*

*Cuando hayáis olvidado el dolor
Esta noche y todas
Llegaréis al vacío
La destrucción os tomará*

*Si coméis pescado o aves
Esta noche y todas*

Desde lejos, a través del canto y del humo, llegó el sonido de un altavoz que bramaba detrás de la cerrada ventana.

—¡Formain! ¡Paul Formain! Le habla la policía. Le tenemos rodeado completamente. Si no sale en dos minutos, lo mismo que los que le acompañan, entraremos por la fuerza. —Hubo una breve pausa; luego, la voz amplificada volvió a hacer vibrar la ventana—. ¡Formain! ¡Paul Formain! Le habla la policía. Le tenemos...

En el intervalo, el humo se había vuelto tan espeso que incluso el bloque de explosivo y la mecha que disminuía rápidamente resultaban casi invisibles a los ojos de Paul. Le pareció que el canto de Jase y Kantele aumentaba de volumen:

*Desde el vacío
Esta noche y todas*

*Llegaréis por último al
Fin del Baile
La destrucción os tomará*

Pasaba algo. La mecha se acortaba a toda velocidad. Aumentaba la presión que se alzaba entre la mesa que les separaba. Paul sintió un súbito impulso que le obligaba a unirse al coro. Escuchó silbar la mecha. Una parte de él gritó que en breves segundos quedarían despedazados. Pero otra parte observaba, distante y curiosa, y reprimió el canto que le llegó a los labios:

*Y si conserváis algo
Esta noche y todas
El Fin no os poseerá
La destrucción os tomará*

Las voces de Jase y Kantele envolvían a Paul como una atadura de cuerda que les mantuviera unidos y que se apretase por instantes. La mecha debía haber ardido completamente.

*Pero si nada guardáis
Esta noche y todas
El Fin del Baile os llevará
¡Y la Destrucción os tomará a todos!*

Súbitamente, Jase y Kantele no estuvieron allí, y casi en la misma fracción de segundo, el mundo estalló alrededor de Paul y sintió el estrépito de una enorme presión contra él, como si fuera una mosca aplastada por dos manos gigantes. Fue consciente, durante un ínfimo momento de percepción, del despacho que volaba en pedazos a su alrededor mientras explotaba el bloque de plástico... Luego, le pareció hundirse en la nada.

LIBRO SEGUNDO

AJUSTE

EN LA ESCALERA DE PIEDRA, Y EL SALÓN
LAS SOMBRAS MONTAN A MÍ ALREDEDOR UN LABERINTO
TEJIENDO UNA RED DE DUDA Y —¡QUÉ LOCURA!— LIBERANDO
EN MÍ LA PARTE QUE NO TEME DUDA ALGUNA.

LA TORRE ENCANTADA

Capítulo 10

Una situación plena y correctamente comprendida se hace tan razonable como la minúscula fracción de un segundo que precede a una muerte violenta y que puede ser como el gatillo que acciona un pensamiento especulativo.

Noventa y tres años después de que Paul fuese alcanzado por la explosión del bloque de plástico, el fenómeno del no-tiempo —que es un estado de existencia en el que el tiempo no existe— fue final y completamente explicado. Naturalmente, ya había sido empleado, incluso antes de la existencia de la Hermandad del Chantre, sobre una base que implicaba el azar. Pero con el desarrollo formal del cambio de fase de transporte que permitía la expansión interestelar de la raza humana, se hizo necesario comprender el estado atemporal que era la base del cambio de fase. La explicación brutal y breve fue que existe una relación recíproca entre el tiempo y la posición. Y, si el tiempo deja de existir (de estar activo quizá fuese una expresión más acertada), en ese caso, la elección de la posición se convierte en infinita.

Hay, naturalmente, dificultades prácticas que limitan el uso y que aparecen cuando se presenta el problema que consiste en calcular exactamente la posición deseada. Eso ya se ha explicado en otra parte. Pero una vez más, y en un lugar diferente, el problema del no-tiempo será penetrado cuando sus aspectos filosóficos se hagan pertinentes. Por el momento, para volver al punto histórico de la explosión del cubo de plástico, lo importante es que para las necesidades prácticas vulgares del no-tiempo se considerará como tiempo suficiente e incalculable.

Nadie —literalmente *nadie*— está a salvo del error. Paul había cometido un error al encontrarse tras Jase y Kantele en el momento de su partida y ser alcanzado por la primera onda de la explosión. Al ser sorprendido no existía para él más que una puerta de salida. Se sumió instintivamente en el no-tiempo para evitar ser destruido, como otros individuos menores hicieron antes que él.

Prácticamente, todo el mundo había oído hablar del ejemplo auténtico del hombre que andaba alrededor de los caballos de su coche en un estado de no-existencia, y podían encontrarse muchos más.

En el no-tiempo, permanecía consciente, y se dio cuenta súbitamente de que desde el accidente del barco en ningún momento había podido prescindir de un cierto sentimiento de vigilancia. Incluso su sueño fue abandonado durante períodos de pensamiento asimbólico a nivel subconsciente, o en ensueños. Y sus sueños, de hecho, parecían un tornillo sin fin en el complejo de su maquinaria mental. Un tornillo que tomaba los resultados de los rudos datos que extraía de las sustancias sólidas de sus entornos diarios con las herramientas de sus sentidos, labrándolos luego groseramente con el proceso intelectual superior de su inteligencia, para, al fin, reducirlos a finas migajas que le permitieran llegar al más oscuro proceso que separaba los puros elementos capaces de ser comprendidos.

Además, no estaba dispuesto a abandonar la vigilancia. Se le había pasado por la

cabeza la idea de que aquello podía ser la causa fundamental de su inflexible negación a aceptar la hipnosis. Pero aquella explicación no satisfacía plenamente la zona más sensible de su comprensión; aquello no daba la impresión de ser la respuesta completa: si el proceso reconocible por el que intentaba comprender y controlar su entorno podía ser comparado con algo mecánico, lo demás podía compararse con algún proceso químico. Y aquello era una herramienta tan potente y eficaz para fines prácticos que le cegaba al nivel de los comunes canales de razonamiento. Era extremadamente difícil sumar dos y dos y ver que eran cuatro. Lo más sencillo sería considerar el dos como un elemento natural, y encontrar que el cuatro era una posibilidad implicada y característica.

Miraba toda la existencia a través de una ventana que revelaba solamente elementos únicos. Enfocaba cada cosa en términos aislados. Aislados, pero con todas sus posibilidades características implicadas. La totalidad del tiempo, por ejemplo, estaba implicada en no importa qué sencillo momento que podía elegir para su examen. Pero el propio momento estaba única e inalterablemente separado de cualquier otro momento, incluso aunque el otro momento implicase la totalidad del tiempo.

Como resultado era prácticamente imposible mentirle o engañarle. Toda falsedad hacia él se derrumbaba como una construcción fraudulenta y ligera bajo el peso natural de sus propias y proliferantes posibilidades. Igualmente, aquello no era siempre una ventaja, aunque resultaba casi imposible sorprenderle. Toda evolución de los hechos implicada en el momento que precedía a su ascensión le parecía perfectamente natural. Como resultado, nunca preguntaba cosas que normalmente debería preguntar.

Por ello, no había dudado de las posibilidades que los miembros de la Hermandad del Chantre parecían atribuirse. Era como si —al menos para aquella parte de sí mismo— resultara totalmente razonable que Jase y Kantele intentasen escapar junto con él por medio de un humo narcótico, un canto funerario y un bloque de plástico explosivo con una mecha excesivamente corta. Sin embargo, se encontró tan interesado en lo que pasaba que se vio arrastrado tras ellos y envuelto por el primer microsegundo de la explosión.

Fue dirigido hacia los límites extremos de su conocimiento, incluso más allá. Se sintió consciente del hecho de que se desplazaba muy rápidamente y, a la vez, de que era dirigido por la explosión hacia el extremo increíblemente minúsculo de lo que parecía ser un enorme embudo. Nadaba en su interior, no del todo inconsciente, luchando por sobrevivir. Se desplazaba por una oscuridad profunda, pero en alguna parte, por encima de él, había luz y vida.

Luchando, se elevó.

Su mente fue más rápida que su cuerpo al reaccionar para recobrar la plena consciencia. Se despertó y se encontró hundiéndose a través de una especie de habitacioncita desnuda en cuyo centro había un estrado circular, sobre el que se

encontraban cuatro hombres que intentaban retenerle. Se dio cuenta de que estaba buscando la puerta de la habitación.

Luego, lo entendió todo y se detuvo en seco. Y, tras un segundo, los hombres que le sujetaban le soltaron. Mientras se apartaban, Paul se vio en una superficie parecida a un espejo en una pared alejada. Tenía la ropa desgarrada por la explosión, y su nariz sangraba ligeramente. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se limpió la sangre del labio superior. Dejó de sangrar. Jase y Kantele le miraban desde el otro lado de la sala.

—No lo entiendo —dijo uno de los hombres que le habían sujetado, un hombrecillo de aspecto vivaracho con los cabellos castaños y revueltos por encima de un rostro avinagrado. Miró a Paul de un modo que casi resultaba provocativo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Si le ha traído Jase, ¿por qué no ha llegado al mismo tiempo que él?

Paul frunció el ceño.

—Quizá porque he sido un poco lento —dijo.

—Eso no tiene importancia —replicó Jase—. Si se siente bien, Paul, venga.

Jase salió el primero, seguido por Kantele, que dirigió a Paul una breve mirada de turbación. Este último les siguió.

Les alcanzó en un vestíbulo que había al salir. Sus paredes estaban vacías, carecía de ventanas y conducía hacia el siguiente rellano de un plano inclinado. Llegaron a un recodo y salieron al aire libre. Paul miró con curiosidad a su alrededor. Se hallaban en las lindes de un vasto prado en el que se alzaban plataformas de cemento blancas sobre las que se veían vehículos espaciales a los que se les habían quitado las grandes argollas que retenían los dispositivos de despegue. Más allá, se veían los nevados picos de una cadena montañosa que Paul no reconoció.

No era un centro comercial. La uniformidad de las construcciones y las ropas caqui del personal indicaban claramente que se trataba de un centro gubernamental.

—¿Dónde estamos? —preguntó Paul. Pero Jase ya estaba en marcha hacia una plataforma ocupada por la forma achaparrada, casi nebulosa, de un navío espacial que parecía uno de los enormes obuses de artillería empleados en el pasado. Contaba con la abrazadera con forma de plato sopero que mantenía los motores atmosféricos en el anillo exterior y los propulsores espaciales en el interior, al nivel del casco. Paul alcanzó a Jase y Kantele.

—¿Dónde estamos? —repitió.

—Se lo diré cuando estemos a bordo —respondió Jase sin volver la cabeza. Caminaban uno al lado del otro, Jase sin apartar la vista del navío, con un rostro que parecía el filo de un cuchillo. Kantele, por su parte, sin dejar de andar, miraba hacia la superficie de grava en la que no crecía ni una brizna de hierba. Paul sintió una pequeña oleada de tristeza que le invadía al pensar que los seres humanos estaban separados unos de otros, encerrados en sus cuerpos y mentes. Y, con un súbito choque silencioso, se le pasó por la cabeza que, en todo el universo, la única clase de seres

aislados que luchaba y amenazaba con romper los límites de su segregación era el pueblo.

Aquel pensamiento explotó en Paul como lo haría un barril de pólvora ante un hombre que caminase por una ciudad vacía y compleja, oscura bajo las estrellas. Aquello era más cegador que iluminador, pero la luz dejaba un recuerdo impreso en la retina del explorador que sería rememorado permanentemente.

Con la mente vacía, de momento, de cualquier otra cosa, Paul franqueó automáticamente el túnel que conducía a la base del navío y tomó el ascensor que llevaba a los niveles superiores. Prestó poca atención a lo que le rodeaba hasta que el gemido de los cohetes del anillo exterior empezó a golpear en su consciencia. Volvió a su presente para constatar que estaba sentado en un asiento de aceleración, dentro de un compartimento para pasajeros. Frente a él, podía ver la coronilla de la cabeza de Jase sobrepasando el respaldo del asiento vecino. Y, a la izquierda de Jase, apoyado contra la pared redondeada que encerraba el ascensor axial del navío, observó el perfil de Kantele.

La nave se alzó. Tras un momento, el ruido de los motores de despegue quedó ahogado en el rugido que nacía de los propulsores espaciales, cuyo volumen iba en aumento. Un poco más adelante, la pantalla situada en el muro, al lado de Paul, se encendió. Mirando aquella ilusión de ventana, vio el gastado soporte de los motores atmosféricos que se soltaba del navío y quedaba a sus espaldas, como si fuera algún enorme pájaro planeador que se dirigiera hacia las nubes que ocultaban la Tierra.

—Señores pasajeros, tumbense —dijo una voz metálica desde alguna parte por encima de Paul—. Tumbense todos.

El mecanismo de los asientos emitió un chasquido y se colocaron en posición horizontal. Profundos parachoques acolchados envolvieron el cuerpo de Paul. Hubo un momento de silencio, hasta que los propulsores espaciales empezaron a escupir fuego y su fuerza proyectó brutalmente el navío, junto con Kantele, Jase, Paul y todo cuanto contenía, hacia las lejanas estrellas.

Paul descubrió que Mercurio estaba a cinco días de la Tierra. La nave tenía cuatro niveles entre la cabina de control situada en el extremo anterior y los motores situados en la popa. Como se trataba de un vuelo gubernamental, les recomendaron que tomasen ligeros sedantes durante el viaje. Los fármacos hicieron dormir a Kantele y a otros tres pasajeros a quienes Paul no conocía. Pasaron la mayor parte del tiempo adormilados en el jergón, situado en posición inclinada. Jase no tardó en desaparecer de la sección reservada a los tripulantes, y Paul no le vio durante los primeros cuatro días de viaje. Puesto que Kantele parecía reforzar el efecto de los sedantes con una visible repugnancia a dirigirle la palabra a Paul, éste, una vez más, la dejó sola.

Al ya de por sí poco frecuente juego de reacciones mentales y físicas de Paul, los sedantes añadieron un letargo del cuerpo, lo mismo que un aumento de la especulación mental y la introspección. Jase escapó antes de que Paul pudiera

preguntarle de nuevo, pero un hombre alto, de espalda envarada, tendido sobre un asiento detrás de Paul, contestó su pregunta.

—Operación Trampolín —dijo secamente. Era un hombre de mediana edad, con un bigote blanco que contrastaba con su rostro bronceado y que miraba a Paul casi con furor—. Habrá oído hablar del proyecto consistente en alcanzar los planetas arturianos, ¿verdad? ¿Lo conocía?

—Sí —respondió Paul.

—Pregúntele a su maestro, muchacho. ¿Quién es? ¿El Nigromante Warren?

—Exactamente —contestó—. ¿También usted es Nigromante?

—No, no —le replicó el hombre—. Soy sociólogo... lo que ellos llaman un tipo «sin graduación»; nunca he tenido la suficiente paciencia como para aprenderme todo esa sarta de disparates. Pero me parece bien que un hombre joven como usted se meta en ello. —Su tono se hizo más violento y su bigote pareció erizarse—. Está bien, sí.

—¿La nigromancia? —le cuestionó Paul.

—Sí. Piense en sus hijos... y en los hijos de sus hijos. Un personaje de aproximadamente la misma edad que el hombre del bigote blanco se incorporó sobre la litera, lejos, detrás de Paul, apoyado en el muro circular que albergaba el pozo del ascensor.

—¡Heber! —exclamó.

—Sí, sí —dijo el hombre del bigote blanco tendiéndose de nuevo en la litera—. Tienes razón, Tom. No me pregunte nada, muchacho. Pregúntele a su maestro. De todos modos, ahora me tengo que tomar la medicina. —Extendió la mano hacia el pequeño compartimento del brazo del asiento, con lo que Paul renunció a aquella fuente de información y también se echó.

Había muchas en que ocupar la mente. Dejó que su atención se centrara en ellas.

Se trataba de un tipo de actividad mental que tenía su propio elemento de recompensa, un placer al que, como había descubierto últimamente, sería fácil abandonarse como si se tratase de una droga. Era el verdadero placer de dirigir su especulativa mente hacia la gran ciudad oscura de todo conocimiento personal. Para los que se asustaban fácilmente de la oscuridad, aquélla no parecía la ocupación más adecuada. Pero para los que desconocían el miedo y poseían la verdadera visión nocturna de la comprensión, significaba un raro placer vagabundear en aquella desconocida y oscura parte de la ciudad, entre la sombra de formas y fuera de ellas, entre los planos y fuera de los planos... hacia el objetivo original.

Solamente entonces, con el objetivo percibido y comprendido, se alcanzaba —quizá— la mayor ocupación, la consistente en dejar que aquel conocimiento trabajara en alguna nueva edificación.

Así, durante cinco días, Paul se perdió casi completamente en una nueva parte de la ciudad de su conocimiento. No fue hasta llevar poco tiempo en la superficie de Mercurio cuando se vio arrancado de su ensueño... y quien le arrancó fue Kantele.

—No quería preguntarte por qué —dijo la joven. Paul fue consciente de que ella

estaba junto a su litera, con los ojos fijos en él—. Pero no he podido... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué mataste a Malorn?

—¿A quién? —preguntó Paul. Durante un segundo, la joven y su pregunta se mezclaron con las formas que ocupaban su pensamiento. Luego, aquellas formas se desvanecieron y se dio cuenta de que los dos, al menos en lo que podía ver, estaban solos en el nivel.

—Kevin Malorn... el hombre del hotel.

—Kevin Malorn —siguió Paul, como un eco. Durante una fracción de segundo, lo único que hubo en su mente fue un sentimiento de indescriptible tristeza por haber sido el instrumento de la muerte de aquel hombre y no haber conocido el nombre con que le conocieron los demás mientras estuvo vivo.

—No me lo dirás —insistió Kantele, al ver que la contestaba inmediatamente. Le miró la cara pálida y tensa.

—Sí —le dijo—. Pero quizá no me creyeras. No le maté. No sé cómo murió.

Le miró durante un momento, hasta que dio media vuelta y se alejó hacia el hueco del ascensor, donde desapareció.

Siguiendo el mismo camino, algo más tarde, Paul encontró a los demás pasajeros en el salón, en el nivel superior, mirando en una gran pantalla la elevación de un collarín que sujetaba los cohetes de aterrizaje de combustión química alimentada por productos originarios de Mercurio, y que, adaptándose a la nave, la permitían descender segura hacia la superficie del planeta.

Capítulo 11

Fue un paisaje atormentado el que les rodeó mientras recorrían la media milla que separaba la zona de aterrizaje de la nave del domo de recepción de la Estación Trampolín. El cielo sin nubes estaba blanco a la derecha y oscuro a la izquierda. Había la suficiente atmósfera en la superficie de la zona crepuscular de Mercurio como para desdibujar la luz en aquella dirección.

La iluminación que originaba aquel hecho, vista a través del cristal de la escafandra protectora de Paul, era como el relámpago amarillo de una tormenta bajo el cielo más benovelente de la Tierra. Bajo aquella luz penetrante e invariable, el suelo daba la impresión de estar recubierto de fragmentos rotos de fantásticas esculturas. El efecto era causado por los cambios de temperatura provocados por las tempestades de luz y tinieblas, así como por la acción volcánica a lo largo de la línea de menor resistencia de la corteza superficial de Mercurio, que formaba la zona crepuscular. Pero el paisaje, sin embargo, era como una región nacida de los sueños, un jardín creado por los brujos en una pesadilla.

Penetraron en el domo y franquearon una esclusa para llegar al ascensor, que se hundió rápidamente durante un tiempo considerable. Paul supuso que debía encontrarse a unos cincuenta o sesenta niveles por debajo de la superficie, pues el ascensor era un potente artefacto, más mecánico que magnético, y su descenso resultó incómodamente rápido. En el mismo momento en que el ascensor se detuvo, una puerta lejana se abrió y atravesaron una zona vacía.

A partir de aquélla, fueron aislados en celdas que, por lo que Jase le había dicho a Paul, eran cabinas de descontaminación. Una voz que salía de un altavoz adosado al muro le pidió a Paul que se desvistiera y pasase a la ducha. Un poco más delante, se encontraría con una puerta tras la que habría ropa adecuada.

Obedeció y pasó a otra celda, apenas un nicho excavado en la sólida roca granítica. Sobre un banco de cemento había ropa esperándole.

La examinó y estudió su peculiar estilo. Había zapatos de cuero, ligeros, puntiagudos, de color rojizo; algo así como unas medias verdes; un pantalón corto; una blusa verde con un cinturón y una chaqueta de cuero de manga corta.

A Paul se le pasó por la cabeza la idea de que la Hermandad se vestía para cenar, por decirlo de algún modo, incluso en Mercurio. Se puso la ropa —ni la camisa ni la chaqueta tenían manga izquierda y todo era de su medida— y cruzó la puerta que conducía a la segunda celda.

Se detuvo en seco instintivamente.

Había entrado en una habitación sencilla, de techo bajo, burdamente tallada en la roca e iluminada por dos antorchas sujetas con gruesas argollas murales hechas de un metal que parecía hierro colado. El suelo era rugoso y duro bajo sus pies, incluso a través del delgado cuero de los zapatos. Fuera de la luz de las antorchas sólo había oscuridad, y no se veía la pared opuesta.

Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Pero se detuvo. La puerta que había cruzado un momento antes había desaparecido. Ante él sólo se veía el muro de roca cincelada. Estiró la mano y lo tocó. Parecía tan sólido como el día del Juicio Final.

Se dirigió a la luz de las antorchas. Entre ellas se encontraba el hombre llamado Heber; la luz hacía centellear su blanco bigote. Llevaba una sencilla túnica escarlata y un capuchón. Éste delimitaba una línea de sombra sobre su frente y las amplias mangas de la túnica caían de sus manos unidas ante sí.

—Ven —dijo Heber.

Sus labios temblaron durante un segundo, como si le costase trabajo añadir «hijo mío». Paul se acercó y se detuvo ante él. Heber parecía mirar a través suyo y sus ojos eran como huecos dentro de las sombras del capuchón.

—Estoy aquí para apadrinar a este arrepentido —continuó Heber—, y proceder a su iniciación. Lo obligado es que tenga dos padrinos, uno visible y otro invisible. ¿Se encuentra con nosotros el otro padrino?

—Sí —respondió la voz de Jason Warren, junto al oído derecho de Paul. Se volvió y no vio nada más que las paredes de la estancia. Pero podía sentir la presencia de Jase a su lado.

Paul se dirigió de nuevo hacia Heber. Observó que el hombre del bigote blanco tenía en la mano un grueso libro encuadernado en cuero, de arcaico aspecto. En la otra mano, sujetaba, por el centro, el cuerpo de una serpiente de unos cuatro pies de larga, que se retorció y contorsionaba.

—Has sido confiado a la jurisdicción de las Leyes Alternas —siguió Heber—. Ahora estás frente a ellas. Y unido a ellas para todo el tiempo pasado, presente y futuro, hasta que las Leyes Alternas dejen de causar efecto.

—Soy testigo —dijo la voz de Jason por encima del hombro de Paul.

—Toma ahora la pica —prosiguió Heber.

Dirigió la serpiente hacia la única mano de Paul. Éste la extendió pero, al primer contacto de sus dedos, la serpiente dejó de retorcerse y de vivir. Descubrió que, de hecho, tenía un grueso bastón de madera cuya punta brillaba vagamente.

—Toma ahora el escudo —insistió Heber, avanzando con el libro.

Pero éste se mutó en algo así como un ciervo volante, con puños de cobre adosados a un armazón de madera. Heber lo colgó del mutilado hombro de Paul con una ancha cinta de cuero.

—Ahora, sígueme —dijo Heber. Desapareció con grandes pasos en la zona oscura situada más allá de las antorchas. Paul le siguió a lo largo de los inclinados túneles tallados en la roca, torciendo a menudo en ángulo recto hasta que finalmente llegaron a una pequeña sala cuadrada, también de roca, en la que otras dos antorchas iluminaban lo que parecía ser un altar rectangular y de piedra. Sobre el altar estaban depositados, de izquierda a derecha: un barco de juguete apoyado en un costado, con un muñeco vestido de marinero; el modelo en miniatura del panel de mandos de una mina; un caracol marino manchado y descolorido; y una fotografía de la cabeza de

Malorn, totalmente drogado, con el cráneo abierto.

Heber y Paul se inmovilizaron ante el altar.

—Y, ahora, que el otro padrino instruya al aprendiz —continuó Heber. Y la voz de Jase se pudo oír junto a Paul. Paul volvió la cabeza, pero sólo pudo ver el vacío.

—El aprendiz es un aprendiz en el arte de la nigromancia —dijo la voz—. Por esa razón, le hemos traído hasta la raíz del árbol. ¡Qué mire el aprendiz!

Paul volvió a dirigir la vista al altar.

Una maciza raíz emergía de la roca y se extendía entre los objetos puestos en el ara.

—Éste es —informó la voz de Jase— el valiente Hvergelmer, en el reino de la muerte. La raíz es la primera raíz de la ceniza, Yggdrasil, que es el árbol de la vida, del conocimiento, del destino, del tiempo y el espacio. Durante el período de vela, es trabajo del aprendiz defenderle, así como a los elementos de su vida que se encuentran en el altar. Puede que el aprendiz no sea atacado durante su guardia. Pero también es posible que el dragón Nidhug y su familia acudan para roer la raíz del árbol. Si el árbol y las partes de su vida son atacados, podrá recurrir o no a las Fuerzas Alternas, como desee; pero, si no triunfa sobre Nidhug, Nidhug le devorará.

Jase se calló. Le tocó hablar a Heber, y Paul volvió la cabeza hacia el hombre del bigote blanco.

—El árbol —dijo Heber solemnemente— es una ilusión. La vida es una ilusión. Nidhug y su familia son una ilusión, como lo son el universo, la eternidad y el tiempo. Sólo existen las Fuerzas Alternas, y el tiempo, el espacio y todo lo demás son sencillamente sus juguetes. Sabe esto y sabrás que eres invencible.

—Deberás permanecer en vela —dijo la voz del Nigromante— hasta que el gong toque tres veces. Cuando vibre por tercera vez, habrás sido liberado del reino de la muerte y volverás al reino de la luz y la vida. Ahora te dejo, hasta que el gong resuene tres veces.

Paul sintió junto a él un súbito vacío. Se volvió hacia Heber instintivamente. El hombre del bigote blanco seguía a su lado.

—También yo debo irme —le explicó—. Hasta que el gong haya sonado tres veces. —Pasó ante Paul, dirigiéndose a la salida.

Mientras lo hacía, Paul sorprendió el fantasma de un guiño y el sonido de una voz murmuraba *sotto voce*. «¡Qué sarta de disparates!». Luego, Heber desapareció.

El silencio ocupó la habitación.

Era el silencio de la roca profundamente hundida en el suelo. En aquel nivel no había gotas de agua que cayeran del techo, sino solamente un frío constante. Incluso las antorchas ardían en silencio. Cada espiración de Paul salía de su boca como una nube helada, envuelta en luz roja y danzante, que se desvanecía con cada nueva inhalación.

Pero empezaba a ser consciente de lo que le rodeaba.

A su alrededor, en todas direcciones, había piedra, la carne mineral de Mercurio. La roca mal tallada y aguda bajo sus pies, la atmósfera que le envolvía como una capa de hielo. Los minutos pasaban, idénticos unos a otros. El tiempo se acumulaba en la tranquilidad de la sala; la correa del escudo raspaba el hombro de Paul y tenía calambres en los dedos que apretaban el mango de madera de la pica. Sujetaba el arma con la contra apoyada en el suelo y la punta hacia arriba, ligeramente inclinada, como si fuera un centinela romano. Pasó una hora y, luego, otra. Quizá una tercera...

La nota cobriza y solemne de un gong se escuchó una vez, repercutiendo a través de la entrada de la sala, y retumbó en sus oídos. El sonido desapareció lentamente para dar paso al silencio, dejando un recuerdo tras él hasta que también éste quedó enterrado y mudo entre los minutos que pasaban.

La mente de Paul fue a la deriva hasta una increíble distancia. Paul se apoyaba en la pica y el escudo se balanceaba en su hombro por efecto de su propio peso. Pensaba en montañas cuyas cimas y paredes estuvieran hechas de espacio vacío, y en iluminaciones centelleantes por encima de las montañas, reflejos de las más lejanas estrellas, estrellas invisibles desde la Tierra. Una emoción agridulce, creada por la pena y el deseo, nació en su seno, como la débil humareda del incienso que arde. El amor y la cólera luchaban entre sí en su interior...

Súbitamente, en la retaguardia de su mente, resonó un tintineo de advertencia.

Volvió a la sala de roca. Estaba como antes. Las antorchas seguían ardiendo y la bruma provocada por su aliento se alzaba tranquilamente en el aire inmóvil. Pero había algo más. Mientras soñaba despierto, las profundas aguas de algún peligro invisible habían aparecido en la puerta de la habitación. Lo que fuera se envolvía en la oscuridad, justo en los bordes de los límites de su visión. Y, en aquellas aguas profundas, había algo que se movía.

Era Nidhug y su escamosa familia.

No eran reales. Sólo ilusiones, como el agua que hacía de la sala una isla asediada. Paul lo entendió con rapidez y certeza. Los cerebros de la Hermandad del Chantre parecían capaces de tales trucos para inundar la roca sólida (que para él era transparente) con emanaciones de miedo representadas por aguas profundas y secretas. Y, a través del miedo, bajo la apariencia de un monstruoso gusano escamoso, incluso le hacían dudar de sí mismo. Aquellas cosas eran proyecciones mentales, pero, no obstante, peligrosas. El miedo puede originar un peligro mortal para la mente, y la duda de uno mismo puede provocar la autodestrucción... Paul lo sabía. El conocimiento puede ser un escudo; la sabiduría, un arma; pero se necesita algo únicamente humano para poder emplearlas.

Liberó su energía. La creciente marea del miedo se introdujo en la habitación. Si permitía que sus sentidos cedieran ante el fantasma, podría llegar a verla como una marea gris de plata brillante, lanzando sus manos oscuras a lo largo de las hendiduras del rugoso suelo. Nidhug y sus hijos estaban muy cerca de él.

El gong resonó por segunda vez.

Las aguas subían, como un torbellino, en la sala. Le llegaron a las rodillas... hasta el pecho, y, en pocos segundos, le alcanzaron la garganta. Remolinearon por encima de su cabeza. Y ascendieron hasta el techo. La habitación estaba anegada.

Con su macizo cuerpo junto a la entrada, Nidhug preparó el momento de su acercamiento final. Se elevó como un demonio saliendo de la oscuridad y, un segundo más tarde, su horrible máscara cerraba la entrada del cuarto.

Alzando la pica, protegiendo el cuerpo detrás del escudo, Paul avanzó a su encuentro. Como en una pesadilla, las aguas del miedo frenaron su estocada y prestaron una lentitud de sueño. La punta de la pica se deslizó y rebotó en la cara del torturado dragón.

Pero los músculos hiperdesarrollados del brazo de Paul, al representar al propio Paul, constituían algo más que una fuerza ordinaria. La punta de la pica, rebotando, labró un profundo surco desde la retorcida mandíbula hasta los fijos ojos, y un río de sangre roja y brillante manó de ella y ensombreció la atmósfera de la estancia.

En aquellas tinieblas, la batalla era indistinta. Pero, gradualmente, Paul comprendió que se trataba de una competición que él perpetuaba por el simple hecho de combatir. El camino de la victoria consistía en negar la existencia del adversario. Se echó a reír.

Tiró a un lado el escudo y la pica.

Con la velocidad de un tren expreso, Nidhug saltó sobre él. Las mandíbulas totalmente abiertas, monstruosas, junto a su rostro, parecieron cerrarse sobre la sustancia tan espesa como una pared que les separaba. Y la criatura se desvaneció.

Las aguas refluyeron lentamente. En la lejanía, los primeros sonidos temblorosos del tercer golpe del gong se alzaron y llegaron a oídos de Paul.

En aquel preciso momento, durante una fracción de segundo, cuando el dragón y las aguas hubieron desaparecido, algo real y mortal apareció y se extendió.

Aquello llegó desde una distancia que, comparada con la de las estrellas más lejanas, correspondía a un solo paso de un largo viaje. Aquello llegó a una velocidad que, de ser comparada con la velocidad del pensamiento, hacía esta última despreciable. Aquello llegó por el camino oscuro y pavimentado con el que Paul soñó mientras volvía al hotel en el día en que viera al Nigromante por vez primera. Aquello era ciego y joven y todavía no estaba completamente formado, pero Paul reconoció en ello a su enemigo sin armadura. Y aquello golpeó.

El golpe hizo caer a Paul de rodillas —como si un gigante hubiera golpeado a un niño con una espada de acero—, pero el golpe resonó como si fuera acero contra acero al estrellarse en su ego invencible. Durante un momento, las fuerzas se equilibraron, hasta que la última onda sonora del gong cerró la puerta por la que lo desconocido había pasado durante un microsegundo. Paul se quedó de rodillas en el suelo rugoso; libre, pero cegado.

La visión de Paul volvió a él para mostrarle un techo blanco por encima de la

cama en la que se hallaba tendido. Era vagamente consciente del hecho de haber sido llevado hasta allí.

El rostro de Jase se dibujó vagamente por encima suyo. Era más afilado y rudo que nunca, pero Paul sintió un toque cariñoso que antes no había percibido. Junto a la del Nigromante, se encontraba la cara con blanco bigote de Heber, con expresión preocupada.

—La reacción se produjo cuando todo terminó —explicó Jase—. No esperábamos que le pasase.

Paul concentró la mirada en el rostro del Nigromante. Luego, frunció el ceño.

—Lo que seguro no esperaban es que me mantuviera en pie —dijo.

Fue Jase quien frunció el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó—. Pero, si pudo aguantar todo lo anterior, ¿cómo explicar el desvanecimiento cuando todo hubo terminado?

Paul afrontó el problema. Jase y los otros observadores parecían ignorantes de la realidad. Cerró los ojos con cansancio y cierta amargura, pues sentía que el inicio de la comprensión nacía en él; y, al descubrirlo, supo que la comprensión, como el dinero, no siempre da la felicidad.

—Naturalmente —reconoció—. Debe tener razón. Es una sencilla reacción.

Capítulo 12

Una semana más tarde, vestido con un pantalón y una chaqueta normal, Paul se sentó con otros tres miembros de la Hermandad en una sala de conferencias de la parte ortodoxa de la Estación Trampolín. El orador era un hombre joven y atlético de cabellos cortos, cuya edad era aproximadamente la de Paul. Incluso más joven que sus dos compañeros, que parecían de un modo desconcertante vendedores bien alimentados de unos treinta años. La única cosa que les diferenciaba era que uno de ellos, que olía fuertemente a loción de afeitar, era dos veces más grueso que el otro.

—No se pueden *enseñar* las Leyes Alternas —empezó el instructor, medio inclinado sobre el borde de la mesa y mirando a los profundos y confortables asientos en los que los cuatro asistentes se sentaban—. Tampoco se puede *enseñar* la posibilidad esencial de crear arte, o la convicción esencial de una creencia religiosa. ¿Significa algo para vosotros?

—¡Ah, enseñanza! —dijo el cuarto miembro del grupo, un joven de rostro agradable, cabellos castaños y una grave voz acampanada totalmente inesperada—. ¡Cuántos crímenes se cometen en su nombre!

Puesto que no había hablado antes, los otros, incluido el instructor, se quedaron un poco desconcertados, no sólo por lo que acababa de decir, sino también por el volumen y el tono de su voz. El joven sonrió.

—Es muy cierto —replicó el instructor tras un breve silencio—. Y lo es también para las Leyes Alternas. Simplifiquemos las Leyes hasta un punto ridículo y digamos que expresan un método empírico que, aplicado de determinada forma a alguien en particular, puede que no resulte lo mejor para él. En otros términos, si quieren alcanzar la cima de una montaña y ven un camino ancho, bien delimitado y practicable que conduce a ella, el último camino que deberían escoger para hacerlo sería ése.

Se calló durante un instante. Todos le miraron, esperando.

—No —dijo—. No les diré por qué. Eso sería enseñarles. La enseñanza sólo es buena para los maestros, no para los inventores. Estamos en una época —la única para la Hermandad— en la que todo puede considerarse como un juego de preguntas-y-respuestas.

Les miró.

—Si quieren, pueden intentar *decirme* por qué.

—¡Ah! —dijo el que parecía un vendedor y que olía a loción de afeitar. Exclamó la interjección con brío y todos pudieron darse cuenta de que su voz, aunque fuerte y determinada, no era baja, ni parecía una campanada—. Yo... bueno, entiendo que las Leyes Alternas son de naturaleza parapsicológica. Puede que esa implicación con lo ordinario, por decirlo de algún modo... bueno, científico, tenga un efecto inhibitor sobre la persona —hablo de una persona de naturaleza diferente— capaz de obtener ciertas ventajas de las Leyes Alternas. —Inspiró brevemente—. Podríamos decir, su

diferencia esencial.

—No —respondió el instructor amablemente.

—¿No? ¡Oh! —contestó el otro. Se echó hacia atrás, se aclaró la garganta, cruzó las piernas, sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó estrepitosamente.

—La zona parapsicológica —continuó el instructor— es solamente una pequeña porción del universo del tiempo y el espacio. Las Leyes Alternas la cubren, y cubren mucho más.

—Quieren decir lo que dicen, ¿no es verdad? —preguntó el pequeño vendedor de un modo inesperado—. Las Leyes Alternas... otras leyes. Y el único modo de encontrar otros caminos es destruir deliberadamente el camino marcado.

—Exacto —contestó el instructor.

—Es creativo —prosiguió el joven de voz grave.

—Y cierto —replicó el instructor. Recorrió a los asistentes con la mirada, de izquierda a derecha—. Ninguno de ustedes habría llegado tan lejos de no haber demostrado alguna aptitud en el dominio de las Leyes Alternas. Esa actitud puede ser parapsicológica... por ejemplo, teleportación. También podría tratarse de alguien que escribe una poesía verdaderamente creadora. Incluso podría tratarse de una sensibilidad particular en lo relativo a las necesidades de las plantas. No tengo intención de dar la impresión de que la creatividad es el único objetivo de las Leyes Alternas, o incluso su clave.

—¡Ah! —dijo el vendedor sordo separando las piernas con determinación—. Seguramente no esperarán de nosotros que nos contentemos con escribir poemas y hacer crecer las plantas... ni siquiera teleportarnos.

—No —respondió el instructor.

—En ese caso... bueno, puede que lo que quiere decir es que —continuó el vendedor alto, a quien la transpiración empezaba a chorrearle de las cejas— esas cosas, aunque pueden serlo, son sólo una parte de las Leyes Alternas. ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué vamos a probar? ¿Qué vamos a obtener?

—Sí —contestó el instructor—. Muy bien. Pero no es una respuesta completa en modo alguno.

—No, no, naturalmente —siguió el vendedor alto ruborizándose y sonriendo, sacando otra vez el pañuelo. Se sonó estrepitosamente y pareció que un soldado tocaba la trompeta.

—... No es una respuesta completa en modo alguno —repitió el instructor—. De hecho, ¿existe una respuesta completa? No lo sé.

Cada uno lo entiende a su manera. Sin embargo —añadió, levantándose—, creo que ya hemos discutido lo bastante de un tema al que podríamos dedicar toda la vida. En la medida, naturalmente, de que no hemos causado ningún daño al poner en su sitio algunos conceptos artificiales. Recuerden una cosa —su voz y sus modales cambiaron súbitamente; era casi como si con el brazo se hubiera ocultado tras una capa invisible—: la vida es una ilusión. El tiempo, el espacio y todas las cosas son

ilusiones. No hay nada más que las Leyes Alternas.

Dejó de hablar bruscamente. Los alumnos se levantaron automáticamente y empezaron a dirigirse hacia la salida. Mientras Paul se disponía a imitarles, sintió que el instructor le tocaba el brazo.

—Sólo un minuto. —Paul volvió la cabeza. Esperaron a que los otros tres dejaran la habitación—. No ha dicho ni una palabra.

—Así es —contestó Paul—. No he dicho nada.

—¿Le puedo preguntar por qué?

—Si mis recuerdos son acertados —replicó Paul—, la palabra clave del libro de Walter Blunt es destrucción.

—Sí, exactamente.

—Y, sin embargo —continuó Paul bajando la vista a la cara del instructor—, hemos hablado de creatividad.

—Mmm —musitó el instructor agachando la cabeza pensativamente—. Ya entiendo. Tiene la impresión de que alguien miente.

—No —respondió Paul. Sintió un cansancio que no era totalmente físico—. Es, simplemente, que no había nada que decir.

El instructor le miró.

—Me ha desconcertado —dijo—. No le entiendo.

—Quiero decir —respondió Paul pacientemente— que no era útil decir nada.

El instructor volvió a sacudir la cabeza.

—No entiendo nada —concluyó—. Pero, de todos modos, está muy bien. —Sonrió—. En el Gremio se dice: Si estás en la, verdad, no es necesario que se la expliques a los demás.

Le dio a Paul una palmada en el hombro.

—Vámonos, muchacho —dijo. Y, con aquellas palabras, salieron de la habitación.

Al volver a su cuarto, como Jase le había aconsejado que hiciese cuando no hubiera nadie más ocupándolo, Paul cruzó la crujía que se extendía por encima de la sala de descanso en la parte ortodoxa de la Estación. Sólo tenía una vaga noción de lo que pasaba en el acelerador de tres niveles que se deslizaba a lo largo de un cuarto de milla por la vasta caverna de cinco niveles de alto, con consolas de equipo rodeando su centro tubular. Según las noticias e informes de las revistas, tenía una idea general de su funcionamiento, y sabía que era una especie de lanzadera, un punto energético de alto nivel que iba y venía a lo largo de una línea de energía en descenso continuo hasta que la velocidad del punto estuviera a un paso tan sólo por debajo de la velocidad de la luz. En aquel momento, se «rompía» y se convertía en un punto de no-tiempo que seguía el mismo camino. Aquel punto de no-tiempo estaba perfectamente sincronizado con otro punto de no-tiempo que se encontraba en el Cuartel General del Complejo Mundial de los Ingenieros, creando un camino de

instantaneidad: la transmisión instantánea entre los dos puntos.

Puesto que el punto de no-tiempo tenía una dimensión universal, podía, gracias a un proceso técnico complicado, ser utilizado para transportar objetos de cualquier tamaño desde la estación primaria, en la Tierra, a la secundaria, en Mercurio. Por alguna razón, era necesario que hubiera una distancia mínima crítica entre las estaciones Marte y Venus, por ejemplo, estaban demasiado cerca de la Tierra. Se realizaron varias tentativas entre los dos planetas, pero fracasaron todas ellas. Sin embargo, al menos teóricamente, el Proyecto Trampolín habría podido ser alimentado directamente de todo lo necesario por el Complejo Mundial de los Ingenieros. En la práctica, no era así, pues sus funciones sobre Mercurio consistían en realizar experimentos sobre el procedimiento y el camino de transmisión. Como resultado de todo ello, la mayor parte de las necesidades materiales de la Estación quedaban aseguradas por los materiales provenientes de la corteza superficial de Mercurio. Era igualmente posible, no teórica, pero sí prácticamente, enviar criaturas vivas, incluidos seres humanos, utilizando el mismo procedimiento. No obstante, los que lo intentaban invitaban a bailar a la locura... incluso a la muerte, debido al impacto psíquico; y, lo que es más, los que escapaban de aquellas dos terribles posibilidades, nunca volvían a intentarlo. Aparentemente, lo que experimentaban en el transmisor era un momento durante el cual el tiempo quedaba anulado mientras ellos permanecían en plena posesión de su consciencia, sintiéndose dilatados hasta proporciones infinitas y luego recondensados en la terminal receptora. Utilizar los sedantes y anestésicos conocidos no valía de nada... simplemente, parecían garantizar un nivel fatal de impacto. Se decía que la medicina trabajaba sobre cierto número de drogas que prometían algo, pero no había ninguna esperanza inmediata de descubrir una específica.

Entre tanto, se lanzaron satélites a velocidades inferiores a la luz con destino a los sistemas que rodeaban las estrellas más próximas. Las naves llevaban equipo automático capaz de colocar estaciones receptoras secundarias como bases planetarias. De aquel modo, cuando la medicina lograra descubrir alguna droga específica, el sistema que permitiría la transmisión ya estaría en marcha.

Todo aquello afectaba a Paul muy de soslayo. Simplemente, mientras cruzaba las instalaciones, recibía una emanación de excitación suave y agradable, semejante a la electricidad estática que precede a una tormenta, procedente no sólo del exceso de ionización, sino también del contraste chocante y súbito entre la oscuridad y la luz, de las nubes negras que se acumulan en una parte del cielo, de los relámpagos, del gruñido de los truenos rebotando en las nubes y las oleadas de aire frío lanzadas por el viento.

Penetró en una zona de corredores más pequeños. Franqueó las dobles puertas herméticas del recinto transparente que alojaba la piscina. Debido a la relativa rareza del agua, construyeron aquella instalación bajo la forma de un sistema cerrado e independiente con una gravedad artificial que permitía nadar y lanzarse al agua como

en la Tierra. Kantele estaba sola en la piscina. Mientras bordeaba el estanque, la vio alejarse graciosamente hacia la parte más profunda. Se detuvo para verla nadar, sin que ella pudiera notarlo. No parecía tan endeble en traje de baño. Durante un momento, le invadió un sentimiento de soledad.

Echó a andar antes de que ella le descubriese. Cuando llegó a su habitación, se encontró con una nota pinchada en la puerta: *Orientación: sala 8, nivel 18, después de comer, a las 13:30.*

El curso de orientación se desarrollaba en un lugar distinto de la sala de conferencias. El hombre encargado de ellos tendría unos sesenta años y se comportaba como si llevase ya mucho tiempo en el cuadro del servicio académico. Se sentó en un estrado y miró a Paul y a los tres hombres que estuvieron con él en la conferencia de Leyes Alternas, y a otras seis personas, una de las cuales era una joven apenas recién salida de la adolescencia, no muy bonita, pero con la expresión sorprendentemente viva y feliz. El conferenciante, Leland Minault, así se presentó, no empezó con ninguna lectura. En lugar de eso, les invitó a hacer preguntas.

Primero hubo el clásico silencio inicial. Luego, uno de los cinco hombres a quienes Paul no conocía tomó la palabra.

—No entiendo la relación que existe entre la Hermandad del Chantre y el Proyecto Trampolín —dijo.

Leland Minault miró al que acababa de hablar como si lo hiciese a través de unas gafas invisibles.

—Eso es una declaración, no una pregunta —replicó.

—Muy bien —respondió el hombre—. ¿Está la Hermandad del Chantre a cargo de la responsabilidad de la Estación Trampolín o encargada de encontrar un medio de llegar a las estrellas?

—Ni lo uno, ni lo otro —contestó Minault.

—En ese caso —preguntó el otro—, ¿qué hacemos aquí?

—Estamos aquí —continuó Minault con lentitud, cruzando las manos sobre el vientre ligeramente prominente— porque una máquina no es un hombre, le pido perdón... —Inclinó la cabeza dirigiéndose hacia la única mujer del grupo—... un ser humano. Un ser humano, si es transportado a un lugar como Mercurio, en una instalación que parece en completa contradicción con su objetivo, tarde o temprano tendrá que preguntarse cuál es la conexión existente. Sonrió al hombre que había hablado y siguió: —Así que, cuando le conteste, podrá verse sorprendido y sentir cierta inclinación hacia algún pensamiento suplementario en lugar de registrarlo, sencillamente, como un pensamiento perfecto. Si se limitan a dar información espontáneamente, les pasará. Todos sonrieron.

—Muy bien —siguió el que había preguntado antes—, no importa quién de nosotros esté equivocado. Pero no me ha contestado.

—Totalmente cierto —reconoció Minault—. Bien, el hecho es que los seres humanos reaccionan de ese modo porque poseen una curiosidad innata. Una máquina —a la que pueden llamar, si lo desean, monstruo tecnológico— puede tener cualquier otra cosa, pero nunca podría poseer curiosidad innata. Ése es un don reservado a los seres humanos.

Hizo una nueva pausa. Nadie dijo nada. —Ahora —prosiguió Minault—, nuestro mundo se encuentra entre las fauces de un monstruo mecánico cuya cabeza —si quieren llamarla así— es el Complejo Mundial de los Ingenieros. Ese monstruo se opone a nosotros y puede vigilarnos continuamente a través de toda adquisición que podamos hacer con nuestras tarjetas de crédito, cada vez que utilicemos los transportes públicos o comamos algo, o alquilemos un lugar para vivir... así es y así será mientras sigamos en la Tierra. El Complejo de equipo de mantenimiento aquí en Trampolín es oficialmente una parte del Complejo principal en la Tierra. Pero, de hecho, no hay conexión más allá del punto de transporte y comunicación entre los dos planetas.

Sonrió dirigiéndose al grupo.

—Así que —continuó—, aquí, sobre Mercurio, evitamos las miradas bajo la cobertura de Trampolín. Pero su trabajo es nuestro trabajo... todo esto es una simple cobertura. Naturalmente, somos un «secreto a voces» para los trabajadores de Trampolín que no son miembros de la Hermandad. Pero una máquina, como ya he dicho, no reacciona como lo haría un ser humano. Si no ve nada, asegura que, sencillamente, no hay nada... nunca husmea por los rincones oscuros, porque *podría* encontrar algún enemigo.

Se alzó una mano. Volviendo ligeramente la cabeza, Paul vio que se trataba de la joven de aspecto agradable.

—¿Sí? —dijo Minault.

—Eso no tiene sentido —observó la mujer—. El Complejo Mundial de los Ingenieros es dirigido por hombres, no por máquinas.

—¡Ah! —replicó Minault—. Pero usted presupone que el Ingeniero Mundial y su estado mayor están bajo control. Ahora bien, no lo están. Son controlados por la física de nuestro tiempo, que a su vez es controlada por el Complejo Mundial —por darle un nombre conocido— sin el que nuestra sociedad no podría existir.

La joven frunció el ceño.

—¿Quiere usted decir... —dudó durante un momento antes de meterse en las frías aguas de su declaración—... que el Complejo Mayor está dotado de *inteligencia*?

—¡Oh! ¡Estoy completamente seguro de que podemos afirmarlo! —replicó Minault de buen humor—. Un montón ingente de conocimientos, naturalmente, pero pese a todo, algo semejante a una inteligencia determinada. Pero me parece que no era eso lo que quería decir. Lo que quería usted saber es si el Complejo Mayor —el Super Complejo, como le llama mucha gente— tiene un yo, una identidad consciente

y una personalidad propia.

—Bueno, sí... —titubeó la joven.

—Eso me parecía. Bien, señora y señores, la respuesta es sorprendente. Sí, el Complejo posee todo eso.

Los miembros del auditorio, confortablemente instalados en los asientos para asistir al diálogo socrático establecido entre el señor Minault y la joven, se desazonaron súbitamente, se agitaron y emitieron un murmullo de incredulidad.

—¡Oh! No en el sentido humano —dijo Minault, agitando la mano para que recuperasen la calma—. No tengo intención alguna de insultar su credulidad. Pero todos deberían saber que, tarde o temprano, se alcanzará un punto de complicación en el cual será necesaria una cierta cantidad de poder de razonamiento elemental para la máquina. De hecho, ¿por qué no? Es muy cómodo tener una máquina que puede razonar y que, consecuentemente, se protege de sus propios errores.

—¡Ah! —dijo el compañero que parecía un gordo representante del comercio—. En ese caso, no consigo ver el problema... porque, bueno, el problema implica un asunto de control, algo que queremos evitar. ¿No es así?

—Estaba explicando —continuó Minault mirando al hombre— la personalidad del Complejo Mayor.

—¡Ah! Ya veo —dijo el hombre, volviéndose a sentar. Se sonó.

—Su pregunta era interesante —aseguró Minault—, pero un poco prematura. De momento, deben entender lo que quiero decir cuando hablo de una máquina. Piensen en los Complejos crecientes que hay sobre la Tierra dirigidos por computadoras, como si fueran animales que tienen que ejecutar cada vez más trabajos para que la humanidad siga viva y en buen estado; crecen hasta que una cierta cantidad porcentual de razonamiento independiente puede serles integrada, de modo que así se podría evitar la lluvia sobre California si ese hecho pudiera más adelante causar tormentas que afectasen a la cosecha de trigo en Canadá. Si las cosas están en ese punto, ¿cuál será el siguiente paso evolucionario?

—¿El instinto de autopreservación? —preguntó interesada la joven, mientras el gordo preparaba la garganta para emitir un nuevo «¡Ah!».

—Totalmente exacto.

—¡Ah! Me parece que eso concierne a las acciones humanas que no estén conformes con el razonamiento... ah... como arena en un motor, ¿no?

—¿Sería imaginación? —preguntó la mujer.

Ella y el gordo miraban fijamente a Minault, que estaba sentado tranquilo sin dejar de observarles.

—No hablo de verdadera imaginación —siguió la joven—. Se trataba de una imagen.

—Una imagen excelente —confesó Minault—. El Complejo Mayor es algún tipo de monstruo benévolo cuyo único deseo es ahogarnos con un exceso de servicio y protección. Posee cierta especie de inteligencia mecánica, un instinto que le impulsa a

protegerse a sí mismo así como a su posibilidad de seguir encargándose del control del material humano. Y eso no nos concierne sólo a nosotros, miembros de la Hermandad del Chantre, sino también a todos aquéllos cuya independencia se manifiesta por la ingestión de drogas, o porque disfrutan de las sociedades de culto, o cualquier acción no planificada por las máquinas que pueda parecer arena en un motor. Arena que, un día, será cuidadosamente eliminada.

Miró al fondo de la sala, tras el grupo de oyentes.

—¿Sí? —preguntó.

Paul, volviendo la cabeza, vio al joven de piel morena que, de pie, tenía las manos detrás de la espalda.

—Me parece —empezó— que es casi estúpido ganarse todos estos problemas simplemente para oponerse a un montón de equipo, sea cual sea su complicación.

—Mi querido y joven amigo —le dijo Minault—, nosotros, los miembros de la Hermandad, no nos oponemos a un montón de equipo. Nos oponemos a una idea —una idea que se desarrolla desde hace varios centenares de años— según la cual la felicidad para la raza humana consiste en complicarla cada vez más estrechamente en las ataduras de una civilización tecnológica. —Se levantó—. Me parece que tienen bastante de momento. Sugiero que reflexionen sobre todo ello.

Bajó del estrado y se dirigió a la puerta. Los oyentes se levantaron también y empezaron a salir. El orden de la habitación se transformó en murmullo de conversaciones y en personas que iban hacia la salida. Mientras Paul cruzaba la puerta detrás de Minault, vio que la joven agarraba al gordo por la manga.

—Me parece que te has equivocado en lo relativo al poder de imaginación que supones tiene el Complejo Mayor —dijo severamente la mujer.

Capítulo 13

—¿Ha manejado explosivos? —le preguntó el delgado instructor de rostro cobrizo. Tenía en la mano una bola de plástico explosivo adhesiva con una mecha de combustión de tres minutos.

—Sí —respondió Paul.

Estaba en el borde de un precipicio, en la garganta de una montaña simulada de un modo especialmente realista. A través de la garganta, de unos quinientos pies de anchura, había un puente fabricado con secciones de aleación de magnesio. El extremo del puente junto al que se hallaban Paul y el instructor se encontraba anclado en un soporte de madera y piedras amontonadas. El soporte alcanzaba cincuenta metros más allá del precipicio.

—Esta cantidad de explosivo —dijo el instructor alzando la mano— puede ser transportada imperceptiblemente en una maleta, de tal modo que dé la impresión de estar llena. La carga es lo bastante potente como para poder cortar dos o tres vigas como éstas o uno o dos elementos metálicos como los que están a la vista. ¿Cómo se las arreglaría para destruir por completo el puente empleando esta cantidad de explosivo?

Paul miró el puente nuevamente.

Durante los nueve días que habían pasado desde su primera lección, estuvo asistiendo a cierto número de *sesiones* —no se le ocurría otra palabra que poder emplear—. Era como un curso en el que impartieran clases sobre una extraña variedad de temas, algunos de los cuales parecían no tener ninguna relación con la Hermandad del Chantre. La mayor parte de las lecciones no duró más de veinte minutos, y la información que recibía en cada una de ellas le resultaba vagamente oscura. De hecho, todavía ignoraba si el objetivo de las lecciones era informarle o probarle ante el auditorio de compañeros que, efectivamente, nunca eran los mismos. Paul, secretamente, era de la opinión que las reuniones eran tanto para una cosa como para la otra; y, probablemente, también para estimularle y confundirle, pues algunas sesiones parecían carecer de sentido.

Y la lección que recibía en aquel momento —él solo con el instructor, el explosivo y el puente en las montañas simuladas de la Tierra—, ¿era instructiva, un examen, una tontería o... alguna otra cosa? El simulacro era magnífico. La escena que pretendía representar era claramente falsa, pues no se podía olvidar el hecho de que se encontraban en las profundidades de Mercurio. Lo que veían los ojos de Paul era una garganta profunda de, por lo menos, ochocientos pies, de la que provenía el distante murmullo de un estrecho arroyo de montaña que se sumergía hacia niveles inferiores. Lo que respiraba era el aire seco y enrarecido de las alturas que aparentaba el paisaje. El cielo no tenía nubes.

La pregunta era la siguiente: ¿qué había de real, qué había de falso? Porque, si el bloque de plástico explosivo era real, sería necesario que las Leyes Alternas

demostrarán la razón por la que él mismo y el instructor sobrevivirían a la explosión.

Paul plantó la mano sobre el soporte de madera y miró por el borde del acantilado. Su mirada se hundió en las profundidades llenas de bruma. La distancia era tan vertiginosa que la podía percibir sin necesidad de verla. Pero cuánta era, no podía calibrarlo. Y, bajo su mano, los materiales del puente parecían sólidos, pero aquello era un engaño.

—Bien —siguió Paul—, no soy un experto en puentes. Pero me imagino que bastará con volar este extremo para que caiga. Si se hace, la explosión arrancará el otro extremo y todo el puente caerá en la garganta.

—Es bastante lógico —replicó el instructor—. ¿Cómo se las arreglaría para volar este extremo?

—Me parece —continuó Paul señalando el punto en que el soporte se unía a una viga metálica con forma de T a cincuenta pies del borde del acantilado— que si provocamos una explosión aquí y cortamos el travesaño, provocaremos un derrumbe que arrancará ese otro travesaño. Y toda esta parte del puente se derrumbará.

—Muy bien. —El instructor le pasó a Paul el bloque de explosivo—. Vamos a ver cómo se las arregla.

Paul miró el puente nuevamente. Se metió el bloque de plástico en la cinturilla del pantalón y empezó a trepar por las vigas del soporte. La ausencia de un segundo brazo le molestaba, pero no tanto como le habría podido parecer al instructor. La fuerza del brazo que le quedaba le permitía levantar el peso de su cuerpo en ángulos imposibles para un escalador que, como él, no estuviera mutilado. Cuando llegó a la base de las vigas, se detuvo, simulando descansar pero, en realidad, pensando.

El puente seguía pareciendo un equívoco. Tranquilamente, arrancó un remache de la viga en que se encontraba y lo dejó caer al vacío. Lo perdió de vista a treinta o cuarenta pies bajo él. El vacío, por lo menos, era real. Miró una vez más el lugar en que debía colocar el explosivo.

Era exactamente sobre la viga del extremo del soporte. Tendría que ponerse encima de la traviesa y colocar el plástico en la parte superior de la viga, donde se encontraba con el travesaño con forma de T. Siguió avanzando. Escaló el travesaño y avanzó sobre él hasta que se encontró por encima del soporte. Agarrándose al travesaño, movió con cuidado los pies hasta que los apoyó con firmeza.

Tan discretamente como pudo, cerró la presa de su única mano sobre la traviesa y dejó que todo su peso se apoyara en la viga. Hubo un súbito sonido de madera desgarrada. La viga se hundió y se encontró colgando en el vacío. Bajo él, vio cómo caía la viga en la que se había apoyado. Rebotó y desapareció súbitamente a unos sesenta pies por debajo suyo. Colgado, miró al lugar en que la viga debía unirse a la traviesa con ayuda de un collarín de metal sujeto por cuatro enganches de aleación de magnesio.

No había marcas ni de agujeros para los enganches ni de trozos de éstos que pudieran haberse roto. Todo lo que se podía ver era el extremo roto de un pasador de

madera de un diámetro de un cuarto de pulgada.

Paul se encaramó sobre la viga en T. El puente permanecía firme y seguro; evidentemente había sido equilibrado, aunque de un modo relativamente distinto a como parecía estarlo. Se volvió junto al instructor, sobre tierra firme, y le pasó el bloque de plástico.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Bien —respondió el instructor—, vamos a ir a las oficinas. No sé lo que dirá su maestro... naturalmente, es él quien juzga. Pero, en la medida que me concierne, yo diría que está usted adelantando mucho.

Se alejaron del decorado simulado y se dirigieron hacia la Estación real, donde tomaron un ascensor que les subió por unos cuantos niveles. Paul tuvo la impresión de que si no estaban en la superficie, debían andar muy cerca. Y aquella impresión quedó justificada dos segundos más tarde, cuando penetraron en una amplia sala de espera que no contaba con una pantalla de visión, sino con una auténtica ventana desde la que se veía el crepúsculo amarillo y los jardines de la superficie mercurial dispuestos alrededor de la Estación.

Jase estaba allí, en compañía de Heber, el miembro no inscrito de bigote blanco, y dos hombres a quienes Paul no conocía. El instructor hizo esperar a Paul unos minutos, mientras hablaba con los cuatro hombres con una voz lo suficientemente baja como para que no fuera audible. Al fin, Jase se acercó solo, mientras el instructor y los otros dos hombres se dirigían hacia las oficinas que había al otro lado de la sala. A juzgar por su conversación, perfectamente audible al final, se dedicaron a estudiar los informes de todos los que estaban siendo examinados.

—Acérquese a la ventana —le pidió Jase. Paul le siguió. El taciturno y delgado joven estaba más relajado que nunca, aunque seguía andando como si fuera un gato de caza—. Siéntese.

Paul se sentó en un sillón bajo y confortablemente mullido. Jase se colocó enfrente.

—Desde cualquier punto de vista que se miré —le dijo Jase, cuyos profundos ojos negros miraban a Paul atentamente—, es usted un miembro de pleno derecho de la Hermandad del Chantre. Antes de venir a verme, pudo usted darse cuenta de cuál era el punto de vista psiquiátrico tanto en lo relativo a su brazo perdido como a usted mismo. Ahora, le daré mi propia opinión, la de alguien que está al corriente de lo que son las Leyes Alternas.

Se calló.

—¿Iba a decir algo? —le preguntó a Paul.

—No —replicó éste.

—Muy bien —continuó Jase—. Veamos. Usted posee cierto don relacionado con las Leyes Alternas que probablemente es de características parapsicológicas. Le dije

cuando nos vimos por primera vez —yo mismo tengo un don semejante en lo referente a juzgar el carácter de la gente— que en usted había algo que provocaba una sorprendente arrogancia.

Paul frunció el ceño. Casi había olvidado que el Nigromante le calificó de arrogante. Era la única cosa que no podía aceptar de sí mismo.

—Ahora entiendo completamente el que pueda ser usted tan arrogante —prosiguió Jase—. No tengo idea, lo mismo que cualquiera de nuestros miembros regulares, de las posibilidades o limitaciones de esa capacidad. Pero no tenemos duda alguna acerca de su naturaleza esencial. Su don consiste en utilizar las Leyes Alternas para objetivos de defensa casi totales. Hemos hecho cuanto hemos podido para matarle... sin restricciones. Usted ha salido adelante de un modo admirable. Dígame, ¿cree que puede explicarme con palabras cómo llegó a desconfiar del puente hace un momento? No le pido que me lo explique, sino si *podría* explicarlo.

—No —respondió Paul lentamente—. No, creo que no.

—A nosotros también nos dio la impresión de que no podría hacerlo. Bueno, lo que vaya a hacer en adelante con su don es cosa suya. Personalmente, pienso que si el injerto de un brazo izquierdo no funcionó en usted fue porque su capacidad defensiva lo consideraba como un peligro. Si descubre cuál es ese peligro, quizá pueda encontrar un medio para evitarlo de modo que el próximo brazo que injerten no resulte rechazado. Pero, como ya he dicho, es cosa suya. Sin embargo, hay algo más.

Dejó de hablar. Casi parecía indeciso; Paul nunca le había visto así.

—Como he dicho antes —siguió con una voz más lenta que de ordinario—, en todo, salvo en el título, es usted miembro de la Hermandad, No sólo hemos trabajado con usted aquí; también lo hicimos en la Tierra. Si vuelve a ella, tendrá que afrontar una investigación policial sobre la muerte de Kelvin Malorn, el hombre a quien le llevó la droga en el Kho-i-Nor.

—Tenía curiosidad sobre ese particular —dijo Paul.

—No tendrá que preocuparse más —replicó Jase—. La oficina de compras de la sección musical de la librería del Directorio del Complejo de Chicago tiene en sus archivos un registro que prueba que usted estaba comprando una grabación de canciones en el mismo momento en que moría Malorn. Le bastará con presentarse y añadir su testimonio a la prueba que está en el informe. Puesto que los informes los hacen las máquinas y se considera que a ellas no se las puede trucar, quedará libre de sospecha en lo relativo a la muerte de Malorn una o dos horas después de que llegue a Chicago.

—Entiendo. —Paul inclinó la cabeza—. Las canciones... ¿no serán acaso las de *En amorosa calma*, cantadas por Kantele?

Jase frunció el ceño.

—Sí —dijo—. De hecho, sí. ¿Por qué?

—Por nada —respondió Paul—. Las he oído, pero no todas.

—Era una elección natural —continuó Jase—. El registro dice que usted lo

compró siguiendo mis instrucciones. Es muy razonable, pues Kantele y yo somos viejos amigos y la canción fue escrita por Blunt de modo especial para ella. — ¿Blunt?

—Naturalmente. —Jase sonrió—. ¿No sabía que el Maestro de la Hermandad escribía música?

—No.

—Hace muchas cosas —dijo Jase, un poco seco—. Sin embargo, el hecho es que puede usted volver a la Tierra tan libre como siempre. No obstante, como miembro de la Hermandad, tendrá que ponerse a las órdenes de sus superiores, lo mismo que yo.

—Ya veo —replicó Paul, lúgubre.

—¿Sí? —preguntó Jase. Suspiró—. Me parece que no. ¿Me escucharía con la mente abierta durante cinco minutos?

—Claro —dijo Paul.

—Muy bien. El hombre moderno cayó con el Renacimiento. En aquel momento, había dos factores que actuaron como cebo. Uno, la actitud de investigación iluminada que hizo avanzar al pueblo por el camino de una sociedad y una civilización técnica. La ruta que se esfuerza por procurarle al hombre una casa, alimentos y felicidad gracias a la utilización de la máquina.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Paul.

—No, no —dijo Jase—. No hay nada malo en una aplicación protética, aunque no sea válida. Pero usted prefiere un brazo de carne y hueso a uno artificial, ¿verdad?

—Siga —le indicó Paul.

—Bien, el papel original de la máquina empezó a desnaturalizarse en la época de la revolución industrial. Se la consideró no como un medio para alcanzar un fin deseable, sino como una parte del propio fin. El proceso se aceleró durante el siglo XIX, y explotó en el XX. El hombre continuó pidiendo más servicios de parte de la tecnología, y ésta siguió dándoselos... pero siempre al precio de unos pocos poderes individuales del hombre. Al fin —en nuestra época—, nuestra tecnología es casi una religión. Ahora estamos atrapados en su interior. Y eso nos debilita hasta tal punto que hemos llegado a decir que es la única manera de vivir. Que no hay ninguna otra.

—Yo... —empezó Paul, que se calló en el acto.

—Sí, «yo» —dijo Jase—. El arrogante «yo», con las cualidades de lo que quiere sobrevivir. Pero las otras personas no son como usted.

—No era eso lo que pensaba decir —observó Paul.

—No tiene importancia —replicó Jase—. Lo que importa no es usted, sino el mundo, que está a merced de un sistema tecnológico que crece sin cesar.

—Al que la Hermandad quiere atacar.

—¿Atacar? —dijo Jase—. La Hermandad del Chantre fue creada por Walt Blunt para proteger a sus miembros de los ataques del sistema tecnológico.

—Lo que dice usted —indicó Paul— es que sus miembros han creado algo

distinto del sistema tecnológico.

—Exactamente —respondió Jase con tranquilidad—. Lo han hecho. ¡Y también usted lo hará!

Paul miró al Nigromante con penetrantes ojos, pero la sombría cara era tan indescifrable como siempre.

—Le dije que durante el Renacimiento surgieron dos cuestiones fundamentales —siguió Jase—. Una constituyó las raíces del sistema que ha conducido a nuestra civilización técnica; el sistema pretende que el hombre sólo puede vivir de un modo y es enlazado con la máquina. La otra dice que, de todos los demás sistemas, el único válido es el principio de la libertad que yace en la base de las Leyes Alternas. La primera hace del hombre un ser inferior; la segunda reconoce su superioridad.

Miró a Paul como si esperase una protesta por su parte.

—No estoy en desacuerdo con la idea de la superioridad —dijo Paul.

—Están unidas pero sólo unos pocos pueden verlo —siguió Jase—. Mientras todo el mundo se dedicaba a convertir la máquina en un dios, algunas personas dotadas de genio demostraban que el hombre había alcanzado ese nivel de deidad hace mucho tiempo. El genio trabaja en cada generación... y lo hace de acuerdo con las Leyes Alternas. Pero, tras cierto tiempo, la máquina consiguió músculos suficientes para empezar a poner trabas al genio... y eso nos hizo llegar al momento actual, Paul.

—Siempre llegamos al mismo sitio —contestó Paul, sin poder evitar una leve sonrisa.

—Creí que me había prometido escuchar con la mente abierta —dijo Jase.

—Perdone.

—Muy bien —comentó Jase—. Dígame una cosa. Imagine a alguien perteneciente a la generación cincuenta años anterior a la nuestra, cuyas capacidades e inclinaciones le hicieran poseer algo más o algo diferente de lo accesible a la gran masa de seres vivientes de su tiempo. ¿Qué pasaría?

—Escucho —replicó Paul— con la mente abierta.

—Puede dejarse llevar por la actitud general y ser esencialmente destruido, negando sus propias posibilidades. O puede elevarse por encima de los demás y seguir a flote gracias a la fuerza pura que procura una posibilidad suplementaria muscular. ¿De acuerdo?

Paul asintió.

—En otros términos, puede perder o ganar su propia batalla personal en contra de la opinión de la masa viviente de su época. En uno u otro caso, resuelve el problema.

—Jase miró a Paul, que de nuevo asintió con la cabeza.

—Pero, en nuestra época —continuó Jase—, tal persona no se enfrenta a las opiniones y actitudes de sus semejantes. Se enfrenta a una actitud determinada bajo la forma de un monstruo mecánico con el que no se puede razonar, y al que no se puede asustar. No puede ganar por lo mismo que no se puede atacar un tractor con las manos desnudas. Al tractor no se le puede someter porque el tractor no concibe la

sumisión. Sólo comprende lo que es un trabajo acabado.

Jase se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas. Su emoción llegó hasta Paul tan aguda como una flecha.

—¿No lo entiende? —le preguntó el Nigromante—. La Hermandad del Chantre fue creada porque el sistema tecnológico de nuestro tiempo intentaba matar a la gente que ahora pertenece a la Hermandad, lo mismo que a los que se les pudieran parecer... —Sus ojos, que miraban a Paul fijamente, centellearon—. ¡Lo mismo que intentaron matarle a usted!

Paul le devolvió la mirada durante un rato.

—¿A mí? —preguntó finalmente.

—La ausencia de datos cuando salió con el barco —dijo Jase—. La desorganización temporal con que fue sorprendido por las vagonetas de la mina. El desajuste del coche que le hizo detenerse en medio de una calle por la que iba a pasar una sociedad caminante.

—Sí —añadió cuando Paul enarcó las cejas ligeramente—, alguien le sigue permanentemente desde el momento en que salió de mi casa la primera vez que nos vimos. Es el método habitual. —Sus labios se cerraron durante un momento—. Eso entra en el cuadro general del conflicto que impera entre *ello* y nosotros.

—Ya veo —replicó Paul, cuya mente se afanaba con un montón de cosas.

—Usted está ahora implicado con la Hermandad, le guste o no. Apreciamos su cooperación activa y eficaz. Si su don, bajo las Leyes Alternas, es lo que parece ser, usted resultará más valioso que nadie para la gente de la Hermandad.

—¿Por qué? —indagó Paul.

Jase se encogió de hombros un tanto irritado.

—No le contestaré... *ahora* no, naturalmente —dijo—. ¿Cómo podría? Usted mismo ha venido a la Hermandad... intente llegar al grado de Nigromante, maestro en el seno de la Hermandad. Le haremos un examen. Si sale con bien, en cierto momento del futuro descubrirá lo que puede hacer por la Hermandad. Lo sabrá de boca del único hombre que podrá darle órdenes cuando sea un maestro... del propio Maestro de la Hermandad, Walt Blunt.

—¿Blunt?

Paul comprendió que el nombre encajaba en todo lo relacionado con Mercurio y Trampolín. Sintió una oleada de pasión y una pena solitaria, y además la dura y apremiante firmeza de su ser interno instándole a encontrarse con Blunt cara a cara.

—Naturalmente —decía Jase—. ¿Quién más podría dar órdenes a los maestros? Blunt es nuestro general.

—Conforme —explicó Paul tranquilamente—. ¿Qué tengo que hacer?

—Bien —respondió Jase, separando las manos de las rodillas y levantándose—. Tengo que reconocer que ha sido su don lo que nos ha decidido. Hemos hecho cuanto estuvo en nuestras manos menos intentar matarle. Nos gustaría dar este último paso... hacer un esfuerzo con los recursos de la Hermandad, y ver si sobrevive.

Capítulo 14

Maestro y Nigromante sólo de nombre, y bajo la amenaza de una tentativa contra su vida en cualquier momento. Paul volvió a la Tierra y al Complejo de Chicago: ostensiblemente, de regreso de un paseo en barco por la zona de los parques naturales de Quetico Superior, a lo largo de la frontera canadiense, cerca del lago Superior. Fue detenido en la terminal exterior del Complejo, conducido a los Cuarteles Generales de la Policía, donde firmó una declaración acerca de sus movimientos mientras Malorn era asesinado por una o varias personas desconocidas. Un periodista especializado le siguió poco convencido mientras abandonaba en libertad las instalaciones policiales.

—¿Qué le parece —le preguntó el periodista caminando con largas zancadas al lado de Paul mientras éste se dirigía hacia los coches aparcados no lejos del Cuartel General de la Policía— no tener que enfrentarse a una posible sentencia de muerte?

—Dígame usted —respondió Paul, penetrando en un coche de dos plazas y alejándose de él. El reportero pensó en la respuesta durante un rato y luego la borró del magnetófono. Era demasiado sorprendente.

—Me siento más tranquilo, naturalmente —dijo ante el micrófono—. Sin embargo, conociendo los métodos y los modernos equipos de la policía, nunca tuve dudas en cuanto al hecho de que acabarían por persuadirse de mi inocencia.

Se volvió a meter el magnetofón en el bolsillo y volvió al edificio de la policía.

De parte de Jase, a Paul le dijeron que, en cuanto volviera a la Tierra, alquilase un apartamento cerca de la Plaza Suntden, y le aconsejaron que, de momento, se distrajera. Y lo hizo. Tras su llegada, siguieron varias semanas de casi vacaciones durante las cuales Paul se levantó tarde y paseó por el Complejo, dejándose embargar por su aroma y moviéndose entre la multitud, esperando a que cayera el golpe del hacha.

Pero no cayó. A Paul le parecía que le habían olvidado: que la Hermandad le había jubilado y apartado de su seno. Sin embargo, Jase, en las pocas ocasiones en que viera a Paul, en algunas de ellas en compañía de Kantele, parecía estar en constante actividad, sin turbulencias, pero a altas temperaturas. Durante una de sus visitas, Paul intentó averiguar un modo de entrar en contacto con Blunt. Jase le respondió sin la menor cortesía que cuando fuera necesario le darían la información correspondiente. Paul dedujo de ello que Blunt no tenía domicilio fijo. Su localización en cualquier momento era un asunto que dependía de su propia e inmediata decisión, y sólo personas como Jase o Kantele estaban al tanto de sus movimientos.

El lunes de la primera semana de mayo, Paul estaba cerca de Wisconsin Dell, dedicado, aparentemente, a la caza de ardillas. En gran medida había dejado de pensar conscientemente en la amenaza de muerte que pesaba sobre él, pero la parte de su mente que se preocupaba de tales cosas no la había olvidado. A medio día, se sentó

en el suelo, con la espalda apoyada en un arce plateado, medio dormido por el calor del sol de primavera que brillaba en un claro cielo azul, con unos cuantos periódicos y revistas. Sin embargo, dejó que el fusil le descansase en las piernas; a sus espaldas, había un escarpado risco de cincuenta pies de alto y, por delante, veía claramente entre los troncos de un bosquecillo de arces y álamos, un inmenso campo de tierra negra ligeramente manchado de verde por los brotes de trigo. Era una perfecta posición de defensa automática.

En los árboles de la pendiente había ardillas grises. Procuraron apartarse cuando Paul apareció, pero, como las *Sciurus carolinensis* no tienen fama precisamente por su carencia de curiosidad, no tardaron en empezar a moverse y jugar cerca de donde se encontraba, totalmente inmóvil. En un momento dado, cuando Paul llevaba un par de horas leyendo, una de ellas —joven y arriesgada— reunió la audacia suficiente para acercarse a quince metros del humano y sentarse para observarle cara a cara.

Paul fue consciente de la atención que le prestaba el animal, pero le agradaba la idea de dejar que el animal siguiera haciéndolo. La última idea que se le pasó por la cabeza fue la de matar a la ardilla. Descubrió que era algo más que una convicción moral lo que le impedía hacerlo. Era casi como una autoamputación. Particularmente en aquel momento, cuando se había permitido el lujo de inmiscuirse en la vida y el ajetreo de la pequeña sección del mundo que le rodeaba. Se dejó llevar por la sensación de la tierra caliente, de la luz y del movimiento que había a su alrededor, y puso toda su atención en el proceso mental de estudiar el material de lectura que llevaba.

Aquel material consistía en una elección al azar entre las numerosas publicaciones que se vendían habitualmente, o que podían tomarse gratuitas. Pero su lectura le había impresionado. Se vio a sí mismo preguntándose cómo una voz universal como aquélla que podía expresar la desgracia del mundo no le había llamado la atención hasta entonces.

Las publicaciones estaban llenas de estadísticas de desgracias. Pruebas prácticas entre los alumnos de las escuelas revelaban que el ocho por ciento de los niños menores de ocho años estaban condenados a convertirse en deficientes mentales en la edad adulta. La tasa criminal mundial subía ininterrumpidamente desde hacía cincuenta años y, en el año precedente, había aumentado un veintitrés por ciento. Y aquello pasaba en un mundo donde a nadie le faltaba lo necesario, donde todos disfrutaban de las máximas comodidades y las ventajas de la vida. La tasa mundial de suicidios también era vertiginosamente elevada. La religión parecía algo común. La histeria que demostraban las sociedades caminantes era un ejemplo que aumentaba regularmente. La tasa de nacimientos, por el contrario, no dejaba de bajar.

Algunos artículos exponían la situación, otros proponían métodos de ayuda personal que permitían adaptarse al entorno. Y Paul observó, leyendo, que todo aquello se mezclaba con temas tales como los deportes, el humor, la ciencia, de tal modo que alguien que no quisiera darse cuenta podía ignorar las notas discordantes

de la sinfonía general de la vida moderna.

Y, sin embargo... Paul frunció el ceño. No creía lo que leía, lo que decía la gente. No creía que lo que podía verificar por sí mismo con ayuda de sus sentimientos no fuera otra cosa que un catálogo de desgracias. Un sonido débil, como un gemido. Pero ¿quizá falto de imparcialidad?

Dejó las revistas y periódicos a su alrededor y entornó los ojos bajo el sol que atravesaba las jóvenes hojas. Era consciente del peso del arma en los muslos, lo mismo que del débil crujir del follaje. La aventurada ardilla había sido seguida por dos congéneres, pero seguía en primera fila. Mientras Paul la miraba sin moverse, el animal dio un rápido salto hasta llegar a la punta de su bota izquierda y le examinó moviendo la nariz.

Las otras dos la siguieron. El hombre, se dijo Paul, salta como las ardillas, y cada nuevo descubrimiento es sólo para intentar darle la vuelta al mundo. Cada nuevo retroceso parece amenazar con la noche eterna. Miró las ardillas. Las tres examinaban la escopeta con pequeños y fascinados ojos negros. Intentó imaginar que él mismo era una ardilla, junto a ellas, y, durante un segundo, su punto de vista se sumergió en un mundo fantástico de columnas vegetales, un mundo compuesto de ataques y defensas, de sueño, hambre y cosas desconocidas.

Una nueva ardilla saltó hacia él desde la copa del árbol más próximo. Hubo un movimiento concertado y, cuando el recién llegado alcanzó a sus congéneres, todos, a excepción del primero, con un movimiento tan perfecto como antinatural, saltaron sobre el fusil. El arma se volvió y cayó, y el cañón se apoyó en la parte izquierda del pecho de Paul.

Y, en el mismo instante, la primera ardilla saltó hacia el gatillo del arma. Todo ocurrió en un único y explosivo momento. Con un movimiento frío y rápido, el brazo de Paul entró en acción en cuanto vio saltar a la primera ardilla. Sus largos dedos se encontraron con ella en el aire y la rompieron el cuello.

Los demás animales huyeron en todas direcciones. Luego, se hizo el silencio. Paul se encontró en pie, con el fusil y los periódicos a sus pies. No se veía ninguna criatura viva. Seguía sujetando al animal muerto en la mano.

El corazón de Paul latió salvajemente. Miró la ardilla muerta. Los ojos negros del animal, medio cerrados, habrían podido pertenecer a cualquier ser vivo obligado a enfrentarse desesperadamente con lo desconocido.

La herida de una amputación sangró en alguna parte del fuero interno de Paul. Su vista se enturbió. El sol desapareció de pronto detrás de una nube y el suelo del bosque adquirió un tono uniforme. Paul dejó el cuerpecito gris a los pies del arce plateado y le alisó el pelaje. Recogió el fusil por el cañón y se alejó entre los árboles.

Cuando llegó a su apartamento del Complejo de Chicago, Jase estaba esperándole.

—Felicidades —dijo—... Nigromante.

Paul le miró. Involuntariamente, dio un paso atrás.

Capítulo 15

Paul se había convertido, como descubrió durante los días siguientes, en miembro del grupo más o menos «directivo» de la Hermandad, que actuaba siguiendo las órdenes precisas de Blunt. Los otros directivos eran Jase, Kantele, Burton McLeod —la pesada espada que Paul había encontrado antes en el apartamento de Jase— y un hombre gris, delgado y evasivo, llamado Eaton White. White, al parecer, tenía un puesto importante en el estado mayor personal de Kirk Tyne, y lo primero que hizo fue poner a Paul en relación con Tyne para gestionarle un empleo en el despacho del Ingeniero Mundial.

—Supongo —dijo Tyne mientras estrechaba la mano de Paul bajo la clara luz matinal que se filtraba por los ventanales de un lujoso despacho situado doscientos niveles por encima del tráfico de Chicago— que le extrañará verme tan poco dudoso de tener a un miembro de la Hermandad entre el personal de mi estado mayor privado. Siéntese, siéntese. También tú, Eat.

Paul y Eaton White se recostaron en los cómodos sillones. Tyne también se sentó, estirando ante él las delgadas piernas. Parecía tan eficaz como la cuerda tensa de un arco, e igual de consciente de las exigencias de su trabajo. Sus ojos, que miraban directamente los de Paul bajo espesas cejas castañas, eran sorprendentemente perceptivos.

—Me sorprende un poco, sí —confirmó Paul.

—Bueno, hay unas cuantas razones para ello —dijo Tyne—. ¿Ha considerado usted alguna vez las dificultades que puede representar el hecho de alterar el presente?

—¿Alterar el presente?

—Es imposible —añadió Tyne, casi alegremente—. Sin embargo, un reducido grupo de personas piensa que puede hacerlo. Cuando uno toma un fragmento de presente para desplazarlo, toma al mismo tiempo varios millares de millas de historia.

—Entiendo —dijo Paul—. Quiere decir que, para cambiar el presente, tendría que cambiarse antes el pasado.

—Exactamente —replicó Tyne—. Y eso lo olvidan los reformadores de forma invariable. Hablan de cambiar el futuro. Como si hacerlo fuera algo nuevo y grande. Pero carece de sentido. Nuestro trabajo principal, como seres humanos vivos, es cambiar el futuro. De hecho, es cuanto podemos cambiar. El presente es resultado del pasado; e incluso aunque pudiéramos divertirnos con el pasado, ¿quién se atrevería a hacerlo? Cambiar un factor menor del pasado puede tener por resultado en el presente la destrucción de toda la raza humana. Así que esos grandes reformadores se engañan a sí mismos. Hablan de cambiar el futuro cuando lo que desean, en realidad, es cambiar el presente, este presente en el cual viven. No saben que intentan mover unos muebles que están clavados al suelo.

—¿Así que su opinión es que la Hermandad está compuesta por gente que no

sabe lo que quiere? —preguntó Paul.

—Esencialmente, esencialmente —dijo Tyne. Se inclinó hacia adelante—. Oh, me gustaría que supiera que tengo una elevada opinión sobre la Hermandad y sus miembros. Y algo más que una elevada opinión en lo referente a Walt Blunt. Walt me da miedo, y no me molesta admitirlo. Pero eso no altera el hecho de que haya podado al árbol enfermo.

—Aparentemente —replicó Paul—, él piensa lo mismo de usted.

—Naturalmente —siguió Tyne—. Tiene que hacerlo. Es un revolucionario. Sé que el presente no puede ser cambiado, de modo que me concentro en el cambio del futuro... cambiarlo realmente, con trabajo duro, investigación y progreso; ésa es la forma de cambiarlo verdaderamente.

Paul le miró interesado.

—¿Cuál es su idea del futuro? —preguntó.

—Una utopía —respondió Tyne—. Una utopía práctica a la que todos debemos ajustarnos. Todo lo que no va con el presente. Gracias a nuestra ciencia y tecnología hemos descubierto una utopía práctica. El único problema es que todavía no nos hemos ajustado a ella. Sentimos que debe haber algo en alguna parte, algo a lo que hay que combatir y vencer. Incidentalmente, eso constituye el problema de Walt. No puede dejar que sentir que debemos revolvernos contra algo intolerable. Y, puesto que no conseguimos encontrar nada intolerable, se ha metido en un montón de problemas para montar una revolución en contra no de lo que es solamente tolerable, sino infinitamente deseable... las cosas por las que luchamos desde hace siglos. La comodidad, la libertad y la riqueza.

—¿Debo entender —dijo Paul, frunciendo las cejas durante un segundo al ver el fantasma de una ardilla gris que cruzaba espontáneamente por sus pensamientos— que no le preocupa el aumento de la tasa de crímenes, suicidios, desórdenes mentales y todas esas cosas?

—Las considero, pero no me *inquieto* —replicó Tyne, inclinándose hacia adelante como si disfrutase con sus argumentos—. En el Super-Complejo —entiendo por eso las unidades de este Cuartel General— poseemos la mejor herramienta jamás creada por el hombre para resolver todos los problemas de la humanidad. Harán falta varias generaciones, sin duda, pero encadenaremos la reacción emocional esencial que causa todas esas cosas que me menciona.

—¿La reacción emocional? —preguntó Paul.

—¡Naturalmente! Por primera vez en la historia del hombre, por primera vez desde que salió del agujero en el suelo que le daba seguridad, la gente no tiene nada que temer. ¿Es sorprendente que todas sus idiosincrasias y caprichos individuales extiendan las alas y se lancen al vuelo?

—No acabo de creerme —respondió Paul con lentitud— que las causas de lo que leí en los periódicos sean provocadas únicamente por las idiosincrasias individuales.

—Naturalmente, no es tan sencillo. —Tyne volvió a recostarse en la butaca—.

Hay varios elementos en el carácter humano. La religión, por ejemplo, es la raíz de todas las sectas y cultos. La tendencia hacia la histeria y la acción de la multitud es la base de las «sociedades caminantes». Conseguimos la fragmentación social. Pero, aunque la utopía sea algo nuevo, no hay razón para no ir hacia adelante. Como le he dicho, harán falta una o dos generaciones para resolver el problema. —Se calló.

—Bien —dijo Paul—. Todo es muy interesante. Entiendo que quiere convertirme.

—Exactamente —respondió Tyne—. Ya le digo que no estoy de acuerdo con Walt, pero el recluta parte del mejor material humano del mundo. Eaton, aquí presente, es un buen ejemplo. Y el pobre Malorn era miembro de la Hermandad.

—¡Malorn! —dijo Paul, mirando fijamente al Ingeniero Mundial.

—Sí... y tiene usted que saber que le debo algo por haber sido tan injustamente acusado de su muerte. Fue un error de funcionamiento de la maquinaria policial, y soy responsable del buen trabajo de todas las maquinarias.

—¿Razón para que me consiga empleo?

—No, claro que no. Pero Eat dijo muchas cosas buenas de usted y pretende que no se ha quedado ciego ni sordo del todo después de oír todas las teorías de Walt. Me quiero arriesgar a hablarle de mi propio punto de vista... si es que usted quiere arriesgarse a escucharlo. Y, naturalmente, a Walt le encantará que esté usted con nosotros. Mire, él piensa que me va a coronar un peón siendo completamente abierto y leal en lo referente a la gente que pone a mi alrededor.

—Y —preguntó Paul—, ¿a usted le parece que va a coronar el peón?

—Sé lo que me hago —dijo Tyne sonriendo—. Tengo un amigo inteligente que me lo ha dicho.

—Entonces, todo está arreglado —dijo Paul. Se levantó y Tyne y Eaton le imitaron—. Me gustaría ver a su inteligente amigo.

—Algún día —dijo Tyne. Se estrecharon la mano—. De hecho, me parece que no tardará. Por la recomendación de ese amigo se encuentra usted aquí.

Paul miró al Ingeniero Mundial. Con aquellas últimas palabras, algo había llegado y se había ido tan rápidamente que era imposible decir lo que podía ser. Era como un filo de metal que hubiera reflejado la luz durante una fracción de segundo.

—Esperaré con placer —dijo Paul, a quien Eaton condujo a la salida.

Se separaron en el exterior del Cuartel General del Complejo Mundial de Ingenieros. Eaton volvió al trabajo. Paul se dirigió al apartamento de Jase.

Mientras cruzaba la entrada y se volvía a meter la llave en el bolsillo, escuchó voces. Una de ellas era de Jase. Pero la otra —se quedó inmóvil al darse cuenta— era la voz profunda, resonante y sardónica de Blunt.

—Me parece, Jase —decía la voz de Blunt—, que a veces me consideras *un playboy*. Sin embargo, tendrás que soportarlo.

—¡No es eso lo que quiero decir, Walt! —La voz del hombre más joven era fuerte

y severa—. De nosotros, ¿quién establece tus leyes? Lo único que pasa es que, si un día debo sucederte, quiero saber lo que tienes en mente.

—Si me sucedes, deberás hacer lo que tú tengas en mente, pues así están las cosas —dijo Blunt—. Crucemos esos puentes cuando lleguemos a ellos. Todavía no se sabe si tendrás que sucederme. ¿Quién entra?

Aquellas últimas palabras coincidieron con la entrada de Paul por el recodo que separaba la entrada del salón del apartamento de Jase. La pared de acceso al despacho del apartamento de Kantele estaba abierta, y Paul pudo ver los hombros anchos y la espalda de Blunt más allá del sombrío rostro de Jase.

—Yo. Formain —respondió Paul, que avanzó hacia el despacho. Pero Jase se movió con rapidez y entró en su propio salón, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jase.

—Parece que pertenezco al Cuartel General del Ingeniero Mundial —contestó Paul. Miró por encima del hombro de Jase hacia el muro cerrado—. Walter Blunt está aquí, ¿verdad? Me gustaría hablar con él.

Se adelantó hasta la pared y la abrió. Tras ella, el despacho estaba vacío. Dio media vuelta y miró a Jase.

—¿A dónde se ha ido?

—Me imagino —contestó Jase secamente— que si hubiera querido quedarse para hablar contigo lo habría hecho.

Paul dio media vuelta y penetró en el despacho. Lo cruzó y se dirigió hacia la habitación principal del apartamento de Kantele. Era una habitación totalmente femenina, pero estaba vacía. Paul se detuvo junto a la puerta, pero nada le dijo que Walter Blunt la hubiera cruzado en los últimos minutos.

Volvió al despacho y lo recorrió. Jase tampoco estaba ya en el salón. Parecía haber salido del apartamento. Paul se disponía a irse también, irritado e intrigado, cuando escuchó que se abría la puerta de entrada del apartamento de Jase y los pasos de alguien que se acercaba.

Paul esperó que fuese Jase, o Blunt, o los dos, pero fue a Kantele a quien vio, llevando un paquete. Al verle, se detuvo.

—¡Paul! —exclamó.

No pronunció su nombre con alegría, ni agradablemente. Por el contrario, en su voz había cierto temor.

—Sí —dijo Paul tristemente.

—¿Dónde está... —titubeó—... Jase?

—Y Walter Blunt —dijo él. Me gustaría saber también dónde se han metido, y por qué.

—Tendrían una cita. —Ella parecía a disgusto. Se vio en la manera con que le entregaba el paquete.

—No sabía —dijo Paul, buscando un tema normal de conversación— que Blunt hubiera compuesto esa canción para ti. Me lo dijo Jase.

Kantele le miró fieramente, casi como un desafío.

—¿Te sorprendió? —preguntó.

—Bueno... no.

—¿No?

—No sé si es adecuado el término «sorprender». No sabía que el Maestro de la Hermandad escribiera canciones, eso es todo. Y...

Se calló, sintiéndola dudar.

—¿Y qué?

—Nada —replicó Paul tan tranquilamente como pudo—. Oí la primera estrofa antes de que entrases aquel día. Pero me pareció que la canción era obra de alguien más joven.

Kantele pasó junto a él con paso vivo. A Paul le dio la impresión de que la satisfacía haber encontrado algo para encolerizarse. La joven pulsó unos botones del tocadiscos, dio media vuelta y se apoyó en el aparato.

—Entonces, creo que es el momento de que oigas la segunda, ¿verdad? —le preguntó. Una instante más tarde, su voz salía de los altavoces.

En amorosa calma, te he esperado mucho tiempo... Mucho tiempo te he esperado en amorosa calma...

—La canción de un joven —dijo Paul, sarcástico.

*Durante el invierno solitario y la titubeante primavera
Mi deseo de ti no se sació.*

El claro arroyo de su voz grabada se calló y luego atacó la segunda estrofa. Miró a Paul con ojos fijos y labios apretados.

*Ven ahora por los meandros de mi otoño.
Mis recuerdos en vasos de sidra
Te protegen del fuego de mi pasión
Y el fin de mi vida protegen tus suaves brisas.*

La música cesó. Vio que Kantele estaba profundamente emocionada y parecía triste. Se acercó a ella.

—Lo siento —dijo—. No deberías dejar que eso te molestara. Olvídalo.

Intentó apartarse de él, pero la pared se lo impidió. Kantele se apoyó en ella y Paul extendió instintivamente la larga mano, casi convencido de que la joven iba a desmayarse. Pero se quedó de pie, con los hombros apoyados en la pared y los ojos cerrados, la cabeza ladeada.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Oh! —murmuró la mujer—. ¿Por qué no me dejas y ya? Apretó la mejilla

contra la pared. —¡Por favor, déjame sola!

Desgarrado por el dolor, Paul dio media vuelta y se alejó, dejándola donde estaba, inmóvil y apoyada en la pared.

Capítulo 16

Durante los días siguientes, Paul no la vio. Era evidente que le evitaba, pero Kantele tenía que haber hablado con Jase, pues el Nigromante dejó cierto día que la conversación derivara hacia la cantante.

—Pierdes el tiempo —dijo bruscamente—. Es de Walt.

—Lo sé —replicó Paul. Miró a Jase, al otro lado de la mesa. Jase le había invitado a almorzar en un lugar cercano al Cuartel General de los Ingenieros Mundiales y le llevó una larga y curiosa lista de cultos y sociedades en las que, indicó, la Hermandad tenía cierta «influencia». Paul tenía que averiguar los nombres y las costumbres de los miembros de aquellos grupos en previsión del día en que la Hermandad quisiera aprovecharlos. Paul tomó la lista sin protestar. A pesar de que teóricamente sólo tenía que recibir órdenes del Maestro de la Hermandad, nunca se había encontrado con Blunt. Era Jase quien le transmitía todas sus instrucciones. Pero Paul había decidido no rebelarse de momento contra aquella forma de actuar. Tenía muchas cosas que aprender.

La Hermandad del Chantre contaba con unos sesenta mil miembros. De ellos, unos mil quinientos poseían considerables capacidades parapsicológicas. Incluso en un mundo que aceptaba cosas semejantes —aunque consistieran simplemente en sencillos talentos de lujo social— mil quinientas personas representaban un considerable almacén de capacidades potenciales. Paul tenía que descubrir lo que pudiera acerca de cada una de aquellas mil quinientas personas fuera de lo común: qué hacían, cuándo y, lo más importante, quién perfeccionaba sus poderes explorando la luz curiosa y mística de las Leyes Alternas.

Además, Paul tenía que impregnarse de otros aspectos de la Hermandad, como la lista que Jase le entregó a la hora del almuerzo. Y todo aquel trabajo estaba relacionado con el Complejo Mundial de los Ingenieros, donde Tyne hacía estudiar a Paul el procedimiento como lo haría con cualquier directivo responsable.

El clima, en el mundo entero, era caprichoso. En el hemisferio sur, un viento helado rugía tormentoso. En el norte, los días veraniegos eran pesados, húmedos y sofocantes, pero no llovía. El Complejo de control meteorológico se encontraba en la posición de tener que robar a Peter para pagar a Paul: la humedad que se desviaba hacia una parte de la Tierra convertía a las otras en dos veces más áridas o sometidas a lluvias torrenciales que causaban daños catastróficos. No era una situación crítica, pero resultaba terriblemente incómoda. El clima interno de los grandes Complejos urbanos mantenía bloqueado artificialmente el tiempo atmosférico exterior, pero el impacto emocional causado por las aberraciones estacionales alcanzaba incluso los interiores con aire acondicionado, como en el que estaban comiendo Jase y Paul.

—Es bueno que lo sepas —decía Jase. Quizá por primera vez desde que Paul le conocía había amabilidad en su voz—. Es finlandesa, ¿lo sabías? ¿Y sabías de dónde procede ese nombre?

—No —respondió Paul—. No, no lo sé.

—Del *Kalevala*... el poema épico finlandés. El *Hiavatha* de Longfellow está inspirado en él.

—Lo ignoraba —afirmó Paul.

—Kaleva: Finlandia —continuó Jase.

El viento en los campos de nieve. El tintineo de las estalactitas en una caverna... Lo sabía desde el principio, pensó Paul.

—Kaleva tenía tres hijos. El hermoso Lemminkainen, el herrero Ilmarinen y, el mayor, Vainamoinen.

Paul miró a Jase interesado; por primera vez, la excitación del hombre había desaparecido. Pronunciaba los nombres de los personajes de la antigua leyenda con la misma voz dubitativa de un escolar.

—Vainamoinen inventó el arpa sagrada... Kantele. Y nuestra Kantele es un arpa. Un arpa en manos de dioses o héroes. Por eso es de Walt, por viejo que sea, por inflexible que se muestre con todo aquello que no encaje con sus ideas. —Jase sacudió la cabeza—. Puedes ser arrogante, Paul. Sin embargo, tienes que afrontar el hecho de que Walt está por encima de nosotros.

Paul esbozó una sonrisa. Jase, que le miraba, rió brevemente. De un modo abrupto, la mirada del Nigromante se convirtió en algo duro y brillante.

—De momento, piensas que no puedes morir —le dijo Jase—, que no puedes ser vencido.

—Estoy seguro de que puedo morir —contestó—. Pero dudo que me vengzan.

—¿Por qué? —preguntó Jase, inclinándose hacia adelante. A Paul le sorprendió la seriedad de la pregunta del hombre.

—No lo sé —continuó Paul. Dudoso, añadió—: Lo... lo percibo.

Jase espiró con cierta impaciencia. Se levantó.

—Estudia la lista —dijo—. Burt me ha encargado que te diga que, si estás libre, te recogerá esta tarde cuando salgas de trabajar. Llámale para confirmarlo.

—Lo haré —contestó Paul. Miró a Jase mientras éste se alejaba, moviéndose con agilidad y rapidez entre las mesas del restaurante.

Burton McLeod, la espada de dos manos con cerebro y alma, se había convertido para Paul en lo que podía ser algo más que un amigo, cosa que nunca había tenido en toda su vida. Y en apenas unos meses.

McLeod tendría unos cincuenta años. En ciertas ocasiones, parecía increíblemente viejo. Por el contrario, en determinadas circunstancias, ofrecía la imagen casi de un niño. Había en él una profunda y uniforme melancolía que no era resultado de reacciones ordinarias, sino de la violencia que siempre le había acompañado.

No lamentaba el asesinato cometido. Su conciencia no veía sinrazón en que un enemigo muriera. Pero, en su fuero interno, le entristecía la idea de que la batalla

careciera de justificación. En cierta época, debió haber algo acertado y sagrado en el hecho de acercarse a un campo de batalla, un combate leal y una muerte hermosa. Nunca habría pedido cuartel y le desagradaba que el mundo en que vivía exigiera una gracia uniforme para todos, incluso para los que consideraba como justa la muerte. Era un hombre amable y cortés, un poco tímido con los miembros de la raza humana a los que creía válidos: una clase en la que, junto con Blunt, Kantele y Jase, a Paul le resultaba tan encantador como embarazoso verse incluido. Su mente resultaba brillante y como la de un ratón de biblioteca; su personal código moral era tan innato que parecía existir una pared entre él y cualquier posibilidad de deshonestidad.

Como la de Paul, su vida había sido solitaria, y aquello podía ser el origen de lo que les había atraído. Pero la honestidad mutua y la falta de miedo también habían tenido algo que ver. Todo había empezado cuando enviaron a Paul a seguir un curso suplementario de la Hermandad sobre autodefensa sin utilizar los brazos que concluyó con el descubrimiento, tanto de Paul como del propio McLeod, de que el brazo hiperdesarrollado de Paul no necesitaba el entrenamiento normal.

—Es a causa de la velocidad —dijo McLeod una tarde que se encontraban en el gimnasio, tras haber intentado, sin éxito, varios bloqueos para contener el brazo de Paul—. Si aplicas la velocidad necesaria y un buen empuje, la acción muscular carece de importancia. Pero tienes músculos. —Miró el brazo de Paul con interés—. No lo entiendo. Tendrías que ser tan lento como un camión. Y, sin embargo, eres muy rápido, incluso más que yo.

—Es anormal —respondió Paul abriendo la mano y cerrando el puño para demostrar cómo se hinchaban y relajaban los músculos del antebrazo.

—Exacto —continuó McLeod sin que su tono expresase el menor comentario—. No es solamente un brazo muy desarrollado. Es un brazo normalmente desarrollado pero para un hombre que midiera quince centímetros más que tú. ¿Tu otro brazo era igual de largo?

Paul dejó que el brazo le colgase junto al costado. Con un súbito e intenso interés, vio que la punta de los dedos le llegaba casi a la rótula.

—No —replicó—. El otro no era tan largo.

—Bien —siguió McLeod encogiéndose de hombros. Se empezó a poner la camisa que se había quitado para entrenar a Paul—. No hemos sudado mucho. Esperaré a llegar a casa para darme una ducha. ¿Quieres algo de beber?

—Sí, si la segunda ronda es mía —contestó Paul. Así empezó su amistad.

Jase llamó a Paul un día de finales de julio, y fue entonces cuando le confió la lista de cultos y sociedades para que se informara de ellas, al mismo tiempo que le aconsejó que viera a McLeod después del trabajo.

Paul telefoneó desde el despacho y quedó con McLeod en el mismo restaurante en que había comido con Jase. Se pasó el resto de la tarde *corriendo diagramas*, como decían en la jerga del despacho, en el centro de la enorme construcción que conformaba el corazón de la maquinaria mundial, de hecho, el propio Super-

Complejo.

Su tarea, como la de todos los miembros del estado mayor de Tyne, incluido el propio Tyne, era la de documentarse aproximadamente una vez por mes. El equipo del Super-Complejo era semiautomático. Los cambios se producían constantemente para mantenerlo en línea con las modificaciones que ocurrían en las terminales del mundo exterior, con las que estaba en contacto y las cuales eran controladas por él. Con ciertos límites —y ejercía aquella capacidad— podía provocar modificaciones en sí mismo. Todos los miembros del estado mayor de Tyne tenían la obligación de mantener al día su propio informe de mapas e informaciones del Super-Complejo. El trabajo de cada uno de los miembros del personal empezaba con una buena remesa de informes de alteraciones existentes entre los niveles de trabajo, marcando los cambios reales y verificando si éstos podían ser integrados. Sin todo aquello, se podrían producir diferencias entre los registros, de computación o de control, y el estado mayor humano se vería obligado a intentar instaurar modificaciones entre los canales automáticos que ya estaban cerrados.

Sin embargo, en el caso de Paul, él mismo descubrió que el suyo era mucho más que simple trabajo de rutina. Desplazándose por los pasillos autorizados por las unidades móviles del Super-Complejo, rodeado en todos los niveles por la increíble complejidad de un equipo zumbón y traqueteante, Paul podía comprender la razón por la que un hombre como Malorn, con la resistencia minada por el abuso de las drogas, se hubiera salido de sus cabales por el mero hecho de encontrarse allí. En aquel laberinto operacional continuo de comprensión y control había vida. Paul la sentía con toda claridad. Pero no vida en el sentido humano del término, aunque aquello no se pudiese demostrar directamente. Era algo que había detrás de las consolas, oculto en corredores bloqueados en un segundo por una unidad que se desplazaba para cerrar un paso abierto menos de un minuto antes.

En los dos viajes que efectuó anteriormente para poner al día su trabajo, no había notado tanto significado en el sentido de vida mecánica que le rodeada. Se preguntó si se habría sensibilizado, quizá del mismo modo que Malorn.

La idea era ridícula. En el momento en que se pusiera la rota personalidad de Malorn al lado de la suya para compararlas, un hecho saltaría a la vista: Malorn tuvo miedo.

Paul se quedó un momento en el nivel sesenta y siete, mirando a su alrededor. Al fondo del abierto corredor en el que se encontraba, un gran banco luminoso de unidades se deslizó, bloqueando el pasillo, y se abrió un nuevo paso orientado hacia la derecha. A Paul le dio la impresión de que se encontraba en el centro del mecanismo móvil de algún motor. Un motor equipado para no aplastar ni a la menor criatura y que vagaba y se desplazaba para destruir antiguas conexiones entre sus diversos elementos y crear nuevos enlaces.

Paul miró las hojas que llevaba en la mano con una mirada llena de preguntas. Nunca se había interesado antes por las zonas situadas entre los niveles que contenían

todo el equipo. Lo mismo que los demás miembros del estado mayor, se había contentado con interesarse por los puntos en que era necesario verificar algún cambio para dirigirse, luego, directamente al lugar en que debía producirse la siguiente modificación. Pero la hoja no era más que una descripción de los cambios a partir del mapa general trazado al principio de cada año. Consultó éste último.

Entre los niveles cuarenta y nueve y cincuenta y dos, observó, no se había producido ningún cambio durante todo el año. El diagrama mostraba en aquella zona la conexión entre el no-tiempo existente entre la terminal de la Tierra y la Estación Trampolín en Mercurio, lo mismo que los mecanismos que informaban de las relaciones existentes entre el proyecto y la economía, los factores sociales y la ciencia de la Tierra. Paul frunció el ceño al estudiar el diagrama matriz de la zona. Parecía increíble que una zona relacionada con la investigación no hubiera mostrado cambio alguno en siete meses.

A Paul se le pasó súbitamente por la cabeza que la información sobre los cambios de aquella zona podía estar reservada para personas cualificadas. Quizá, incluso, sólo al propio Tyne. El Ingeniero Mundial, no una sino varias veces en las anteriores semanas, había aconsejado a Paul que hiciera preguntas si encontraba algo que le intrigara. Paul marcó en el teléfono de muñeca el número del despacho situado en el nivel doscientos.

—Nancy —dijo a la recepcionista—. Paul al aparato. ¿Sabes algo sobre zonas en las que no deba penetrar o de las que no deba saber nada?

—No —le respondió la joven. En la pequeña pantalla del teléfono portátil de Paul, su cara aparecía minúscula, agradable, pero sorprendida—. Los miembros del estado mayor pueden ir donde quieran.

—Entendido —continuó Paul—. ¿Puedo hablar con el señor Tyne?

—¡Oh! Acaba de salir hacia donde te encontrabas hace menos de cinco minutos.

—¿Lleva teléfono?

—Espera un segundo. —Miró encima de la mesa—. Me parece que se lo ha dejado. Ya sabes que no le gusta llevarlo. —Le sonrió—. Sólo los demás tienen que obedecer el reglamento.

—Bueno, ya le veré cuando vuelva.

—Le diré que has llamado, Paul. Adiós.

—Hasta luego, Nancy. —Paul cortó. Reflexionó un segundo y luego se dirigió a la zona inalterada situada entre los niveles cuarenta y nueve y cincuenta y dos.

El nivel cuarenta y nueve era exactamente igual a los otros, al menos, hasta llegar al largo cilindro de aceleración. Sobrepasó el extremo y recorrió la pequeña zona libre que constituía la contrapartida del punto de contacto que viera en Primavera. Representaba uno de los extremos de la ruta de no-tiempo que abolía la distancia entre las terminales.

Cuando puso el pie en la pulida superficie de aquella zona, una súbita advertencia punzó su sensibilidad.

Se detuvo en el acto. Pero, justo en aquel momento, algo llamó su atención.

El sonido de una conversación llegó a sus oídos. Se trataba de dos voces que utilizaban el profundo y masculino registro tonal, y una de ellas era la de Kirk Tyne. La otra sonaba forzada.

Llegaron a oídos de Paul desde un recodo, entre dos altas unidades de equipo. Paul se acercó rápidamente y, sin saber por qué, con tranquilidad, a las dos voces masculinas.

Llegó al recodo y se detuvo, oculto por el esquinazo de una unidad que tendría cinco o seis metros de alto. Más allá, podía ver una zona libre bastante grande, casi cuadrada, rodeada por unidades tan altas como dos niveles. Toda la parte inferior estaba iluminada en beneficio de los seres humanos a quienes su trabajo retenía en la zona, allí, lo mismo que en todas partes. Pero sus elementos superiores alcanzaban una zona donde no había luz. Por todo el espacio vacío, las consolas parecían los dioses finamente labrados y pulidos de un templo. Bajo ellas, frente a una de sus gigantescas siluetas, se encontraba Tyne.

—No cabe duda —decía Tyne— de que el tiempo... todos sus excesos son sospechosos. La situación mundial es anormal.

—Ha sido grabado. —La voz procedía de alguna parte junto a las unidades que miraba el Ingeniero Mundial—. Ha sido transformado en símbolo e integrado a la situación base. No parece útil emplear medidas excepcionales.

—La atmósfera es turbulenta. Lo encontraré yo solo.

—No se han señalado ni grabado indicaciones concretas.

—No lo sé —dijo Tyne, esencialmente para sí mismo. Su voz sonó un poco más alta—. Me parece que no debería tenerlo en cuenta.

—No tenerlo en cuenta —añadió la voz— sería introducir un factor no calculable para un período de dieciocho meses.

—No puedo contentarme con ignorar la situación.

—La situación no está siendo ignorada. Las medidas ordinarias se han puesto en marcha para corregir las aberraciones.

—¿Cree que bastarán?

—Corregirán la situación.

—Quiere decir que cree que la corregirán —replicó Tyne un tanto brutalmente.

La voz no respondió.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tyne de nuevo.

—Seguir con la rutina habitual.

—Podría haber apostado —contestó Tyne. Dio súbitamente media vuelta y se dirigió hacia el lado opuesto del cuadrado. Ante él, se abrió un corredor. Entró y el corredor volvió a cerrarse.

Tranquilamente, Paul avanzó hacia la zona despejada y miró a su alrededor. Las

unidades que le rodeaban no eran, aparentemente, distintas de los elementos que había en otros niveles. Caminó hasta donde se encontrase Tyne. Pero no pudo hallar ni el más pequeño altavoz en las unidades.

Un ligero ruido a su espalda le hizo mirar por encima del hombro. Dio media vuelta. El corredor por el que llegó había desaparecido. Las unidades entorno suyo, apretujadas unas contra otras, parecían mirarle.

—Paul Formain —dijo la misma voz que le habló a Tyne. Paul dio media vuelta y levantó los ojos.

—Tu presencia en este punto del espacio y el tiempo está en desacuerdo con la estructura simbólica de la sociedad humana. En consecuencia, tu desplazamiento puede ser ahora legítimamente efectuado.

LIBRO TERCERO

MODELO

AL EMERGER EN ESTA LLANURA FINAL,
LA CAMPANA RETUMBA DE NUEVO.
¡DOS VECES! EL ALMA DE THOR Y LA MÍA SON SÓLO UNA,
Y LA FORMA DE UN DRAGÓN CRUZA ANTE EL SOL.

LA TORRE ENCANTADA

Capítulo 17

—¡Aparta! —dijo Paul.

La palabra salió de su boca y se perdió en la sombría tranquilidad metálica de las enormes unidades que le rodeaban. Hubo un ligero ruido a sus espaldas. Se volvió y vio un corredor que se abría, una vez más, en la dirección general por la que había llegado para alcanzar el nivel cuarenta y nueve. En la dirección opuesta, una unidad se deslizó para obstruir la mayor parte del espacio abierto, luego, se volvió hacia Paul. Giró hacia él lentamente. El hombre retrocedió y vio que obligatoriamente tendría que avanzar por el corredor nuevamente abierto.

—De modo que puedes obligar a la gente —dijo Paul.

—No —respondió la voz que también contestase a Tyne. Parecía provenir de la unidad que había obligado a retroceder a Paul.

—En este momento me estás obligando.

—Tengo que corregir un error de colocación —replicó la voz—. Su utilidad es externa y falsa. Pervierte la matriz simbólica de la sociedad.

—Sin embargo —continuó Paul—, tienes una responsabilidad conmigo, lo mismo que con la sociedad.

—Más latitud —dijo la unidad, obligando a su parte trasera a meterse por el corredor— es posible con los que no tienen la mente sana, con los que no son responsables.

—¿No tengo la mente sana?

—No —contestó la máquina—. No la tienes.

—Me gustaría saber —indicó Paul— tu definición de cordura.

—La cordura —respondió la voz— en el ser humano es una respuesta a los instintos naturales. Es cuerdo dormir, comer, intentar mantenerse sano, defenderse si se es atacado, soñar, si no hay nada mejor que hacer.

Los omóplatos de Paul tropezaron con algo duro. Volviendo la cabeza, vio que había llegado a un recodo del corredor por el que retrocedía.

La unidad que rodaba ante él sobre silenciosos rodillos invisibles no se detuvo. Cambió de dirección y siguió avanzando.

—¿Y pensar? ¿Es cuerdo pensar?

—Pesar es un proceso perfectamente saludable, al menos mientras siga los senderos sanos del cerebro humano.

—¿Los relacionados con el alimento y el sueño?

—Sí.

—¿Y los relativos a pintar un cuadro o a descubrir un nuevo método para realizar viajes interestelares?

—Tales pensamientos —dijo la unidad— no son sino respuestas a irritaciones anormales en el entorno del humano en cuestión. Los seres humanos completamente sanos no necesitan más que vivir y reproducirse en condiciones de total comodidad.

—En función a esas normas —replicó Paul, sin dejar de retroceder—, pocos humanos estarían cuerdos.

—Estás equivocado de un modo absoluto —dijo la voz—. Por lo general, el ochenta y cinco por ciento de los seres humanos no tiene deseos reales aparte de los que he indicado. Entre el quince por ciento restante, sólo el cinco por ciento cada generación hace un esfuerzo real para poner en práctica sus locuras. El dos por ciento quizá produce algún efecto sobre las generaciones futuras y la décima parte de un uno por ciento son admirados posteriormente por los cuerdos.

—No discutiré esos argumentos —respondió Paul, que sintió que su hombro izquierdo rozaba una unidad tan inflexible como el muro de ladrillo en el que se apoya un hombre que va a ser fusilado—. Aunque pueda hacerlo. Pero ¿no te parece que el hecho de que su categoría final sea admirada por los cuerdos, como pretendes, puede indicar que quizá otros tengan algo más que la locura trabajando en su favor?

—No —replicó la voz.

—Perdóname —siguió Paul—. Me parece que te he sobreestimado. Déjame decírtelo en términos que puedas asimilar. Cuando hayas conseguido que la raza humana tenga una existencia ideal, ¿qué pasará con las artes, la investigación científica en todas sus ramas y la exploración del universo natural?

—Serán abandonadas por los seres de mente sana.

Paul, reculando, vio que las unidades colocadas a ambos lados del corredor dejaban súbitamente un espacio abierto. En el mismo instante, la unidad que le había vigilado se desplazó hacia un lado y se inmovilizó a la entrada del corredor, de modo que Paul se encontró cara a cara con el último muro. Dio media vuelta y miró a su alrededor. Se quedó inmóvil, arrinconado contra el tabique por un muro de unidades, contra la zona de contacto del extremo del acelerador. El final del tubo, el terminal que podía arrancarle de aquel lugar para introducirlo en la ubicuidad universal del no-tiempo, se dibujaba vagamente, alto, por encima de su cabeza, como la boca de un cañón en la que un gorrión se hubiera escondido para protegerse de un halcón.

—¿Y la gente sencilla? —preguntó Paul.

—Dejarán de serlo —replicó la voz—. Se destruirán a sí mismos.

Paul no vio nada que pudiera sugerirle la menor impresión, no escuchó nada; pero, en lo más profundo de su carne y sus huesos, sintió que el acelerador cobraba vida. En aquel preciso momento, de un lado a otro, desde una enorme distancia, el punto del no-tiempo por venir se despertó a la vida. Paul pensó en el Proyecto Trampolín y en la vacuidad del espacio.

—Has intentado que me destruyera a mí mismo, ¿verdad? —preguntó Paul, recordando lo que Jase le había dicho—. En la mina; y también el día en que me encontré con la sociedad caminante.

—En todo momento —dijo la voz— la vía ha estado abierta para que tú te destruyeras a ti mismo. Es lo que mejor funciona con los locos. El loco se defiende con todas sus fuerzas, pero es más sensible cuando piensa en las oportunidades de la

autodestrucción.

—¿Habrás visto —interrogó Paul, que sentía que el acelerador seguía cobrando vida a su alrededor— que tu definición de la locura y la cordura es completamente artificial y errónea?

—No —dijo la máquina—. Me resulta imposible caer en el error. Absolutamente imposible.

—Sin embargo, deberías entender —prosiguió Paul— que una falsa suposición tomada como base de decisiones posteriores quizá sea la causa de que todas las conclusiones conduzcan al error...

—Lo sé. También sé que no contengo ninguna suposición falsa —le indicó la voz. Por encima de la vaga curva que describía el acelerador, la sombra que despedía parecía oprimir a Paul. Al mismo tiempo, la voz tendía a descender, hasta hacerse casi confidencial—. Mis suposiciones deben soportar victoriosamente la prueba de saber si las estructuras construidas por partes de ellas mismas garantizan una vida segura y continua para la humanidad. Ése es el caso. Soy el guardián de la humanidad. Tú, por el contrario, eres su destructor.

—¿Yo...? —preguntó Paul en la oscuridad, entornando los ojos.

—Te conozco. Eres el destructor de la humanidad. El guerrero que no combate y que no puede ser vencido. Eres arrogante —continuó la máquina—. Te conozco, Nigromante. Has causado ya un daño incalculable, y has creado la primera forma viviente y ciega de un inconcebible enemigo.

En la mente de Paul bajó una barrera. Lo que había más allá, no podía decirlo de momento. Pero le proporcionaba alivio y fuerza. Era como si un soldado, tras una larga espera, recibiera al fin las órdenes precisas para realizar un viaje largo y desesperado.

—Ya entiendo —dijo Paul tranquilamente, tanto para sí mismo como para la máquina.

—Entender no es suficiente —indicó la voz—. No es excusa suficiente. Soy el deseo viviente de la humanidad expresado de un modo sólido. Tengo el derecho de dirigir a las personas. No son tuyas. Son mías. —El tono de la voz no había variado, pero Paul tuvo la impresión de un esfuerzo total dirigido contra él—. No te dejaré dirigir a la humanidad ciegamente por un laberinto oscuro hacia un fin que ella es incapaz de concebir, hacia la destrucción final. No puedo destruirte, y, sin embargo, querría hacerlo. Pero puedo obligarte.

La voz se calló.

Paul fue súbitamente consciente de un ligero zumbido emitido por el gran cilindro. La aceleración alcanzaba el punto de ruptura hacia el no-tiempo que, como una súbita centella, abriría el contacto y le desplazaría del lugar en que se hallaba. Tuvo el tiempo justo para recordar que ya antes estuvo en el no-tiempo, siguiendo los pasos de Jase y Kantele cuando escaparon de la policía en el Kho-i-Nor. Pero aquello fue como echar una carrera por una escalera. Tuvo el tiempo justo para volver a una

actitud vigilante.

—*¡Ahora!* —dijo la máquina.

Y Paul fue arrancado de la posición que ocupaba en el tiempo y el espacio y propulsado hacia los más extremos confines del universo.

Capítulo 18

Paul no fue dirigido inmediatamente hacia el destino elegido por la máquina.

Desde el punto de vista psíquico, la acción que tuvo sobre él el acelerador fue como si le precipitaran desde un tramo infinito de peldaños. Incluso cayendo, la parte invencible de sí mismo, como los reflejos de un atleta soberbiamente entrenado, le hicieron juntar de modo instintivo los pies, recuperar el equilibrio y frenar la caída. Aquello le detuvo en seco y le permitió controlarse; pero la parte consciente de su ser quedó, por un momento, sorprendida y aturrida, incapaz de actuar. Con una acción instintiva, como un boxeador medio noqueado pero lo suficientemente entrenado como para no caer, luchó contra el impulso del acelerador y se desplazó de costado, al azar.

La situación fue totalmente diferente cuando se sumergió en el no-tiempo siguiendo los pasos de Jase y Kantele. El modo en que penetraron entonces en el no-tiempo fue por una ruta emocional mucho más soportable. El método de aceleración (en razón del hecho de que ninguna medicación había sido descubierta al respecto) fue, sencilla y claramente, brutal.

La máquina completó su fin deseado con una acción absolutamente salvaje. Aquella acción había sido la causante de la seria depresión nerviosa que originó la muerte de los primeros transmitidos voluntarios hacia la terminal de la que había partido Paul. En lo esencial, bajo los efectos del método de aceleración, la identidad individual abandonaba el nivel directo del no-tiempo para escapar a las condiciones convertidas súbitamente en intolerables bajo las que ella misma se veía obligada a experimentar el tiempo y el espacio reales. Semejantes dificultades, claro está, no existían en lo relativo a objetos inanimados. Pero el alma humana no habría podido retener la orientación durante una experiencia completa de dispersión consciente en las dimensiones universales ni su reconstrucción ulterior. Como autoprotección instintiva, daba el paso ascendente, el gran paso, que conducía al universo subjetivo.

Paul lo experimentaba en aquellos momentos, y comprendió de modo repentino la operación de las Leyes Alternas, que eran, naturalmente, en su totalidad subjetivas por naturaleza. Sin embargo, por el momento, aquella comprensión no creó ningún contacto con las zonas activas de su mente, las cuales seguían aturridas. Vagaban por la dimensión subjetiva de aquella línea de esfuerzo a la que la mayor parte de su ser se había consagrado.

El universo subjetivo por el que vagabundeaba no tenía ni forma ni dimensión. No obstante, seguía sumido en la realidad impuesta por el proceso simbólico de la profunda individualidad de Paul. Consecuentemente, aquello se le aparecía como una vasta llanura rocosa, con guijarros cada vez más voluminosos en la distancia. Era la llanura con la que había soñado al volver al hotel tras su primer encuentro con Jase.

En la ocasión anterior, atravesarla resultó penoso. En ésta, la recorría rápidamente, apenas rozando la superficie. Gris, negra, mate y rocosa, la llanura se

extendía a su alrededor en todas direcciones... no hacia un horizonte impreciso, sino hacia una distancia enorme pero concreta. La atmósfera que le envolvía generaba un vacío espiritual, un cierto sentimiento de desolación. Le hacía temblar incluso cuando la parte no aturdida que quedaba en él luchaba para recordarle que todo era subjetivo, interpretativo de todo el trabajo al que se había consagrado, a una gran distancia tanto en tiempo como en espacio.

Arrogante, murmuró el viento que soplaba entre las peñas con la voz de Jase.

La gente es mía, no tuya, susurró una brisa metálica que procedía de otra dirección. Luego, añadió, mientras se alejaba de él: *Te conozco, Nigromante...*

Paul se alejó de las voces rápidamente. Los peñones se hicieron más grandes, enormes, con formas de mamuts, hasta que se mutaron en gigantescas montañas llenas de sombras. Finalmente, tras franquear la más lejana y grande de todas ellas, llegó al extremo de la llanura.

A partir de un punto situado por encima del último atrio rocoso, se agarró y miró hacia abajo, hacia arriba, a lo lejos y por encima de una inestable infinitud de oscuridad.

Era un abismo más allá del cual sentía que existía la luz. Pero no podía verla, pues la oscuridad total le separaba de ella. Y, en la oscuridad, algo se movió.

Era algo que apenas vivía. Era un embrión, una ameba con tanta consciencia como la que pudo tener la primera vida engendrada en las profundidades de Mercurio.

Y todo aquello se producía con los malos modos anunciados por el Super-Complejo. Y Paul lo había creado. Sin él, aquello nunca habría existido, pero estaba vivo, y aumentaba en fuerza y poder de comprensión.

Le asaltó un terrible deseo de atacar y arreglar aquel asunto de una vez por todas. Pero, cuando se acercó para alcanzar el final de la llanura, descubrió que había algo invisible que le impedía pasar. Era la barrera de las leyes creadas por sí mismo. Las leyes que le habían protegido de aquella cosa que tanto tenía de él mismo... que le separaba de ellas hasta el momento en que los dos fuesen lo bastante fuertes como para romper todas las barreras. Y, súbitamente, su espíritu en tinieblas se iluminó, y descubrió que si quería encontrarse y vencer a aquella cosa entonces, nada podría demostrarse.

De pronto su mente recuperó la lucidez. Se apartó vivamente del borde de la llanura. Volvió hacia la zona en la que las rocas se reducían al tamaño de pedruscos. Y allí, cerca del lugar por el que había vagado, encontró algo parecido a un túmulo, a un montón de piedras recién construido. Tendría unas tres veces su altura, y las raras grietas entre las piedras daban la impresión sobrenatural de ser estrechas ranuras para arqueros o simples ventanucos, aunque, de modo instintivo, sintió que no había nada vivo en aquella edificación. Inmóvil, frente al montículo, miró una vez más hacia la llanura, y vio que en ella, aquí y allá, en los más lejanos de sus confines, su paisaje subjetivo parecía haberse elevado ligeramente, como si estuviera rodeado por la base

circular de unas colinas.

Cedió al impulso original que le había llevado hasta allí y avanzó para cumplir su destino.

Volvió de nuevo al estado consciente ordinario en lo que parecía ser un pequeño apartamento. Echó una breve mirada ante sí —estaba de pie, en la posición que ocupaba al afrontar al Supe—, y el choque de lo que le habían hecho fue percibido por su cuerpo físico. Se aseguró el equilibrio sobre el suelo.

Allí, como siempre, no cayó totalmente en la inconsciencia.

Según todas las normas ordinarias debería estar al límite de su capacidad, pero, en realidad, atravesaba un estado incierto y brumoso que era el mismo equivalente físico de su estado de estupor cuando estuvo errando por el universo subjetivo. Durante los días en que gradualmente se fue disipando, comprendió de un modo vago que se había arrastrado por el suelo en dirección a una cama cercana, y que había bebido una o dos veces de un surtidor que halló por los alrededores. Pero no había comido, ni dormido; ni siquiera consiguió un solo instante el estado de ensueño medio activo que constituía su habitual forma de reposo.

En el sentido físico del término, no sufrió. No recordaba haber padecido el menor daño físico como consecuencia de su transferencia a aquel lugar. Lo que había sido desgarrado y atacado en él era su personalidad esencial, inmaterial. Y el efecto parecía similar al que habría causado una profunda depresión. Era físicamente capaz de levantarse y examinar su entorno. El acto de voluntad que necesitaba para actuar de aquel modo, sin embargo, resultaba semejante al que habría tenido que hacer un hombre sin sangre y a punto de morir para levantarse.

Pero, gradualmente, recuperó el sentido.

En primer lugar, fue consciente de que el apartamento tenía la forma de una sección cilíndrica, cuya base formara el piso. Estaba amueblado con el lujo compacto del camarote de submarino transatlántico. Entre las curvas paredes, se hallaban dispuestos un diván y varias sillas, consolas de grabación, un tocadiscos, un bar, una pequeña cocina... e incluso algunas esculturas y un par de cuadros, uno al óleo y, el otro, realizado con arcilla roja, negra y amarilla.

También había una zona despejada, con el suelo pulido y negro, que constituyó el lugar de su llegada.

En cierto momento del tercer día se encontró mirando las pinturas como lo habría podido hacer un hombre estupefacto. Su percepción, débil pero segura, realizó la conexión de inmediato, y empezó a reírse en voz baja. Acababa de descubrir repentinamente la existencia de un plasma que podía reemplazar en parte la sangre física que le habían arrebatado.

Se dejó caer pesadamente en el sillón, del que se deslizó al suelo y se arrastró con dificultad sobre las manos y las rodillas hasta el tocadiscos. Una vez allí, fue hasta las consolas de grabación y hasta un anaquel adyacente en el que encontró un directorio impreso.

Veinte minutos más tarde, de nuevo estaba tendido en el diván. Las finas melodías del *Trovatore* se descolgaban de los altavoces del tocadiscos; el rico lienzo de *La Adoración de los Magos* se imprimía en la pantalla de las consolas de grabación, y el solemne dolor del soneto de Milton sobre su ceceo tintineaba como una campana de sonido lento y velado en la hoja impresa que Paul sujetaba:

*Cuando considero cómo se pierde la luz
De la mitad de mis días en ese mundo oscuro y enorme...*

Paul siguió tendido, pasando del arte a la música, de la poesía a las matemáticas, de la filosofía a la medicina, y así todos los campos de estudio humanos. Y, lentamente, la vida de todos los que habían tenido algo que dar a la vida se derramó en su propio ser y la vida empezó a volver a él.

El cuarto día después de su llegada, se encontró nuevamente normal. Se preparó una copiosa comida en la cocina y empezó luego a explorar los límites de la prisión a la que le habían condenado.

Tendría unos treinta pies de ancho y otro tanto de altura en las mayores distancias entre aquellas dimensiones. A cada extremo se encontraba un gran círculo aplastado por la línea del techo. Un círculo delimitaba la zona de su llegada. Otro llenaba simplemente el más lejano confín del viviente espacio.

Paul examinó con mayor interés aquel segundo círculo. El primero, por encima de la zona de su llegada, disimulaba posiblemente el límite de actividad de un acelerador. Quizá el segundo bloqueaba el camino hacia una salida que permitía escapar. Mirando más atentamente, descubrió que, de hecho, el segundo era algo así como un cierre no móvil, mantenido en su sitio por un sencillo cerrojo magnético.

Desenroscó el cierre, y la mitad inferior se apartó de él como si fuera la mitad de una enorme puerta. Franqueó la abertura y se encontró en una extensión del cilindro, tres veces mayor que la zona habitable y llena de equipo embalado. Dejó que su mirada se posase en las herramientas que había en las cajas, y la respuesta que andaba buscando apareció claramente. Era el material con el que el terminal del acelerador podía ser llenado, tanto para su envío como para su recepción. Echó un vistazo a las etiquetas de algunas cajas, pero se trataba de tarjetas perforadas redactadas con una estenografía técnica que no conocía. Se dirigió hacia el muro circular que cerraba aquella sección del cilindro.

Estaba sellada con una barra de plástico soldada. Aquel dispositivo parecía destinado a ser eliminado fácilmente, pero sólo por alguien que conociera el modo de hacerlo y la razón por la que lo hacía.

Paul dio media vuelta y estudió nuevamente la segunda habitación, pero no encontró ninguna advertencia ni lista de instrucciones.

Volvió a su cuarto y se dispuso a registrar la zona minuciosamente. Abrió todos los cajones, hormigueó en los papeles. No había ni hoja de instrucciones ni manual alguno. Evidentemente, la persona a la que había sido destinada aquella instalación tenía que saberlo de antemano. Paul se colocó en el centro de la sala y buscó con la mirada un lugar que se le hubiera olvidado examinar; de pronto, se produjo un ruido a sus espaldas, procedente de la zona terminal.

Dio media vuelta y miró. Sobre la superficie desnuda y pulida del suelo había un periódico, cuya forma redondeada indicaba que acababa de salir de la impresora. Se acercó a él y lo recogió.

Durante un momento, no comprendió la razón por la que el Supe había considerado útil transmitirle aquel documento. Las cabeceras de los artículos estaban dedicados a asesinatos, atentados y alteraciones diversas. Su atención, más adelante, mientras recorría rápidamente cada columna, quedó atrapada por un titular:

EL INGENIERO MUNDIAL RECIBE PODERES EXTRA ORDINARIOS.

Ayer, por un voto mundial sin precedentes, el Ingeniero Mundial fue autorizado para congelar los créditos y negar los servicios del Complejo a los asesinos y a todos los sospechosos de turbar la paz. El Complejo Principal ha registrado el total, casi inconcebible, del 82% de los votos, de los cuales el 97.54% eran favorables al incremento de atribuciones de la autoridad del Ingeniero Mundial.

Un artículo corto. Paul frunció el ceño. Era extremadamente importante, pero no parecía una razón suficiente para que el Supe considerase útil pasarle el periódico. Tampoco lo era —echó un vistazo a los otros artículos— el resto de información acerca de turbaciones de orden emocional o revueltas. La máquina no estaba equipada para sustentarse de la desgracia ajena y, ciertamente, estando Paul prisionero, no tenía razón alguna para informarle de los acontecimientos sobre los que no podía influir.

Aún perplejo, Paul abrió el diario y se puso a leer las páginas segunda y tercera. Vio lo siguiente:

SATÉLITE PERDIDO

El Super Complejo ha recibido hoy una información según la cual uno de los satélites automáticos del Proyecto Trampolín, que transportaba, equipo hada la terminal del planeta conocido como Nueva, Tierra, cuarto de la estrella Sirio, ha sufrido un desajuste en el sistema de guía y se ha perdido en el espacio. El satélite, que tres días antes estaba a punto de aterrizar en Nueva Tierra, aparentemente ha fallado en la misión, se ha dirigido al espacio y se

aleja del sistema de Sirio. No hay esperanza ni de restablecer el contacto ni de recuperar el aparato.

Paul dejó caer el diario y, dando media vuelta, se dirigió con paso rápido hacia la sala más lejana. Tomó una herramienta parecida a un cincel y atacó la banda de plástico que rodeaba la parte superior del muro circular. El plástico se soltó, dejando ver un ligero relieve metálico. Paul apretó con el cincel. Durante un momento sintió resistencia, luego el cincel se hundió. Hubo un siseo de aire junto a la mano de Paul, y toda la banda de plástico se soltó de golpe. Ante los ojos de Paul, una grieta horizontal nació en el metal; un trozo del mismo cayó al suelo.

Ante su vista se extendía un paisaje bajo un cielo ligeramente amarillo, cuya atmósfera era opaca por la acción de un fino polvo. Algo parecido a pequeñas hojas de helecho cubría el suelo, más espesas y un poco más grandes junto a las rocas ocasionales o los salientes rocosos de piedra granítica. Más lejos, se alzaban pequeños árboles cuyo tronco y ramas parecían estar rodeadas por cables negros y retorcidos. Los puntos brillantes de dos estrellas de tipo AO, tan cercanas la una a la otra que parecían a punto de chocar, centelleaban pese al polvo e iluminaban el exterior como si estuviera a la luz del día.

Al verlas, junto con el paisaje que iluminaban —un paisaje rico en promesas para la ciencia todavía naciente de la formación terrestre—, Paul no tuvo ninguna dificultad para establecer la relación entre su localización presente y uno de los mundos descritos en los artículos de vulgarización como uno de los destinos de los satélites del Proyecto Trampolín.

La estrella doble que había en el cielo no podía ser otra que Sirio. Y aquello significaba que se trataba de Nueva Tierra, y que la noticia del diario que el Supe le había enviado contenía un mensaje muy claro: Paul, y el satélite en que le habían aprisionado, habían sido oficial y deliberadamente «perdidos».

Durante un momento, Paul apretó la frente con cansancio contra el frío cristal de la claraboya. La larga palma y los largos dedos de su única mano presionaron inútilmente la gruesa superficie transparente. En el exterior, según los informes oficiales, había una atmósfera respirable, compuesta en parte por hidrógeno sulfurado. Y, a sus espaldas, había un montón de material que era totalmente incapaz de emplear.

Súbitamente, se tensó. Su mano se deslizó a lo largo del cristal y alzó la cabeza para mirar atentamente por su transparencia.

Apoyado contra una de las peñas de aquel mundo desconocido, a un poco más de una docena de metros del satélite, como una incongruencia entre los brezos apretados, había un pesado bastón de oscura madera: el bastón de Walter Blunt, uno de cuyos extremos estaba partido, como si con él hubieran roto un cráneo humano.

Capítulo 19

—Lo entiendo —dijo Paul con voz tranquila, dirigiéndose a la habitación vacía y al paisaje que había más allá—. Naturalmente.

Era como si hubiera viajado en coche durante la noche, por una ciudad desconocida, convencido de que el norte se encontraba a su derecha. Luego, súbitamente, un semáforo habría parpadeado, algún pequeño fragmento de información le habría dado la innegable orientación que colocaba el norte a la izquierda. Súbita, silenciosamente, sin ningún movimiento físico real, el universo cambia sus extremos y uno descubre que durante todo el tiempo se ha desplazado hacia el oeste y no hacia el este.

De modo repentino, el modelo que rodeaba a Paul se hizo claro y correcto hasta en los menores detalles.

Era Blunt, naturalmente. Como lo había percibido de manera instintiva durante todo el tiempo, era Blunt —el hombre que no quería volverse y mostrar su rostro a la luz del día— el demonio. Paul le habló al altavoz, pero no se dirigía a Blunt.

—Sácame de aquí —dijo.

—No. —La respuesta procedía de lo más profundo de sí mismo, desde la parte invencible de él que se encontraba en la zona más alejada de su mente.

—¿Quieres decir —preguntó Paul— que todo termina aquí? ¿Para los dos?

—No.

—¿En ese caso...?

—*Sólo somos uno.*

—Entiendo —repitió Paul tranquilamente—. Lo debería haber sabido.

—*Puedo hacer lo que quieras. Pero, si lo hago, ¿cuál será la utilidad? No hemos encontrado más camino que la fuerza. Todo nuestro trabajo habrá sido inútil, como la oscuridad viviente que hemos creado más allá de las rocas y habría, sido inútil si la hubieses matado, o si la matas ahora, en estado embrionario. Tienes que encontrar otro camino.*

—¿No el de la máquina? —quiso saber Paul—. ¿Ni el que empleé para seguir a Jase y Kantele? ¿Hay algún camino además de esos dos?

—Sí.

—No sé por dónde empezar.

—*Percibe. Piensa. Siente.*

—Muy bien —respondió Paul. Miró al exterior, a los árboles, cuyos troncos y ramas parecían estar rodeados de cables, al bastón—. Sólo hay un punto en común entre los universos objetivo y subjetivo. La identidad.

—*Sí. Continúa.*

—El universo objetivo puede ser expresado en sus menores comunes denominadores como una acumulación de identidades aisladas, a la vez vivas y no

vivas.

—*Exacto.*

—Las identidades aisladas, sin embargo, para vivir —para tener una función a lo largo de la sencilla dimensión de la línea del tiempo— deben entrar y salir de las combinaciones a las que podemos denominar conjuntos.

—*Continúa, hermano.*

—Los conjuntos, para crear la ilusión de la realidad en el tiempo y el espacio objetivo deben permanentemente organizarse por sí mismos en un modelo sencillo. El modelo puede variar, pero no puede ser abandonado o destruido sin que también quede destruida o abandonada la ilusión de la realidad.

—*Totalmente cierto. Y excelente para una identidad parcial que se ve forzada a razonar empleando la emoción y la respuesta. Podemos estar orgullosos de ti. Sigue. ¿Cuál es el siguiente paso?*

—¿El siguiente paso? —repitió—. Eso es todo.

—*Aplicación.*

—¿Aplicación? ¡Ah! —exclamó Paul—. Naturalmente. Las llamadas Leyes Alternas. —Miró una vez más el bastón apoyado contra la roca al otro lado de la pared transparente—. Pues los dones que se derivan de ellas son simples métodos destinados a alterar el modelo de modo que la ilusión de la realidad permita de vez en cuando acciones habitualmente no permitidas. —Reflexionó durante un segundo—. Blunt no entiende eso —añadió.

—¿*Estas convencido de ello?*

Paul sonrió ligeramente en el vacío silencioso de la habitación.

—Es mi negociado, ¿verdad? La comprensión.

—*Me rindo. Sigue.*

Paul titubeó.

—¿Hay más? —preguntó.

—*Quieres liberarte del lugar en que te encuentras. Has percibido y considerado. A partir de aquí, me dejarás para entrar en tu propio territorio. Siente.*

Paul cerró los ojos. De pie, ante la pared transparente, débilmente iluminado por la luz amarilla, se esforzó por entrar en contacto total con todo lo que le rodeaba... la habitación, el satélite, el planeta, los soles, el espacio. Era como si intentase efectuar alguna delicada y definitiva conexión con dedos ciegos y del tamaño de brazos, lejos de la vista, en el interior de un complicado aparato. Sin embargo, el esfuerzo de Paul no era del todo físico. Tendía el brazo para sentir completa y correctamente el gran modelo del universo objetivo, de modo que pudiera ajustar a la perfección su propia identidad como posición de pivote en su estructura.

Durante un momento, no hizo progreso alguno. Por una fracción de segundo tuvo la sensación desnuda de una total inconsciencia, incluso de falta del más ligero punto de contacto mientras flotaba libre, oscilando hacia alguna posición. Luego, repentinamente, fue como el momento de orientación que experimentara cuando vio

el bastón detrás de la claraboya, pero mucho más fuerte. Y, mezclado con aquello, se hallaba el sentimiento de fusión, semejante pero mayor que el que sintiera tras su entrevista con la psiquiatra Elizabeth Williams.

En un súbito momento de no-tiempo, Paul y la parte invencible de sí mismo se amalgamaron irreversiblemente.

Fue como si algo le mantuviera en un estrecho escenario en el que súbitamente, desde todos los lados, se hubieran alzado telones, de tal forma que podía mirar en todas direcciones y a mucha distancia. Pero... solo.

—*Ave atque vale* —dijo, y sonrió un poco tristemente. Hola y adiós.

Se volvió hacia la pared de cristal.

—Destruir —dijo—. Naturalmente. Blunt ha colocado esto para mí y, en su propia y limitada vía, tenía razón.

Paul se volvió hacia las herramientas que había a su espalda. Eligió un pesado martillo de herrero y lo llevó hasta la claraboya de cristal. Su primer golpe hizo volar en pedazos los trozos de metal pero no consiguió más que arañar el vidrio. Sin embargo el siguiente golpe lo rompió y todo el muro acristalado se derrumbó de golpe.

Dio tres rápidos pasos hacia la roca en que se apoyaba el bastón. La atmósfera ácida y sofocante paralizó su sentido olfativo con el asalto de su olor y le llenó los pulmones. Llegó al bastón y lo tomó, aunque sintió que los ojos le ardían y se le llenaban de lágrimas. Casi podía oír a Blunt cantando, como lo hizo bajo tierra en la pantalla de televisión de la Mina Malabar:

—¡Destrucción! ¡La destrucción final! La destrucción creadora que liberará al hombre de ser salvado —Paul sintió que golpeaba con las rodillas en el suelo al caer. Y, al mismo tiempo, la identidad abandonó su cuerpo para siempre, dejándole tendido y moribundo, sofocado por la atmósfera virgen del mundo que se llamaría Nueva Tierra, con un bastón roto agarrado por su única mano.

Capítulo 20

El cuerpo yace a cinco veces veinte brazas. De sus huesos, el océano hace pecios...

A treinta millas exactamente al este de La Joya, California —que se encuentra a algunas millas de la línea costera procedente de San Diego—, sobre una llanura submarina arenosa situada a seiscientos pies bajo la superficie del océano Pacífico, perpetuamente azul, la identidad sin cuerpo de Paul planeaba por encima del esqueleto de un hombre atado a una cadena de eslabones de media pulgada de grosor. Paul no se encontraba en el lugar al que le destinaron originalmente, pues había dado un rodeo para llegar hasta allí y poder establecer un punto puramente emocional en su mente. Flotando por encima del esqueleto rodeado por la cadena, sintió con alivio que el cuerpo al que perteneció murió por causas naturales. No es que dudase del hecho de que Blunt hubiese deseado matarle para conseguir los anhelados resultados. Simplemente, quería que la hoja del gran libro sobre el que Blunt y él mismo totalizaban el uno contra el otro estuviera tan limpia como resultase posible.

Dejó los huesos blanquecinos en la paz de su oscuridad eterna y siguió su camino.

Su camino —el camino que el bastón de Blunt en Nueva Tierra le había mostrado— le condujo a un despertar en el interior de algo parecido a un ataúd. Yacía de espaldas, con las piernas extendidas, los brazos pegados al cuerpo, estrechamente encerrado en un contenedor metálico. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada más que la oscuridad. Sin embargo, su percepción comprendía que se encontraba en una especie de cueva de refrigeración: algo semejante a los cajones en los que se conservan en el depósito de cadáveres los cuerpos no reclamados. El cuerpo que habitaba en aquellos momentos era idéntico al que se había acostumbrado, dejando aparte el hecho de que poseía dos buenos brazos. Sin embargo, parecía completamente paralizado.

Estaba paralizado —se dio cuenta de ello con un sentimiento macabro— y congelado. El contenedor en el que yacía estaba rodeado de espiras refrigeradoras, y la temperatura de su cuerpo era ligeramente superior a los —20° Fahrenheit. Antes de devolver al cuerpo la vida, habría que descongelarlo.

Paul examinó el modelo que le rodeaba. Habría sido sorprendente que Blunt, que había realizado tantos arreglos en lo relativo a Paul, no hubiera hecho nada en aquella situación. Estaba casi seguro de que el contenedor descansaba sobre raíles inclinados, y que permanecía en la unidad de refrigeración mediante un sistema de anclaje. Paul ejecutó las ligeras alteraciones necesarias y el sistema de anclaje se abrió. Se deslizó en la luz de una sala sin ventanas pero brillantemente iluminada.

Mientras emergía en la sala, la temperatura se elevó rápidamente, y no tardó en llegar a los 76° Fahrenheit. Alcanzó un ángulo que le acercó los pies al suelo y, levantando la cabeza, Paul vio que se encontraba en una salita de paredes blancas,

totalmente desprovista de muebles. En una de las paredes se abría una puerta.

El único objeto con interés era un mensaje claramente redactado, en letras grandes, y adosado al muro que había frente a Paul. Lo leyó:

Paul: en cuanto puedas, ven al Kho-i-Nor, habitación 1243. Walt Blunt.

El contenedor se puso en acción. Emanaba de él un suave y profundo calor que penetraba hasta el corazón y los huesos y los helados tejidos de Paul. ¿Cuánto tiempo tardaría? Media hora, quizá más, en conseguir una temperatura vital para que pudiera recuperar el control de su cuerpo en el sentido ordinario del término. Naturalmente, estaba casi seguro de que Blunt había previsto que Paul ayudaría y aceleraría el proceso. Pero en ningún caso era un plan sutil, y aquello demostraba una actitud hacia los demás y el universo muy lejana de la modestia. Por primera vez, Paul comprendió totalmente la repetida acusación de arrogancia formulada por Jase. Desde hacía años, Jase, en la persona de Blunt, se había familiarizado con la arrogancia.

Sí, pensó Paul, había que acelerar las cosas. Pero de un modo que Blunt, con su limitado conocimiento de la totalidad del modelo, no pudiera esperar. Blunt no esperaría que el mensaje de la pared advirtiera a Paul claramente que la Hermandad del Chantre ya había procedido a su desplazamiento. Fuera de la habitación en que se encontraba, el mundo estaría en guerra: una guerra extraña y sobrenatural, diferente de todas las anteriores. Y Blunt, general de las fuerzas atacantes, habría calculado al minuto la entrada de Paul en el campo de batalla para que fuese efectiva al máximo... según su propio punto de vista.

Pero Paul iba a aparecer prematuramente.

Franqueó el modelo y se dirigió hacia el invencible conocimiento que se había vuelto una parte de él, con su propia capacidad individual. Cortó ciertas líneas de relaciones fortuitas y estableció otras nuevas. El modelo se alteró en la zona de identidad inmediata del cuerpo. Y el propio cuerpo empezó a flotar por encima del contenedor.

Flotó hacia la puerta. Ésta se abrió. Pasando en vuelo rasante por los peldaños, subió a lo largo de una escalera, franqueó otra puerta y llegó a un vestíbulo. Más allá se encontraba la tercera puerta, una transparente que se abría al nivel del tráfico, en una calle que Paul reconoció y que se hallaba a menos de media docena de manzanas del Kho-i-Nor. Al otro lado de la puerta era de noche y, por alguna razón, el Complejo parecía más oscuro de lo que debería.

El cuerpo de Paul flotó hasta la última puerta. La abrió y se encontró en una cálida noche de julio. El control meteorológico interno del Complejo parecía tener problemas de funcionamiento, pues la temperatura exterior alcanzaba los 100° Fahrenheit por lo menos y la tasa de humedad debía rondar el 100%. El inmóvil aire del Complejo parecía muy pesado entre las poco habituales sombras de los edificios, y su húmedo calor envolvía el helado cuerpo de Paul.

No se veía ningún vehículo en movimiento, y las calles parecían desiertas. Paul flotó al ras del corredor de cemento en la dirección que, por lo que sabía, le llevaría al Kho-i-Nor.

Las calles estaban tan vacías como si la población del Complejo se hubiera encerrado tras barricadas para protegerse de una riada o alguna pasajera locura. Mientras cruzaba la primera manzana, el único ruido que Paul escuchó fue el zumbido, parecido al de un insecto, de una farola defectuosa. Miró a la luz pulsante e incierta, y comprendió en parte la razón por la que funcionaba mal. El mástil era un gigantesco bastón de caramelo rayado de rojo y blanco.

Paul siguió flotando. En la siguiente encrucijada, pasó ante una puerta cerrada. Por la fisura situada bajo ella se derramaba un líquido cuyo color y viscosidad eran iguales a los de la sangre. Una manzana más adelante, Paul entró en otra calle y vio a la primera persona viva.

Era un hombre con la camisa medio desgarrada, sentado en un banco y que no paraba de dar vueltas a un cuchillo de cocina que llevaba en las manos. Alzó la vista cuando Paul se acercó a él.

—¿Es usted psiquiatra? —preguntó—. Necesito... —Su mirada fue consciente de la distancia que separaba el suelo de los pies de Paul—. ¡Oh! —exclamó. Bajó la vista a sus manos y volvió a jugar con el cuchillo.

Paul se detuvo. Y descubrió que su cuerpo no podía hablar. Siguió avanzando y, al hacerlo, tocó el modelo una vez más. Era posible —sospechaba que Blunt podría haberlo previsto— acelerar las cosas. Las células vivas no pueden ser descongeladas tan fácilmente como la carne muerta, pero el calor suministrado de modo uniforme por el medio ambiente era incluso más eficaz que el mecanismo calefactor del contenedor en que se había encontrado. Poco a poco, pero, no obstante, más deprisa de lo que hubiera esperado, un calor viviente invadió el cuerpo de Paul mientras seguía dirigiéndose al Kho-i-Nor.

Se cruzó con otras cosas de la noche que nada tenían que ver con la realidad. Un monumento en el centro de una plaza se fundió lentamente mientras pasó, como cera en un horno. La cabeza de piedra de un león, en la esquina de un pesado balcón que rodeaba un enorme edificio, agachó la cabeza y rugió hacia él al pasar. En medio de una calle cruzó un círculo de oscuridad: un agujero de nada que revelaba no el nivel inferior, sino una distorsión espacial que el ojo humano era incapaz de enfocar correctamente. No se oía ningún ruido de vehículos —el Sistema de Transportes del Complejo debía estar desactivado o sin fuerza energética, lo mismo que la meteorología interna—, pero, ocasionalmente, Paul vio a otras personas, aisladas, a pie, y a cierta distancia. Algunas de ellas no sólo no se detuvieron para hablar con él, sino que llegaron a apartarse rápidamente.

La vida volvía a poseer con urgencia el cuerpo de Paul. Empezó por el corazón.

En el momento en que llegó a la multitud, su temperatura era de, por lo menos, 90° Fahrenheit, y su pulso y respiración casi normales. Habría podido echar a andar, pero esperó a llegar a la entrada de la torre norte del hotel para poner los pies en el suelo.

Penetró en un vacío vestíbulo, iluminado simplemente por una lámpara de emergencia. Un rostro blanco le miró desde detrás de la barra de recepción. Era el empleado de elegante escritura. Paul no le concedió atención y se dirigió a los ascensores.

Éstos, que consistían en un sistema equilibrado que funcionaba con ayuda de energía almacenada, no habían sido afectados por la disminución de los servicios. Silenciosa, suave, eficazmente, como si la raza humana hubiese muerto y sólo quedase un servicio mecánico, los discos flotaban uno tras otro a intervalos regulares, subiendo y bajando por los tubos transparentes. Paul se colocó sobre un disco ascendente.

Se elevó con suavidad; sobrepasó una sucesión de salones vacíos, débilmente iluminados por las rojas lámparas de seguridad colocadas encima de la puerta que daba a la escalera que conectaba cada nivel con los demás. No vio más que a una sola persona, en el noveno nivel. Era una mujer: joven, casi adolescente. Al verle a través de la transparente pared del elevador, la chica dio media vuelta a toda prisa y se metió por un pasillo.

Paul siguió subiendo.

El duodécimo nivel del hotel, por contraste con el resto del mundo que Paul había visto aquella noche, estaba iluminado normalmente. La luz era casi cegadora con relación a la envolvente oscuridad del resto. Pero, no obstante, no había nadie. Más que eso, Paul percibió que las puertas cerradas ante las que pasaba daban una excesiva impresión de oscuridad y vacío, como si el apartamento 1243, hacia el que se dirigía, fuera el único espacio de aquel nivel iluminado que contuviese vida.

Cuando llegó al último recodo del pasillo y se acercó al apartamento 1243, vio que la puerta se hallaba entreabierta. Estaba metida en el muro unas tres cuartas partes y se oía una voz que claramente atravesaba la abertura.

La voz era de Kirk Tyne.

—Lo que no consigo comprender, Walt es cómo, un hombre de tu inteligencia puede pensar que el presente es factible de ser transformado en presente sin volver atrás y sin alterar los factores que predisponen el pasado. Y has dejado que esta locura se apodere del mundo.

Paul se detuvo junto a la entrada. Había oído a Tyne emplear el mismo argumento anteriormente, cuando Paul estuvo empleado en el estado mayor personal del Ingeniero Mundial. Paul tenía mucho interés en saber cuál sería la respuesta de Blunt.

—Tienes derecho a tu estupidez por un plato de circuitos —respondió la voz de Blunt—. No lo pienses, Kirk. Repites como un loro lo que te susurra el Supe. Si el pasado no puede ser modificado, el presente sí puede serlo. Por amor al futuro.

—¿Puedes emplear un poco de lógica? —preguntó Tyne—. Te he dicho que el

presente no puede ser alterado sin cambiar el pasado. Incluso el Supe, con toda la sabiduría que almacena, no sería capaz de calcular las posibilidades finales de la sencilla trama vital de un insecto alterada en el pasado. Y es el camino más fácil. Lo que intentas hacer aquí y ahora es mucho más difícil.

—Kirk —dijo la voz de Blunt—, eres un imbécil. Los factores previos que conducen a este momento fueron establecidos y dispuestos hace siglos. Y, lo único necesario, es saber reconocerlos y utilizarlos.

—¡Te digo que eso es falso!

—Porque tu Supe... —empezó Blunt con una dura ironía que hacía cortante su voz firme. Paul se puso en marcha. Avanzó, cruzó la puerta y entró en el salón de lo que probablemente era una de las habitaciones más lujosas que el Kho-i-Nor podía ofrecer a sus huéspedes.

Alrededor de la enorme sala, varias personas se repartían como en un cuadro viviente. A la izquierda, no lejos de Paul, estaba Kantele; junto a ella, medio mirando al fondo de la habitación, Blunt. Llevaba un extraño y alto sombrero y una capa pesada y negra de forro púrpura que llegaba hasta el suelo desde sus hombros. Más allá de Blunt se encontraba Burton McLeod, quien, del grupo de siete, parecía ser el menos interesado, y Jase, que también llevaba capa y sombrero. Con la espalda apoyada en unos azules visillos se hallaba Eaton White, una pequeña silueta incolora. A la izquierda de White, al otro lado de la habitación, se veía al agente de seguridad del hotel Kho-i-Nor, James Butler. También él tenía un raro aspecto. Llevaba el pantalón y la camisa negra de una de las sociedades caminantes más conocidas, que sólo dejaban al descubierto las manos y la cara; y, en una de las manos, blanca, destacada, se perfilaba una delgada y mortal pistola de policía cuyo cañón había sido desmontado. En su lugar aparecía una crucecita de metal azulado.

Butler y McLeod estaban uno frente al otro, separados por una decena de metros. La pistola del policía apuntaba negligentemente al pecho de McLeod, pero los dos hombres aparentaban tranquilidad, como si su consciencia les indicara que permanecían solos en la habitación.

El que estaba más cerca de Paul, a la derecha, era Tyne. Se encontraba frente a Blunt y fue, junto con el inmóvil Eaton White, el primero en ver entrar a Paul. El súbito gesto de sus ojos hizo que Blunt se callase en el acto. Los otros se volvieron, incluso Butler y McLeod. Kantele, por su parte, jadeó. Todos, a excepción de Blunt, dieron la impresión de ser testigos de una violación fundamental de las leyes naturales según las cuales habían vivido toda su vida.

Pero Blunt se apoyó sobre el pomo de plata de un bastón nuevo y sonrió. Sonrió como quizá lo hiciera el corredor ateniense Calimaco aquel día de finales de septiembre, dos mil quinientos cuarenta años antes, al ver en un hueco entre las nubes el polvo levantado por la caballería griega que se acercaba a las hordas persas en la llanura de Maratón.

—Llega con un poco de antelación, pero no excesiva —dijo, mirando a Paul—.

Kirk todavía no está lo bastante blando. Pero, no importa... entre.

Y Paul, penetrando en la habitación, vio perfecta y claramente el rostro de Blunt por primera vez... su propio rostro.

Capítulo 21

Paul se adentró en la habitación con grandes zancadas. Todas las miradas estaban fijadas en él, pero nadie se mostró más impresionado que Kantele. Porque, naturalmente, sólo ella entre todos los demás le había percibido desde el principio, aunque nunca hubiese querido admitirlo. Por esa razón se sentía tan atraída por Paul, aunque lo negara furiosamente. Paul no la había censurado por ello; y, entendiendo las cosas como las entendía en aquel momento, deseaba hacerlo todavía menos. Incluso para él, mientras se detenía a pocos pasos de Blunt, la experiencia tenía ciertos elementos no naturales.

Para los que se encontraban a su alrededor, rodeándoles, la experiencia debía resultar mucho peor. Pues no era una semejanza física lo que compartía con Walter Blunt. Los dos eran altos, de hombros anchos, con huesos largos y rasgos poderosos. Allí se detenía la semejanza física. Su identidad común provocaba emociones enfrentada en base al hecho de que no era un asunto de duplicaciones físicas. No tendrían que haberse parecido. Pero, no obstante, así era.

Sobrenaturalmente, parecía como si el mismo hombre llevase un atavío y ropas diferentes. La apariencia exterior era muy otra, pero la actitud era semejante, lo mismo que los movimientos y las maneras: como la incandescencia producida por las mismas velas en dos portalámparas diferentes.

—¿Entiendes —le dijo Blunt a Paul con tono de conversación— por qué te he evitado durante todo este tiempo?

—Por supuesto —respondió Paul.

Al oírlo, Kirk Tyne recuperó la voz finalmente. Y una nota que resonó en ella demostró con claridad que por primera vez el Ingeniero Mundial veía que sus convicciones se agitaban profundamente.

—¿Qué clase de embrujo sobrenatural es éste, Walt? —Sopló.

—Es una larga historia —replicó Blunt. Se apoyó en el bastón, escrutando a Paul como un experto que examinara una obra de arte especialmente digna de interés—. Te lo diré, Kirk. Por eso os he hecho venir.

La mirada de Kirk saltó de Paul a Blunt y de Blunt a Paul, como si éstos la atrajeran en contra de su voluntad, hipnóticamente.

—No lo creo —dijo.

—Ni el mundo, ni yo —respondió Blunt, sin apartar la mirada de Paul—, nos inquietaremos por lo que puedas pensar después de esta noche, Kirk.

—¡Satanás! —dijo una voz. Todos, incluidos Paul y Blunt, volvieron la cabeza. Era James Butler, el agente de seguridad del hotel, quien había hablado, y su mano armada se levantó. La cruz azulada del cañón apuntó a Paul, luego se movió para enfilar a Blunt—. ¡Renegado de Dios!

Algo negro cruzó la habitación. Sonó un impacto amortiguado, y Butler titubeó dejando caer el arma de la mano inerte. La pulida hoja de un cuchillo sin

empuñadura, sobresalía de los músculos de su hombro. McLeod cruzó la habitación tranquilamente. Se agachó para recoger la pistola, se la metió en el cinturón y, luego, agarrando a Butler por el hombro con la mano izquierda, le arrancó el puñal con la otra mano. Sacó del bolsillo una venda de presión autoajustable y la colocó sobre la herida; levantando después el brazo de Butler lo cruzó ante el pecho del herido para que este último pudiera sostenerlo con el otro brazo.

Butler miró a McLeod. El agente de la seguridad del hotel no había proferido un sonido. McLeod volvió al lugar que ocupaba anteriormente.

—Debo entender —dijo Kirk, con la cara blanca—, ¿que ahora me atacas a mí y a la gente honesta?

—¿Te parece que este fanático es una persona honesta? —preguntó Blunt, señalando a Butler vestido de negro, con el mentón—. ¿Hasta qué punto hubiera sido honesto que me matase, o que matase a Paul? Si Burt no lo hubiera impedido, lo habría hecho.

—Eso no establece ninguna diferencia —dijo Kirk. Pudieron ver todos ellos que el hombre se recuperaba a costa de un gran esfuerzo de voluntad. Más tranquilo, continuó—: No existe diferencia. Nunca seréis más de sesenta mil. Y eso no basta para destruir el mundo.

—Kirk —replicó Blunt—, sabes que adoro discutir contigo. Eres un hombre muy recto.

—Y tú un buen comediante —respondió Kirk secamente.

—Hay algo más —dijo Blunt, inclinando la cabeza pensativamente—. Mira, Kirk, te quiero romper la espalda. Si puedo hacerlo con delicadeza, te enrollaré en mis filas y destruiré esta civilización dos veces más deprisa. De otro modo, no perderé más tiempo discutiendo contigo.

—Te aseguro —indicó Kirk— que no me apetece nada que me rompan la espalda.

—Claro que no... todavía no —le contestó Blunt.

—De momento —continuó Kirk—, lo único que veo es una serie de engaños especiales para adultos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Blunt—. ¿Paul?

Kirk miró a Paul y dudó durante un instante.

—No creo en lo sobrenatural —dijo.

—Tampoco yo —le replicó Blunt—. Creo en las Leyes Alternas. Bajo su poder he creado a Paul. ¿Verdad, Paul?

—No —respondió Paul—. Crear no es tan fácil.

—Te pido perdón —dijo Blunt—. Pero insisto... te he creado. Te he dado la vida. ¿De qué te acuerdas?

—Recuerdo que moría —contestó Paul—. Recuerdo una silueta alta que llevaba la capa y el sombrero que viste usted ahora y que me devolvió la vida.

—No, no te devolvió la vida —continuó Blunt—. El verdadero Paul Formain está

muerto... ¿lo sabías?

—Ahora lo sé —replicó Paul—. Lo he investigado.

—Hice seguir la pista de varios jóvenes parecidos a ti durante más de quince años —explicó Blunt—, esperando que se presentase una oportunidad. Las ocasiones estaban de mi parte. Tarde o temprano, uno de ellos moriría en las condiciones apropiadas.

—Podría haberle salvado del naufragio cuando aún estaba vivo —le recriminó Paul.

—Habría podido —contestó Blunt. Miró a Paul con franqueza—. Pero me parece que sabes por qué no lo hice. Llegué a tiempo para ver su muerte. Me llevé varias células de su cuerpo, células vivas. Con los poderes de las Leyes Alternas, recreé a partir de cada una de aquellas células un cuerpo vivo.

—¡Oh! —exclamó Kirk, mirando a Paul con una mirada que parecía de horror. Blunt sacudió la cabeza.

—Vivo —dijo—, pero no con vida; no con más vida que el cuerpo muerto del que extraje las células. La personalidad consciente de un ser humano vivo es algo más que la total aritmética de la consciencia de cada una de sus partes. —Miró a Paul sin hablar durante un segundo, luego, suavemente, añadió—: Bajo las Leyes Alternas, encendí su vida con una porción de la mía.

Hubo un silencio en la habitación, tan absoluto que pareció que todos habían dejado de respirar.

—Creé otro yo —dijo Blunt—. Su cuerpo, sus recuerdos, sus dotes, eran las que pertenecieron al muchacho que acababa de morir. Pero su esencia era la mía.

—En cierta esencia —interrumpió Paul— era usted.

—En ese caso, la esencia más importante —respondió Blunt—. Por esa razón tu cuerpo no acepta la prótesis de un brazo. Las células de tu cuerpo habían agotado su responsabilidad para proceder a grandes ajustes y reparaciones.

—Ahora tiene dos brazos —dijo Kirk.

—Ése no es el cuerpo original que le di —contestó Blunt—. Supongo que dejarías el primero en Nueva Tierra, ¿verdad? —Miró a Paul interrogativamente.

—Cerca del bastón —replicó Paul.

—Sí —dijo Blunt—. De este bastón.

—¿Qué bastón? —preguntó Kirk.

—El bastón que mató a Malorn —dijo Paul. Miró a Blunt con el rostro tranquilo—. El bastón con el que *él* mató a Malorn.

—No —dijo la voz de McLeod desde detrás de Blunt—. Fui yo quien le mató. Hacía falta alguien que supiera emplearlo como una maza. Walt se limitó a alterar las Leyes Alternas para dejarme hacerlo.

—¿Por qué? —exclamó Kirk—. ¡Un asesinato, bastones, Nueva Tierra! No entiendo. —Sus ojos se desorbitaron—. Para enseñar a Paul a... —Se calló súbitamente.

—Estás perdiendo, Kirk —dijo Blunt, volviendo ligeramente la cabeza hacia el Ingeniero Mundial y, acto seguido, mirando a Paul de nuevo—. ¿Ves lo poco que sabes? El Supe ni siquiera te dijo que había empleado el acelerador para enviar a Paul a un planeta que órbita alrededor de Sirio. Te explicaré todo el resto y a ver cómo lo encajas. —Señaló con la barbilla los visillos que tapaban la ventana—. Ábrelos —le dijo a Eaton White. El hombrecillo sin color dudó—. ¡Vamos! —dijo Kirk con voz apremiante. White tanteó entre los pliegues de los visillos y tiró de ellos. Se deslizaron, dejando ver un ventanal por encima de un murete de unos dos pies de alto.

—Abre el ventanal —dijo Blunt.

White obedeció. La ventana entera se deslizó y desapareció progresivamente en el murete. El aire caliente de la noche brumosa se derramó en el frescor acondicionado que reinaba en la habitación.

—¡Mira! —ordenó Blunt—. ¡Escucha!

Señaló con el bastón a la confusa masa del Complejo exterior, débilmente iluminado por zonas. A través del aire cálido y tranquilo llegó el sonido de una canción, el *¡Hey-ha! ¡Hey-ha!* de una sociedad caminante. Y, más cerca, en alguna parte a unos veinte pisos bajo la cornisa, se oyó un largo aullido arrancado a alguna cosa humana.

—¡Mira! —Siguió Blunt.

Volviéndose, lanzó el bastón por la ventana. Girando sobre sí mismo alrededor del eje de su punto central, sus dos extremos en rotación se confundieron, imitándose en algo parecido a alas dentadas. El centro adquirió el aspecto de un roedor, y una forma parecida a un murciélago se perfiló sombríamente en las débiles luces que emanaban del Complejo. Giró, volvió hacia la ventana y penetró en la habitación hasta detenerse en la mano de Blunt, donde se volvió a convertir en un bastón.

—Sesenta mil, dices —siguió Blunt, dirigiéndose a Kirk—. Los grupos inestables, los organismos y los elementos de este mundo que controlamos, representan la quinta parte de la población mundial. Durante cincuenta años, la Hermandad del Chantre les ha preparado para este momento de ruptura final. Esta noche, Kirk, la quinta parte del mundo ha perdido la razón.

—No —dijo Kirk—. No lo creo. No, Walt.

—Sí, Kirk. —Blunt se apoyó de nuevo en el bastón. Sus negros ojos, bajo las cejas, miraban penetrantemente—. Desde hace siglos, nosotros y los de nuestra especie mantenemos atado al perro de la Sinrazón. Ahora vamos a liberarle... liberarle para bien de todos. A partir de ahora, no habrá certeza de vida. A partir de ahora, siempre cabrá la posibilidad de que no intervengan las leyes invariables. La razón, la experiencia del pasado y el orden de la comunidad se derribarán como puntos de referencia, y el individuo no tendrá nada a lo que aferrarse salvo a sí mismo.

—Eso no funcionará —dijo Kirk—. Las calles están casi vacías. Yo, mi estado mayor y el Super Complejo vamos muy deprisa para ti. Falta de luz, de servicios, de

comodidades... la gente se ha quedado en casa porque les hemos obligado a hacerlo. Pero eso no durará siempre; las necesidades esenciales —el hambre, la reacción contra el aburrimiento— les sacarán de ellas. Saldrán a la luz del día y constatarán lo poco que tus fantasmagorías han modificado la estructura esencial de su vida. Se adaptarán y aprenderán a vivir con el porcentaje necesariamente reducido de tu magia, del mismo modo que ahora viven con las posibilidades reducidas de otros accidentes caprichosos o de seres enloquecidos.

—¡Vas *demasiado* deprisa! —exclamó Blunt—. Te contentas con reaccionar mediante la pasiva sumisión de una de tus máquinas. Las calles están a oscuras porque yo lo he querido. El calor hace que la gente se aparte de sus semejantes, y se quede a solas con sus temores, encerrados en casa, por eso es el mejor terreno para engendrar la Sinrazón. Esta noche no es algo a lo que la gente pueda acostumbrarse; es la primera batalla de una guerra que continuará y será alimentada con nuevas armas, con combates diferentes, en cambiantes campos de batalla... hasta que tú y los de tu especie seáis destruidos.

El viejo y firme mentón de Blunt se levantó.

—¡Hasta el momento final de la destrucción! —Su voz resonó en la habitación y escapó a la noche exterior—. ¡Hasta que el hombre se tenga que echar a andar sin muletas. Hasta que las prótesis de hierro que mantienen sus piernas le sean arrebatados y los barrotos que le encierran sean arrancados y arrojados a un lado! Hasta que se ponga en pie, solo, libre... sabiendo que en toda la existencia sólo puede contar con dos cosas: ¡consigo mismo y con el maleable universo!

Los anchos hombros de Blunt se echaron hacia adelante por encima del bastón en que se apoyaba, casi como si fuera a saltar sobre Kirk Tyne. El Ingeniero Mundial no retrocedió ni ante las palabras ni ante el movimiento de Blunt, pero pareció acurrucarse ligeramente y su voz sonó un poco seca al contestar.

—Estoy lejos de darme por vencido, Walt —dijo—. Te combatiré hasta el fin. Hasta que muera uno de los dos.

—En ese caso, ya has perdido —replicó Blunt, con una voz casi salvaje. Tendió la mano hacia Paul—. Kirk, permite que te presente a un hombre más joven, fuerte y alto que tú mismo... la futura cabeza dirigente de la Hermandad del Chantre.

Se calló y, en el mismo momento en que su voz cesó, un violento y súbito silencio parecido a un rayo estalló en la habitación. Al mismo tiempo, un grito inesperado, instintivo, desarticulado, nació de la garganta de Jase.

—No —dijo Paul—. Todo va bien, Jase. La Hermandad volverá a tus manos. Mi trabajo es diferente.

Todos le miraron.

—¿Diferente? —preguntó Blunt con voz seca—. ¿Qué piensas que vas a hacer? Paul le sonrió, tristemente, lo mismo que a los demás.

—Algo que le parecerá brutal y desleal —contestó—. No haré nada.

Capítulo 22

Durante un momento, se contentaron con mirarle. Luego pasó algo inevitable que no resultó absolutamente excepcional. Había ocurrido antes, durante ciertas reuniones, en las que los participantes se organizaban ellos mismos en una trama social alrededor de un punto fuerte constituido por uno de los individuos presentes. De aquel modo, algo era dicho o algo pasaba. Súbitamente, aunque ninguno de los presentes hubiera hecho el menor movimiento, el punto fuerte se desplazaba en aquel momento hacia un nuevo individuo. El modelo se reorientaba a sí mismo y, aunque nada físico sucedía, el efecto emocional de la reorientación era sentido por cada una de las personas presentes en la habitación.

Aquello fue lo que pasó con Paul entonces. Había alcanzado y tocado el modelo y, como una gota que se funde con otra, fue bruscamente convertido en el horno en que se fundían las relaciones emocionales de la habitación, lo mismo que hiciera Blunt un momento antes.

Su mirada se cruzó con los ojos de Blunt a través de la corta distancia que les separaba. Y Blunt se la devolvió sin expresión y sin emitir palabra. Siguió apoyándose en el bastón, como si nada pasase.

Pero Paul sintió la súbita vigilancia maciza del genio de Blunt oscilando y sosteniéndose completamente en él, con un principio de reconocimiento de lo que era Paul.

—¿Nada? —preguntó Jase, rompiendo el silencio. Una súbita alarma por la Hermandad, al romperse lo que Blunt había planificado para ella, resultó tan evidente para Jase como para todos los que rodeaban a Paul.

—Si no hago nada —dijo Paul—, seguiréis caminos separados. La Hermandad continuará y se desarrollará. Los elementos técnicos de la civilización continuarán y se desarrollarán igualmente. Lo mismo ocurrirá con las sociedades caminantes y los grupos de culto. Y —la mirada de Paul, vagando por la habitación, tropezó durante un instante con la de Burton McLeod— lo mismo ocurrirá con los otros elementos.

—¿Deseas que pase eso? —preguntó Tyne, desafiante—. ¿Tú?

—Creo que es necesario —respondió Paul, volviéndose hacia el Ingeniero Mundial—. Ha llegado el momento en que la humanidad debe fragmentarse para que todas sus facetas puedan desarrollarse plenamente sin verse afectadas por las facetas vecinas. Como ya sabrá, el proceso está empezando. —Paul se volvió hacia Blunt—. Un único guía poderoso —dijo— podría detener el proceso temporalmente, pues no habría nadie de su talla capaz de reemplazarle a su muerte... pero, aún deteniéndolo temporalmente, causaría un daño permanente en el desarrollo futuro de los fragmentos que no estuvieran de su parte.

Paul miró a Kirk de nuevo. Había algo parecido al horror en la cara de este último.

—¡Dices que estás en contra de Walt! —balbuceó Kirk—. Has estado en contra

suya todo el tiempo.

—Quizá —respondió Paul de no muy buenas maneras— en cierto sentido. Sería mejor decir que nunca he estado a favor *de nadie*, ni siquiera de Walt.

Kirk le observó durante un momento, con una expresión que iba del horror a algo semejante a la repugnancia.

—Pero, ¿por qué? —explotó finalmente—. ¿Por qué?

—Me temo que sea un tanto difícil de explicar —continuó Paul—. Lo entenderé si tomo la hipnosis como ejemplo. Después de que Walt devolviera la consciencia a mi último cuerpo, hubo un período durante el cual yo no sabía realmente quién era. Pero unas cuantas cosas me desazonaban. Entre ellas, el que no pudiera ser hipnotizado.

—Las Leyes Alternas... —empezó Jase, desde el fondo de la habitación.

—No —replicó Paul—. Creo que la gente de la Hermandad no tardará en descubrir algo que estará tan relacionado con las Leyes Alternas como la alquimia con la química moderna. No puedo ser hipnotizado porque la más ligera forma de hipnosis requiere el abandono total de una cierta porción de la identidad, lo mismo que la inconsciencia total, y eso me resultaba imposible. —Les miro uno tras otro—. Porque, tras experimentar una identidad compartida con Walt, me era inevitable llegar a la posibilidad de compartir la identidad de cualquier ser humano con quien entrase en contacto.

Todos le miraron. Vio que, a excepción de Blunt, no lo habían entendido completamente.

—Hablo de la comprensión —dijo pacientemente—. He sido capaz de compartir todas vuestras identidades y lo que he descubierto es que cada uno de vosotros proyecta una forma sólida del futuro de la sociedad humana. Pero una forma en la que los otros aparecen también como personalidades desdibujadas, como si estuvieran dispuestas para empezar a vivir. No puedo favorecer a ninguno de esos futuros porque todos ellos deben vivir algún día.

—¿Todos? —preguntaron a la vez Kirk y Jase.

—Usted, Kirk, es consciente de la situación —indicó Paul—. Como me dijo usted mismo, la sociedad avanza hacia una fase necesaria de fragmentación. Es sólo cuestión de tiempo el que se encuentre un fármaco que permita que el Proyecto Trampolín sea un modo práctico de transporte. Cuando las personas se diseminen por las estrellas, la fragmentación continuará.

Se calló para que sus palabras causaran efecto.

—Ninguno de vosotros —continuó— debe perder el tiempo combatiendo a los demás. Debéis ocuparos de encontrar a vuestros semejantes y trabajar con ellos para alcanzar vuestro propio futuro.

Se quedó en silencio, dándoles oportunidad de contestar. Pero nadie parecía dispuesto a hacerlo. La protesta se alzó de quien menos se esperaba.

—No hay razones para creer que eso vaya a ser así —dijo Eaton White con voz

espesa y seca, desde la abierta ventana.

—Naturalmente que no —respondió Paul, conciliador—. Si no me cree, tendrá que recurrir al coraje de sus propias convicciones e ignorar cuanto he dicho. —Les miró uno por uno—. Todo lo que deseo es salir de la trama y seguir mi propio camino, y creo que a vosotros os gustaría hacer lo mismo.

Se volvió para encontrarse con la mirada de Blunt.

—Después de todo —dijo—, éste es un período de transición en la historia, lo que Kirk, sin lugar a dudas, habrá dicho a muchas personas además de a mí. Éste ha sido un período de fuerza y tensión y, en tales épocas, las cosas se ven de un modo dramático. De hecho, a cada generación le gusta pensar que es el engranaje de la historia, que en su tiempo se tomó la decisión adecuada para seguir el buen o el mal camino. Pero las cosas no son realmente tan importantes. Realmente, el camino de la humanidad es demasiado grande como para solucionarlo en un instante; cambia de dirección a lo largo de una larga curva gradual que alcanza a muchas generaciones.

Paul se volvió hacia el Ingeniero Mundial.

—Kirk —dijo—, como ya he dicho, no quiero convencer a nadie de nada. Pero *usted* debe darse cuenta de que tengo razón.

Kirk alzó la cabeza con determinación.

—Sí, me doy cuenta. —Miró a Blunt y de nuevo a Paul—. Todo lo que dices está lleno de sentido. Cada uno tiene una persona que le puede marcar. En lo que me concierne, se trata de Walt. —Se volvió hacia Blunt—. Porque siempre te he admirado, Walt. Quería creer en ti. Y, como resultado, fuiste capaz de enseñarme a pensar que el mundo no tenía sentido y estaba listo para ser alterado. Hacía falta alguien con los pies en la tierra, como Paul, para devolverme a la Tierra. Naturalmente, nuestra civilización de varios siglos no era algo que se fuera a derrumbar con el empleo de la magia negra. Pero me hiciste pensar que era posible.

Se adelantó a Paul y extendió la mano. Paul la tomó.

—Te debemos mucho —dijo Kirk, estrechando la mano de Paul—. Yo más que nadie. Quiero que sepas que no tengo dudas de ti. Pondré en marcha los servicios inmediatamente. Eat, ven. —Se volvió hacia Blunt, dudó, sacudió la cabeza y dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta. Blunt sonrió siniestramente al ver cómo se alejaba.

Eaton White dejó el puesto que ocupaba junto a la ventana. Mientras pasaba junto a Paul titubeó, se volvió hacia él y abrió la boca como si fuera a decir algo. Pero no dijo nada y, siguiendo a Kirk, salió de la habitación.

—Jim —dijo Paul en voz baja, mirando al agente de seguridad vestido de negro, con el brazo herido en alto—, probablemente tengas algo que hacer.

La cabeza de Butler saltó hacia un lado al oír su nombre, como alguien que sale del sueño. Sus ojos eran dos cañones apuntando a Paul.

—Sí —dijo—. Responsabilidades. Pero no las que piensa. Usted no es para mí más que el instrumento de una revelación... la revelación de la Nueva Jerusalén. El

futuro puede ser más grande de lo que muchos piensan.

Dio media vuelta y se alejó, sujetándose el brazo herido. Desapareció.

—Adiós, Walt —dijo una voz. Paul y Kantele volvieron la cabeza y vieron que McLeod se había acercado a Blunt, poniéndole una mano en el hombro. Este último, apoyado en el bastón, volvió la cara hacia la mano.

—¿También tú? —preguntó, un poco secamente.

—Tenías razón, Walt —dijo McLeod—. Lo venía pensando desde hace tiempo.

—Desde las últimas seis semanas... lo sé —respondió Blunt con una sonrisa de lobo—. No, no, vete, Burt. De todos modos, aquí no queda nada que ganar.

Burt se ajustó la capa, miró a Paul compasivamente y se dirigió a la puerta. Los tres que quedaban en la habitación le vieron alejarse en silencio.

Cuando Burt hubo desaparecido, Blunt se balanceó un poco sobre el bastón y miró a Paul sardónicamente.

—¿También yo debo amarte? —preguntó.

—No —dijo Paul—. ¡Claro que no! No pido eso.

—¡Vete al diablo! —exclamó Blunt—. ¡Vete al diablo y púdrete con él hasta el día del Juicio Final!

Paul sonrió tristemente.

—¿No me dirás por qué? —preguntó Blunt.

—Si pudiera, lo haría —contestó Paul—. Pero no es una cuestión de lenguaje. No tengo palabras para decirlo. —Dudó—. Debe confiar en mí.

—Sí —contestó Blunt, súbita y pesadamente, como si se quedase sin fuerzas—. Te creería si fuera mayor.

Se incorporó con viveza y miró a Paul con los ojos llenos de una profunda y penetrante curiosidad.

—*Empatia*, —dijo—. Lo tendría que haber sospechado antes. ¿De dónde viene ese don?

—De lo que usted planificó acerca de mí —contestó Paul—. He dicho la verdad. Hay un alto muro que separa las partes internas de una identidad del ser interior de otra. Sabiendo que ningún muro existía entre nosotros, pude aprender a romper las murallas que existían entre mí mismo y los demás.

—Pero ¿por qué? —preguntó Blunt—. ¿Por qué lo querías?

Paul volvió a sonreír.

—En parte —contestó—, porque el poder o la fuerza ilimitada es algo así como un crédito. Al principio, parece que habrá bastante. Pero llega un momento en que uno se da cuenta de que es limitado. Hay zonas en las que no hay ninguna esperanza. ¿Pueden limarse asperezas con un delicado martillo de jade?

Blunt sacudió la cabeza.

—No veo la relación —dijo.

—Sencillamente que tengo algo en común —dijo Paul—. Y Kirk estaba muy cerca de la realidad. No es posible cambiar el futuro sin modificar el presente. Y la única manera de cambiar el presente es volver al pasado y alterarlo.

—¿Volver al pasado? —preguntó Blunt—. ¿Alterarlo? —Sus ojos habían perdido la dureza y cobrado vida. Se apoyó en el bastón y miró a Paul a los ojos—. ¿Quién puede cambiar el pasado?

—Quizá —contestó Paul— alguien que tenga intuición.

—¿Intuición?

—Sí —dijo Paul—. Alguien que pueda ver un árbol en un jardín. Y que sepa que si el árbol se corta, a algunos años de tiempo y a años luz de distancia, la vida de otro hombre será cambiada. Un hombre que posea un método intuitivo consciente, alguien que pueda establecer todas las posibilidades finales de una acción para que cuando alguien así pueda retroceder en el tiempo ejecute los cambios sin riesgos de error.

El rostro de Blunt estaba impasible.

—No eres totalmente mío —dijo—. Nunca lo has sido. Creo que eras tú lo que animaba el cuerpo de Paul Formain, no yo. ¿Quién eres?

—En otra época —contestó—, fui soldado profesional.

—¿E intuitivo? —preguntó Blunt—. Y, ahora, ¿empático? —Su voz parecía cascada—. ¿Y luego?

—Una identidad —dijo Paul en voz baja— necesita ser una cantidad dinámica, y no estática. Si es estática, se hace impotente en la trama de su existencia. Esta lección tendrá que aprenderla el hombre. Pero, si es dinámica, puede dirigir su existencia como se dirige una maquinaria minera a través de la fusión, bajo nuevas relaciones imposibles de otro modo entre los elementos rocosos conocidos como realidad. En lugar de ser dominado y aprisionado por ellos, podrá pulverizar y manipular la realidad hasta que se separe en lo que son únicamente partes reales y válidas cuya identidad desea seguir su propio camino.

Blunt inclinó lentamente la cabeza, como un anciano. Le resultaba difícil definir si había comprendido y estaba de acuerdo, o si había abandonado toda tentativa de comprender para contentarse tan sólo con asentir.

—Todos tendrán sus futuros —dijo—. Eso dijiste, ¿verdad? —Dejó de inclinar la cabeza y miró a Paul por primera vez con unos ojos un poco apagados—. Pero no yo.

—Claro que sí —respondió Paul—. Su visión es la más grande y está más lejos de la realización... eso es todo.

Blunt volvió a cabecear.

—No —exclamó—, ¡por todos los cielos! No.

—No sabe cuánto lo siento —continuó Paul—. No.

—Sí —dijo Blunt. Inspiró profundamente y se irguió—. Tengo planes para ti —dijo—. Planes establecidos en la ignorancia. Lo he dispuesto todo para ti. —Miró a Kantele—. Era casi como tener un... —Se interrumpió, echó la cabeza hacia atrás y asió el bastón firmemente—. De todos modos, he decidido retirarme mañana.

Hizo como si fuera a dar media vuelta; pero se inclinó ligeramente. Titubeó y miró a Kantele.

—Supongo que... No —dijo. Se irguió de nuevo, tanto que el bastón apenas rozaba la alfombra. Echó los hombros hacia atrás y, durante un momento, se quedó de pie en la habitación como si hubiera recuperado la juventud.

—Ha sido una lección —dijo, y saludó a Paul con el bastón. Luego, volviéndose, salió. A su espalda, Kantele hizo un ligero gesto con las manos, pero las dejó caer y miró el suelo. Se quedó allí, con la cabeza inclinada, los ojos mirando la alfombra, como una esclava cautiva bajo el arco y la pica del extranjero.

Paul la miró.

—Le amabas —dijo.

—Siempre. Mucho —contestó, casi inaudiblemente, sin alzar los ojos.

—Sería una idiotez que te quedases —continuó Paul.

Kantele no contestó. Pero, tras un momento, habló de nuevo con voz incierta, sin apartar la vista del tapiz.

—Puede que te equivoques en eso —dijo.

—No —contestó Paul. Y ella no vio el dolor secular que se dibujó en sus ojos al decirlo—. Nunca cometo errores.

FIN



Gordon Rupert Dickson nace en Edmonton, Alberta (Canadá) el 1 de noviembre de 1923 y a la edad de 13 años se muda a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir. Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971. Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai!*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.